

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

MOSAICO

CUENTOS DE VARIA
— CONDICIÓN —



MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdoba, 22
1916

**Centro Coordinador
de Bibliotecas**

Núm.

MOSAICO

PROBLEMAS DE VARIAS

CONDICIONES

ESTADÍSTICA

MOSAICO

ES PROPIEDAD

WORMS-0010

M. 1267

~~R 285~~
ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

MOSAICO

CUENTOS DE VARIA
== CONDICIÓN ==



N.º 2845

R, 1929 (AL)

MADRID
IMPRESA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdoba, 22
1916

AL SR. D. JULIO PUJOL Y ALONSO

A. L. N.

SOR NAZARIA

I

El coronel don Baltasar de la Pedrosa era uno de los más preciados ornamentos del glorioso Cuerpo de Inválidos: lo era por su bondad sin límites, que le granjeaba el cariño de cuantos conocían sus virtudes; lo era también por su talento y su don de consejo, que le hacían confidente obligado de todos sus amigos y compañeros en los trances difíciles, y lo era, sobre todo, por su historia de militar, tejida de hechos y servicios extraordinarios, ofrecidos siempre a la patria con menosprecio de la propia vida.

Bien ganado tenía el descanso a que ahora forzosamente le obligaba su invalidez, porque había trabajado mucho y bien en una larguísima carrera; y es lo más curioso que, contra la ley general de las aptitudes especializadas que hace que cada sujeto sirva sólo para una cosa, don Baltasar se había dis-

tinguido en todo, así en las altas funciones directivas al lado del ministro de la Guerra, como en las más modestas, aunque no menos importantes, del mando y la instrucción; y cuando fué preciso, se batió como un valiente, habiendo sido herido muchas veces, hasta que lo fué de una manera definitiva en la campaña de Cuba, donde recibió un balazo que le dejó inútil para el servicio. Entonces salvó la vida a cambio de una pierna que le fué amputada, y aun así, estuvo a dos dedós de la sepultura.

Curado ya, volvió a Madrid e ingresó en el Cuerpo de Inválidos; pero como tenía un espíritu muy despierto y una voluntad enérgica e incansable, siguió trabajando a título oficioso, como ahora se dice, para el Ministerio de la Guerra, especialmente en asuntos de ingeniería militar, en que era peritísimo.

Llevaba una vida honesta y sencilla, dedicando la mañana al trabajo, la tarde al recreo y al comercio social y la noche a la lectura y al descanso. Era de amable trato y de apacible condición; profesaba singular afecto a los niños y a los perros, sin duda porque, en punto a monadas, todo niño tiene algo de perro, y todo perro tiene algo de niño. Era gran jugador de tresillo, y no perdonaba su partidita todas las tardes en el Casino, después de tomar café con amigos y antiguos compañeros de armas.

II

Una tarde, cuando don Baltasar jugaba al tresillo, díjole uno de sus compañeros, el coronel Latona:

—¿Te acuerdas tú, Baltasar, de aquella chica de Villarmiento... Domitila... aquella tan guapa?...

—Sí, sí... algo me acuerdo de ella:—contestó don Baltasar un tanto azorado; porque no era que recordase un poco, sino un mucho: como que aquella mujer había sido su novia, y se vió impíamente abandonada por él cuando todo el mundo creía, y ella la primera, que la boda era cosa hecha.—Sí, sí, algo me acuerdo... Domitila... muy guapa... y muy buena;—añadía don Baltasar cada vez más emocionado.

Don Baltasar se había portado muy mal con Domitila. Él era entonces capitán, y tenía treinta años. La joven, que no pasaría de los veintidós, pertenecía a una de las mejores familias de la ciudad, así por lo esclarecido del linaje como por los medios de fortuna. Tuvieron algún tiempo relaciones de estas que se llaman formales porque las autorizan los padres de la novia, y porque el novio, además, entra en la casa de su prometida y la acompaña a todas partes. Un día el capitán fué trasladado a otra población, y sin que hubiera motivo alguno para romper sus relaciones con

Domitila, la abandonó de un modo cruel e ingrato... Ella enfermó de pena y de vergüenza, y, a poco, ingresó en un convento de monjas.

El recuerdo de esta mujer y el remordimiento de tan bárbara ingratitud acompañaron a Baltasar en todos los días de su vida. Cuando cayó herido en el campo de batalla y creyó que había llegado para él la hora de la muerte, evocó de todo corazón la imagen de la pobre novia abandonada, como si quisiera implorar su perdón antes de sumergirse en los abismos de la eternidad. Luego, en la larga convalecencia, se consoló muchas veces pensando en Domitila, y aun hizo confidente de estas memorias a la hermana de la Caridad que en el hospital cariñosamente le cuidaba. De vuelta a la Península, realizó infinitas diligencias para tener noticias de su amada; pero siempre resultaban infructuosas. Supo, sí, que había profesado en una Congregación; pero jamás pudo averiguar cuál fuera ésta.

—Pues sí:—continuó diciendo el coronel Latona.— Aquella chica preciosa es hoy una respetable monja ajamonada que sirve en el Sanatorio de Nuestra Señora del Camino.

—¡Cómo!—exclamó Baltasar.—¿En el Sanatorio?... ¡Y yo que he estado allí varias veces sin saber nada!...

—Se llama Sor Nazaria... Me lo ha dicho Martínez,

que ha estado allí hace poco curándose el estómago... Y ya sabes lo que es... Lo que él no averigüe, no lo averigua nadie. En un mes de tratamiento, ha llegado a averiguar la vida y milagros de todo el mundo... de los enfermos, de las monjas, de los enfermeros y hasta de las gallinas con que se hacían los caldos... Es mucho hombre éste...

—Y ¿qué te ha dicho de Domitila?...

—Pues me ha dicho que es el alma de aquella casa... que es un prodigio de bondad y de sabiduría... que sabe más Medicina que Hipócrates y Galeno, y que todo el mundo está loco con ella.

—No me extraña:—exclamó don Baltasar con melancólico acento;—no me extraña, porque esa mujer tuvo siempre un corazón de oro dispuesto constantemente a hacer el bien... Pues he de ir a verla, sí, ¡mañana mismo!

III

Don Baltasar se preparó y acicaló como si fuera a asistir a su propia boda. Él, hombre de porte sencillo, poco cuidadoso del arreo exterior de su persona, aunque siempre limpio y bien presentado, se vistió su mejor traje; se esmeró al hacer el lazo de la corbata, dió mayor perfección que la acostumbrada a las cur-

vas de las guías del bigote y se miró al espejo con más detención que lo había hecho en todos los días de su vida. ¡Ay! Acaso fué entonces cuando más echó de menos su pierna, pareciéndole que realmente era muy feo aquel ordinario apéndice de madera como el del más mísero pordiosero, y que, en efecto, tenían mucha razón los amigos que le aconsejaban el uso de una de estas piernas articuladas que hoy fabrican los ortopédicos y que en nada se diferencian aparentemente de las piernas de verdad; aunque pronto se consoló pensando que aquella pata de palo era el testimonio permanente de los servicios que él había prestado a la patria ofreciéndola en el campo de batalla la sangre y la vida, y que esto era más bello y gallardo que las más gentiles piernas fabricadas por los mejores artífices del mundo.

Salió, pues, el glorioso inválido de su casa, presumiendo de gentileza como el enamorado que va a casa de su amada, y se encaminó, lleno de dulce emoción, al Sanatorio de Nuestra Señora del Camino, el cual estaba situado en el ensanche de la ciudad, allí donde ésta se daba la mano con el campo. Subióse don Baltasar a un tranvía y se engolfó en hondas cavilaciones.

—¿Cómo estará?—pensaba.—¿Se conservará fuerte y joven como yo?... Joven relativamente..., es decir,

sin grandes arrugas ni canas ni demás alifafes de la senectud... Joven, sí, joven, porque ella tenía entonces ocho años menos que yo... Tenía... y los tendrá ahora, naturalmente..., pero es que yo me refiero a aquellos tiempos... sí... ¡a aquellos tiempos!...

El tranvía seguía su veloz carrera, pasando por muchas calles y plazas, que don Baltasar no veía, abismado como se hallaba en la lejanía de sus recuerdos.

—Sí, sí: se conservará tan guapa... y tan buena... porque era lo mejor que había en el mundo... ¡Muy buena, muy buena!... Y yo... ¡un sinvergüenza, un canalla!

El tranvía entraba ya en el Ensanche. A derecha e izquierda de la calle veíanse solares cubiertos de mísera vegetación, yerbas calcinadas por el sol estival, arbolillos tísicos de los que nadie cuidaba; por aquí y por allá surgían, como piedras funerarias, sillares a medio labrar destinados a futuras construcciones; entre ellos discurrían tranquilamente gallinas y conejos, propiedad de los guardas de aquellos terrenos; unos chiquillos desaseados y medio desnudos jugaban libremente, tirándose piedras y vociferando en una jerga ininteligible. Alternando con estos solares, aparecían de pronto hoteles y palacios espléndidos, rodeados de frescos jardines: verdaderos oasis en el desierto de la llanura sin urbanizar.

El coronel no se daba cuenta de nada: seguía absorto por la historia de los tiempos pretéritos.

—Aunque tal vez yo la hiciera mil bienes abandonándola:—pensaba;—porque ¡cuánto no hubiera sufrido a mi lado!... ¡La guerra, la ausencia, la herida..., los diablos coronados!... Bien está lo hecho... pero... ella también habrá pasado grandes dolores... Y habrá dicho, con razón, que yo soy un miserable.

El tranvía llegaba ya al campo, y se acercaba al Sanatorio... Era la hora de la caída de la tarde de un bello día de Otoño. La inmensa planicie castellana aparecía limitada, como en un enorme anfiteatro, por la cordillera de montañas color de violeta. El sol se acercaba al occidente atravesando celajes de nubes anaranjadas.

De pronto, el conductor del tranvía, enhiesto en la plataforma y con voz solemne como la del almuédano que desde la torre de la mezquita anuncia la hora de la plegaria, gritó:

—¡Sanatorio del Camino!

—¡Ah! ¡Muy bien!—exclamó don Baltasar, requiriendo el bastón y saliendo muy aturdido del coche.—¿Conque ya hemos llegado?... ¡Muy bien, muy bien!... No creí que estaba tan cerca.

—¡Cuidado, no se vaya a caer el señor!—dijo piadosamente el del tranvía.

—No, no; gracias: si yo ando divinamente... ¡Adiós, adiós!

Don Baltasar quedó un momento inmóvil en la carretera; luego echó a andar hacia el Sanatorio. Era éste un edificio de ladrillo, coronado por una cruz de mármol blanco, y rodeado de un jardín; en la plazoleta que precedía a la entrada, entre macizos de flores, hallábanse sentadas en butacas de mimbre varias personas, indudablemente enfermos del Sanatorio, que salían allí a refrigerarse con las suaves auras vespertinas. Las grandes ventanas, cubiertas de cristales raspados, comenzaban a iluminarse por dentro, y en ellas surgía de vez en cuando la silueta de una persona que fugazmente se desvanecía como si fuera una aparición. ¿Sería alguna de aquellas sombras la de Domitila?

Don Baltasar no se sentía bien. La profunda emoción espiritual le había trastornado. Temblaba como una vara verde, y se hallaba próximo al desvanecimiento.

—Será necesario que me dé un poco el aire para que me pase este mareo:—pensó.— Daré una vuelta por aquí.

Y, en efecto, torciendo a un lado, comenzó a rodear el edificio, siguiendo la verja que servía de límite al jardín. También en las ventanas de aquellas fachadas

aparecían las sombras fugaces, tan pronto divisadas como perdidas.

—¡Dios mío!...—pensaba el infeliz;—¿será alguna de esas Domitila?...

Por la parte de poniente, y recibiendo los postreros rayos del sol, tenía el Sanatorio la fachada de la capilla. Era un sencillo hastial gótico, también rematado por una cruz. Sobre la puerta campeaba esta inscripción: *Bienaventurados los que lloran...* Y el caso es que don Baltasar lloraba: lloraba el coronel, que no había llorado nunca.

—Y ¿cómo me presento yo ahora a Sor Nazaria? Voy a ponerme en ridículo y a dar un espectáculo... Mejor será que venga otro día.

Cuando así pensaba, he aquí que aparece por entre un bosquecillo de magnolias y aligustres una monja conduciendo del brazo a un anciano.

—¡Jesús!—exclamó don Baltasar.—¡Es ella! Es Domitila... Está lo mismo que entonces... Bella como un ángel... ¡Cielos! Y ese hombre... soy yo... ¡Oh! ¡Esto es una alucinación!... ¡Yo he perdido el juicio!

La pareja se acercaba al lugar en que se hallaba el coronel, más muerto que vivo. La monja decía con dulcísima voz, que no parecía de este mundo:

—¡No recuerde usted lo pasado!... Olvídelo, y

piense sólo en lo porvenir... Ahora ¡ya se ha curado usted... ya anda usted solo... ya no tiene dolores...

—Sí...—contestaba el enfermo;—pero yo he sido muy malo con usted... yo no he sabido apreciar lo que usted ha hecho por mí...

El desventurado coronel no sabía lo que le pasaba, porque al acercarse la monja, sin duda por una ilusión óptica, su figura se alargaba en términos tales que parecía tocar con la frente en el cielo.

—No piense en eso...—decía la religiosa al enfermo.—Ya está usted bueno... Ahora volverá usted a la sociedad, con su familia, con sus amigos... Yo me quedaré aquí cumpliendo la misión que Dios me ha impuesto de cuidar á los que sufren...

—Pero me quedará siempre el remordimiento de haberle hecho a usted llorar...

—Mejor para mí; ¡el Señor nos ha dicho: «¡Bienaventurados los que lloran!»

La pareja desapareció en un bosquecillo de laureles, y el pobre don Baltasar, acongojado por lo que había visto, perdió el conocimiento y cayó al suelo desvanecido.

IV

El coronel Pedrosa no acertaba a discernir si la escena que había presenciado aquella tarde fué una realidad o sólo una ilusión de su fantasía calenturienta. Tampoco se sentía con fuerzas suficientes para visitar a Sor Nazaria; pero gustaba de verla todos los días... de lejos, muy de lejos... cuando aparecía, como una visión, entre los bosquecillos de laureles y aligustres, conduciendo a los dolientes y consolándolos con palabras que llegaban al corazón.

V

Y así pasaron muchos días... y meses... y años. Y una tarde, cuando el buen don Baltasar de la Pedrosa tomaba café con aquel su amigo y compañero el coronel Latona, éste le dijo:

—Hombre, ¿te acuerdas de aquella monja Sor Nazaria, de que te hablé hace tiempo?

—¡Qué! ¿qué ocurre?—preguntó soliviantado don Baltasar;—¿acaso ha muerto?

—¡Ya lo creo! Como que murió hace veinticinco años... Sor Nazaria no es... Sor Nazaria... es decir, no es Domitila. La monja es otra Domitila, ¿sabes?...

EL PESIMISTA

Don Erasmo de la Puente y Acuña de los Polvazares se arrellanó cómodamente en la butaca, y dirigiéndose a los amigos que le rodeaban, formando su tertulia, dijo:

—¿Quieren ustedes saber cómo fué esto que ustedes llaman mi conversión..., el cambio de ideas y aun de carácter que vino a invertir completamente la orientación de toda mi vida? Pues verán ustedes.

Entonces... ¡ya hace de esto más de treinta años!... Entonces era yo un muchacho; tenía veintinueve años, y hacía dos que había perdido a mi pobre mujer, la buena, la dulce, la santa Leonor, aquel ángel de mi hogar que pasó por esta casa como el Redentor por el mundo, haciendo bien. Quedéme solo con Luisito, un diablillo travieso y pícaro, que no nos dejaba momento de reposo. Además, como recordarán ustedes, tuvimos entonces aquella campaña en el parlamento, en que tanto hube yo de trabajar, defen-

diendo uno por uno, desde el banco de la comisión, todos los artículos del Presupuesto; y por si esto fuera poco, aún tuve que hacer un sobreesfuerzo para acabar mi libro «La Moral en Grecia y Roma», tres tomos en cuarto mayor de 400 páginas cada uno, que por poco dan conmigo en la sepultura.

Señores: no hay capacidad cerebral ni cardíaca que pueda resistir tal desgaste nervioso; y yo, que nunca fui robusto, comencé a decaer en términos que llegaron a alarmar a cuantos me veían. Derechamente iba a la ruina orgánica; si sigo dos meses más en Madrid haciendo aquella vida, hubiera llegado al acabóse. Estaba seco, desnutrido, hasta encorvado y viejo. No tenía gana de comer, ni de andar, ni de nada más que estar acoquinado en un rincón del despacho, maldiciendo de todo bicho viviente; porque han de saber ustedes que, sin duda como consecuencia de la neurastenia, se me recrudecieron mis convicciones pesimistas y vine a convertirme en un misántropo completamente inaguantable.

Sí, sí; no se rían ustedes. Yo, como ustedes saben, siempre había sido pesimista: el mundo me parecía un presidio suelto; las mujeres y el amor, una insigne mentira; la amistad, una farsa comerciable; la virtud, un mito; la hipocresía, un tirano universal, dominando a todos los que parecían virtuosos; y tenía por

axiomática la afirmación cruel de que «todo ser humano es un pillo mientras no demuestre lo contrario.» Cuando me decían: «¡Qué bueno es Fulano!»—contestaba yo: «Su cuenta le tendrá;»—y si oía contar alguno de esos actos de abnegación y sacrificio que honran a la especie humana, lo comentaba diciendo: «Ya será algo menos.» Me dominaba el espíritu de contradicción, que es un espíritu infernal hermano del de la soberbia. En suma, señores: mi situación quedó definida con una frase que un día sorprendí en boca de mi secretario: «Con este tío no se puede vivir, porque es del todo insoportable.»

Sí, señores, sí. Esto es la pura verdad, como lo es que mi doctor Melenas..., ya recordarán ustedes..., aquel hombre bueno y pacífico, que sabía más de lo que aparentaba... pues mi doctor se me plantó un día y me dijo: «Amigo don Erasmo, esto no puede continuar así. O hace usted caso de mis consejos, o se va usted al otro mundo más pronto que la vista.»

—«¿Pero qué quiere usted que haga?»—le pregunté.—«Marcharse al campo: dejar libros y papeles, no tener preocupaciones; dedicarse durante unos meses a hacer vida animal, a carenarse como los barcos averiados que se mandan a los arsenales para que allí recobren sus condiciones de navegación.»

Y dicho y hecho: arreglé en ocho días unos asun-

tos que tenía pendientes y me largué al campo con mi niño Luisito, utilizando, al efecto, el ofrecimiento que de antiguo me tenía hecho un amigo mío, de una finca de su propiedad situada en los alrededores del pueblo de Villansar del Valle. Esta casa, verdadera *casona*, era una mezcla de castillo feudal y casa de labor, mitad residencia señorial, mitad alquería: la vieja torre del homenaje estaba convertida en palomar; el patio de armas habíase transformado en corral de gallinas y conejos; los vetustos salones, en paneras. Su actual propietario había arreglado para sí unas cuantas habitaciones, dotándolas de toda suerte de comodidades, y allí se hospedaba guapamente en los tres meses del estío. Por tener que realizar un viaje al extranjero, no las ocupaba entonces, y me las cedió generosamente a mí, pues, como ya he indicado, era muy grande amigo mío.

Con la casa me dejó también la servidumbre, compuesta de un viejo matrimonio, un mozo de labor y una muchacha de trece años, llamada Tomasa, protagonista de la presente historia. ¿Se acuerdan ustedes de aquella Clara Perlerina, cuya endiablada figura fué descrita ante Sancho Panza por el labrador de Miguelturra, «pintor del mismo demonio?» Pues tengo para mí que aquel espantajo era un dechado de hermosura en comparación de la infeliz Tomasa. Enana,

seca, huesuda, jorobada, con el esternón prominente, la cara horrible, picada de viruelas, chata, tiñosa, desdentada y, por añadidura, tuerta. Esta era la doncella que la fortuna nos deparó para nuestro servicio. La pobre niña era una especie de guiñapo a quien todos trataban á puntapiés, insultándola y pegándola con frecuencia. Señores: permítanme ustedes que les diga en esto que parece una confesión... y lleno de sonrojo y de tristeza, que yo también... yo también... la pegué un día... un día que torpemente rompió un cachivache de mi tocador... Pero ella no se molestaba por esto: hallábase acostumbrada a sufrir, y seguramente lo que la extrañaba era que yo no la pegase, como los otros, todos los días.

Desde el primer momento dedicamos a la *Tuerta*, como la llamaba todo el mundo en el pueblo, a bregar con Luisito; y, en verdad, que no era posible haber encontrado un medio más eficaz para poner a prueba la paciencia de la muchacha. Porque mi hijo, este don Luis que hoy es catedrático de la Universidad de Salamanca, era entonces, cuando tenía siete años, un pícaro de marca mayor. Todos los días nos amargaba la vida con sus diabluras: unas veces me lo traían a casa renqueando y medio cojo porque se había caído desde un árbol; otras veces venía descalabrado por andar en pedreas con los demás chicos de

lugar; un día tuvimos que acudir a escape al médico de la ciudad porque el chiquillo se había atracado de yo no sé qué frutos venenosos; era frecuente que se pasase las tardes en un prado toreando a chotos y novillas, sufriendo mil revolcones y atropellos, y un día se subió a la torre de la iglesia, que era elevadísima, y se montó gentilmente en el gallo en que remataba la veleta.

Excuso decir a ustedes que las travesuras de Luisito me tenían siempre con el alma en un hilo, según suele decirse, y con un humor de cincuenta mil demonios. Así es que mi carácter, lejos de dulcificarse, se agriaba más y más, a la vez que mis ideas pesimistas se acentuaban en aquel medio rústico y grosero, que yo creía impropio de toda noble acción, de toda delicadeza y virtud. Debo decir a ustedes, además, que en la casona y en el pueblo me conocieron en seguida, y se convencieron de que yo era un hombre huraño, soberbio y duro; y tengo la seguridad de que el mayordomo o encargado de la finca escribiría a su señor diciéndole, como dijo mi secretario, que yo era un tío completamente inaguantable.

Y ahora viene la parte más interesante de esta verídica historia; pero a fin de que ustedes la comprendan mejor, he de decirles que el pueblo de Villansar del Valle se halla situado en la ribera del río Carna-



lón, el cual le bordea como si le tendiese un lazo para aprisionarle, convirtiendo a la villa en una pequeña península cuyo istmo es la carretera que la une con la capital. Huertas feracísimas son el adorno de este lazo, a las que fecunda y refresca el río, el cual se enrosca en bellísimos meandros, misteriosamente ocultos por bosquecillos de cañaveras, mimbrales y abedules, que son setos vivos de ricos cercados donde abundan las flores y los frutos. El río en aquellos lugares viene arremansado y es profundísimo, moviéndose solemnemente sobre un fondo de rocas que en el país llaman torrejones y que forman pozos y abismos muy peligrosos para pescadores y bañistas.

Luisito conocía perfectamente todos aquellos lugares, pues burlando mi vigilancia y la de la *Tuerta*, mil veces se había metido de patas en el Carnalón para coger cangrejos y bermejillas, no habiéndose ahogado en los pozos por un verdadero milagro del Altísimo.

Y una tarde... Señores: perdonen ustedes mi emoción; han pasado treinta años y ni un día siquiera desde entonces me ha abandonado este recuerdo... Una hermosa tarde de verano... era domingo... La gente se solazaba en las huertas y en las praderas de la orilla del río, cantando, bailando, merendando alegremente. Yo también andaba por allí, leyendo un

libro de Schopenhauer que entonces estaba muy en moda... De pronto, vino corriendo hacia mí un muchacho, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, me espetó esta terrible noticia: «Que Luisito se había caído al río en el pozo más hondo del Carnalón; que la *Tuerta* se había tirado tras él para sacarle, y que como ninguno de los dos sabía nadar y allí cubría mucho... pues ¡velay!... que no salían...»

Corrí desalado hacia el lugar que se me indicaba, y cuando llegué a la orilla del río presencié un espectáculo que no se puede borrar de mi imaginación. La *Tuerta*, con el agua al pecho, llevando en brazos a mi niño, avanzaba hacia mí, como queriendo hacerme con él una sagrada ofrenda; tropezaba en los torrejones del cauce y se debatía en bárbara lucha con la corriente, pero sin soltar al niño ni dejar de mirarme a mí con el solo ojo que tenía, y que entonces me pareció una estrella luminosa y rutilante. Me arrojé yo también al agua y recogí a mi hijo, que se agarró a mí fuertemente... Y, señores: sonrojo siento al referíselo a ustedes... ¡Oh! El hombre es una bestia feroz, un perfecto orangután egoísta... ¿Querrán ustedes creerlo? Pues sí, señores; salí del río con mi Luisito en brazos, y volví la espalda a aquella criatura infortunada que se sacrificaba por nosotros, ofreciendo a Dios su vida para salvar la de mi niño... Luego

reaccioné: puse a Luisito en la hierba y volví al río; era ya tarde; llegaban entonces a la orilla y se quebraban en ella los últimos círculos concéntricos, como el postrer hálito de un moribundo, quedando tersa y límpida, como un espejo, la verde superficie de aquella parte del río donde se hundió la niña generosa... Entonces fué, señores: entonces fué cuando yo creí en la virtud... en la virtud ajena, se entiende, que no en la mía propia, pues yo me sentía empequeñecido ante la magnitud de aquel sacrificio... Entonces me arrojé yo también al agua, buceando en aquellos pozos misteriosos, recorriendo los negros abismos, registrando las inexploradas cavernas... ¡ay!... todo fué inútil. La mártir no parecía... Otros grandes nadadores, a quienes busqué, y pagué para que me ayudasen en aquellas pesquisas, tampoco consiguieron dar con el cuerpo de Tomasa... Pasaron horas y horas, que me hallaron sentado bajo aquellos árboles, llorando como el profeta bajo los sauces de Babilonia... Cayó la tarde, y al salir la luna por Oriente tendió sobre la tabla del río su luz de plata semejante a un blanco sudario. Y allá, hacia la media noche, cuando desesperaba de volver a ver a la niña, a la que ya amaba yo como si fuera algo mío, surgieron unas burbujitas tenues en la superficie tersa del pozo, y á poco salió como una aparición el cuerpecillo exáni-

me, ahora ligero, sutil, semejando un espiritual fantasma. Iluminado por la luz de la luna, el rostro de Tomasita se me antojó entonces hermosísimo... y aun parecía mirarme, no con aquel único ojo horrible, sino con los dos. ¡mirada dulce, serena, amorosa, de confianza y de amor satisfecho! Avanzaba hacia la orilla con las manos cruzadas sobre el pecho, como una virgen bizantina yacente en una urna de plata y de cristal.

¿Creen ustedes fácil, señores y amigos míos, que yo les refiera ahora lo que entonces pasó en mi corazón? No: es imposible. Baste saber que desde aquella hora sublime fuí otro hombre; sentí dulcificarse mi carácter, comencé a amar al prójimo, porque en los seres al parecer más despreciables y abyectos, pensaba que podían ocultarse, como en la *Tuerta*, tesoros de incomparable virtud; me hice tolerante con los ajenos pecados, considerando cuánta indulgencia necesitamos todos para que nos perdonen los propios, y me impuse la obligación de pensar que, con la gracia de Dios, todos los hombres son buenos, mientras no se demuestre lo contrario.

EL DUENDE

Había en mi pueblo un sujeto a quien llamaban por mal nombre el *Duende*, feo y mal encarado, de recia condición y de la más endiablada catadura que el enemigo puede imaginar. *Duende* le llamaban, no sé si porque muchas veces se había colado sin ruido en algunas casas para apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, o porque gustaba de amedrentar a los simples atribuyéndose una especie de poder sobrenatural para mejor sacarles los dineros, o también porque en todas partes se metía sin ser llamado, ganoso de aplicar toda ocasión o circunstancia al logro de sus particulares provechos.

El caso es que el *Duende* era malo y empecatado como el mismísimo enemigo: ladrón, pendenciero, jugador, blasfemo y sucio de alma y cuerpo. Siempre andaba en malos pasos: era matutero, cazador furtivo, agente electoral, rematante en subastas ilegales y todo lo que puede ser un hombre sin conciencia, ofi-

cio ni beneficio. Sus convecinos le odiaban a muerte, pero nadie se atrevía a tocarle al pelo de la ropa; porque, ¿quién iba a ser el majo que osase irritar la cólera de aquella fiera, siempre armada de un garrote descomunal y dispuesta a cualquier desaguisado?

Pero llegó la hora de la justicia, y aquella entereza hubo de abatirse, como se abaten en este mundo las torres más altas y las encinas más corpulentas, ya por el rayo de las nubes, ya por la furia del huracán, ya por la silenciosa labor del tiempo, que todo lo carcome y pulveriza. Cayó enfermo el *Duende*, y tan fuerte hubo de ser la caída, que ya no se levantó de ella.

Entonces comenzó la familia a atemorizarse de veras, porque era llegado el momento de comparecer ante un Juez, no municipal ni fácil al cohecho, sino inflexible como la misma Justicia eterna; con aquel Juez no valían amaños, subterfugios, recomendaciones ni aplazamientos, porque exigiría la cuenta hasta la última meaja, sin componendas ni apelaciones. Y el *Duena* ¡nada!, ni quería arreglar sus cuentas, ni mucho menos limpiar su alma para presentarla decorosamente al Señor, a quien tanto había ofendido en una vida dedicada por entero a hacer daño al prójimo.

La pobre mujer del *Duende* se dolía de esta gran

desgracia, y clamaba al cielo, pidiendo con lágrimas en los ojos que Dios hiciese el milagro de ablandar aquel hombre pedernalino, que derechamente se precipitaba en el infierno. Y la inexhausta bondad del que es Padre de todos los mortales, así justos como pecadores, oyó la súplica de la buena mujer y se inclinó a ella, como verá el piadoso lector, si sigue enterándose de esta verídica y ejemplar historia.

Habitaba entonces en el pueblo un estudiantón llamado Verdasco, joven tracista y bellacuelo, sempiterno paseante de los claustros de la Universidad, donde, más que en aprender la ciencia, se ocupaba en fraguar trampas y socarronerías, en las que llegó a ser consumado maestro. Era también un hombrón como un castillo, de fuerza hercúlea y voz espantable e imponente, pero bueno como el pan y amigo de todos, menos de los libros. Tan pronto como Verdasco supo que la mujer del *Duende* se compungía porque su marido estaba en los últimos y se moría sin confesión, con la conciencia cargada de gravísimos pecados, se presentó en la casa del enfermo, y hablando secretamente con la mujer, dijo:

—No hay que apurarse, señora Cornelia: el *Duende* se salvará porque lo dice este cura. Déjeme usted a mí, y no se asuste por nada de lo que oiga y vea en esta casa.

—¡Ay, señor don Jerónimo de mi alma!—contestó ella;—Dios le oiga a usted; porque le digo que desde que mi hombre está así, no tengo momento de reposo.

—Pues ¡*macte animo!*, señora; lo cual quiere decir que yo le machaco el alma al *Duende* más pronto que la vista.

Y aquí entra lo bueno de esta historia. Verdasco, provisto de un cuerno formidable, de estos que sirven para llamar a los cerdos, se acercó, como ladrón nocturno, a la casa del *Duende*, y esperó que la campana de la parroquia diese el toque de queda. Entonces aplicó el cuerno por un lado a la ventana del aposento del *Duende*, y por el otro empezó a soplar y a producir unos sonos tristes y lastimeros, que realmente parecían cosa del otro mundo. Y cuando se cansó de este prelude, principió a poner en práctica el plan preconcebido.

—¡Duende! ¡Duende!—bramaba con una vozarrona que el cuerno hacía horripilante; — ¡Duende! ¡Duende! ¡Ya ha llegado tu hora! ¡Duende! ¡ya se ha acabado la función!

El pobre *Duende*, que conservaba el conocimiento, aunque estaba con el ánimo muy quebrantado, como aquel que tiene un pie en la sepultura, se desasosegaba y conmovía ante aquellas llamadas que, desde

el primer instante, le parecieron voces del infierno; y dirigiéndose a su mujer, que allí a la cabecera del lecho rezaba llorando, dijo:

—Sí... realmente... todos los hombres somos malos ¡releñe!... y yo como cada quisque... he tenido... mis... ¡releñes!...

—¡Duendeee! ¡Duendeee!—vociferaba el otro bárbaro con unos baladros que hacían temblar el aposento.—¡Duendeee! Ya se acabaron los consumos, las cédulas, las subastas, las comisiones... Ya no hay más que Justicia divina... llanto y crujir de dientes.

—Sí, ya digo:—exclamaba el enfermo con trémula voz;—yo he sido como todos... ¡releñe!... Mira, Cornelia... allí en el armario hay tres mil reales que... ¿sabes?... ¡Un olvido! Son del Ayuntamiento... y ya digo... por un casual...

—¡Duendeee! ¡Duendeee!... Vomita lo que has comido del pueblo... —decía el cuerno con voces que hacían vibrar los cristales de la ventana.—¡Vomita, o teme el castigo que te espera!

—¡Releñe!...—exclamaba el mísero dando diente con diente; —pues sí, yo he tenido mis negocios como todo hijo de vecino... , pero ahora voy a retirarme de ellos y llevar una vida tranquila... ¡mira, Cornelia! Soy gustoso que des cincuenta duros a la hija del *Barbas*... porque tuve un asunto con su padre, ¿sabes?... y

otros cuarenta a Manolón... y doscientos reales a Sebastián, el de Verdiles...

—¡Vomita...! ¡Vomita...! ¡Duende!—gritaba el estudiante con rugidos que parecían truenos.

—Y ¡qué releñe!... Para que vean que no soy malo... devuelvo la huerta a Nicolás..., para que no crea que me quedé con ella injustamente... y doy a los chicos de Joaquín...

—¡Duende! ¡Vomita, vomita!

—Y ¿sabes lo que te digo, Cornelia? Que lo mejor será que... como él entiende de letra... ¡vamos, releñe! que se encargue de esto don Manuel, el señor cura .. ¡Sí, sí! Llámale en seguida, antes de que se me olvide algo...

La pobre mujer salió escapada a buscar al buen eclesiástico, a quien el *Duende* confió aquellas restituciones y otras muchas cosas atañaderas al estado de su alma, y todo gracias al artificio de Verdasco.

Gran cosa es la verdad. Pero a veces estas ficciones inocentes suelen ser muy provechosas.

TITO, EL TACITURNO

I

Este Tito de que ahora voy a hablarte, lector bueno, no es aquel Tito Flavio Sabino Vespasiano, emperador de Roma, conquistador de Jerusalem, monarca justo, bueno y generoso, el cual por sus virtudes y su suave y apacible condición, mereció ser llamado «delicia del género humano.» Este Tito es un Tito cristiano y español, Manuel Tito, también honrado, también virtuoso y dulce, pero no más que oficial de la clase de cuartos del Ministerio de Fomento. Era hombre de los más instruídos en el negociado a que se hallaba adscrito; tenía regular letra y buena ortografía; sabía francés y teneduría de libros por partida doble. La mecánica burocrática la tenía, como suele decirse, en las puntas de los dedos: en menos que canta un gallo hilvanaba él notas, informes, extractos, minutas y demás documentos de la literatura mi-

nisterial, y aún hubo ocasiones en que compuso gentilmente preámbulos de reales decretos que abarrotaban las columnas de la *Gaceta*.

Manuel Tito, aunque era un poco soñador y romántico, trabajaba con gusto en la oficina: a él no le dolía la sujeción ni la tarea; era el primero en entrar y el último en salir; no leía periódicos en las horas dedicadas al despacho, ni terciaba en las conversaciones de teatros y toros con que los demás compañeros malgastaban las horas que debían a los expedientes. Si le sobraba tiempo, empleábalo en leer el *Alcubilla*, donde siempre encontraba algo que aprender para el desempeño de su destino. Por este amor al apartamiento oficinil, habíanle rebautizado sus compañeros con el sobrenombre de *el Taciturno*, y le llamaban *Tito, el Taciturno*, del mismo modo que a los reyes antiguos se les añadía el adjetivo que delatase su cualidad principal, como a Alfonso II el de *Casto*, a Ordoño IV el de *Malo* y a García III el de *Trémulo*. No le molestaba en lo más mínimo a Manuel Tito esta sobredenominação, porque los compañeros se la adjudicaban a título cariñoso, siendo como eran muy buenos chicos que frecuentemente le convidaban a café, a veces con tostada. Manolo se dejaba querer pensando que aquellos favores no eran completamente gratuitos, ya que él llevaba el

peso de todo el negociado, cargando con el trabajo de los demás y sufriendo (y esto era lo peor) el trato nada amoroso del jefe.

Esto era lo que siempre traía malhumorado a Manuel Tito. ¡El jefe!, ¡el terrible don Salustiano, aquel hombre de menguado entendimiento y de limitada cultura, a quien todos temían porque daba voces y puñetazos en la mesa, y tiraba al suelo los papeles cuando no merecían su aprobación! Don Salustiano se había impuesto allí por la violencia, y todo el mundo temblaba delante de él como los falderillos ante el mastinazo del pastor.

—A mí no me molesta que me manden; sé obedecer; tengo un claro concepto de la disciplina y de la subordinación;—pensaba Manolo Tito;—pero, hombre, que tenga un poco de cortesía; que no nos trate como a esclavos, o, si a mano viene, como a siervos de la gleba... No hay derecho a llamar a una persona decente, sin razón ni motivo, morral, borrego, percebe y dromedario. Y, ¿por quién? Por un hombre como él, que no sabe dónde tiene la mano derecha y se pasa semanas enteras sin poner la pluma en el papel de los expedientes.

Las cuatro horas que el pobre Manolo pasaba diariamente en la oficina eran de verdadero martirio, por culpa del jefe truculento; pero de ellas se desquitaba

por la tarde en una pescadería titulada «La Aleta Mundial», cuya contabilidad llevaba por partida doble, ganándose así un sueldecito que añadía a los treinta duros que cobraba en el Ministerio. El dueño de la pescadería era un ser inofensivo (inofensivo en el escritorio), aunque no pudiera decirse lo mismo en el mostrador, ya que en él hacía mil trampas y cubileteos para engañar gentilmente al público.

II

Un día dijo el pescadero:

—Amigo don Manolo, ¿quiere usted ganarse veinte duros casi sin trabajo?... Pues le voy a hacer un encargo: irse mañana mismo a Medina del Campo, con todos los gastos pagados, se entiende... y cobrar este crédito que tengo yo allí de cuatro mil pesetas. ¿Que las cobra usted? Pues se embolsa cien pesetas. ¿Que no las cobra usted? Pues no ha perdido nada, y además se ha distraído con un viaje. ¿Qué tal?

Manolo Tito aceptó. La idea de estar cuatro días sin ver a don Salustiano le encantaba. Pero... ¿cómo dejar de ir a la oficina?... Porque el terrible don Salustiano, aunque faltaba muchos días y todos ellos iba tarde y salía temprano, era muy exigente y no con-

sentía la menor falta... A lo mejor llamaba al pobre Manolo y le decía:

—Hoy mismo tiene que quedar terminado el expediente de Valdesapines...

—Pero don Salustiano... ya recordará usted que el informe tiene noventa y seis cuartillas...

—¡Nada, nada! ¡No admito observaciones de un camello como usted! Si no hay tiempo por la mañana, se vuelve por la tarde y por la noche... En mi vida he visto haraganería semejante...

¿Pedir permiso a un hombre así? Imposible. Mejor sería faltar sin aviso, como si estuviera enfermo... Sí, sí. Eso es: una leve mentira. Quien engaña a un bribón tiene cien años de perdón.

III

Llegó Tito a la estación del Norte, sacó en la taquilla su billete y se acomodó en el coche al lado de una ventanilla, para gozar de las delicias del paisaje. Su espíritu, naturalmente pesimista y melancólico, se hallaba aquel día, sin saber por qué, más entenebrecido que otras veces. ¿Sería acordándose de don Salustiano? No por cierto, puesto que ya quedaban bien advertidos los compañeros de oficina para que «echa-

sen un capote» en el caso de que llamara el jefe. Por este lado no había, pues, motivo de alarma... Lo que ocurría era que la tristeza del *Taciturno*, como la de todos los taciturnos del mundo, se intensificaba al apartarse de su ambiente habitual, donde halla más fácil cauce a sus derivaciones. Encontrábase ahora Manuel Tito solo, alejado de aquellos alegres cofrades de la oficina y del buen pescadero, tan jovial siempre y tan optimista, como quien tiene aseguradas todas las quiebras de la vida y, por su limitado entendimiento, no ve más allá de la bien abastada despena, ni se inquieta por el incierto porvenir.

Bien pronto, sin embargo, atraído por la variedad del paisaje, olvidó Tito las tristezas burocráticas, y aún pudo entregarse a las divagaciones espirituales a que era muy dada su alma soñadora. Y así lo primero que le entretuvo fué la ilusión del subir y bajar de los alambres telegráficos al pasar ante la ventanilla del tren:

—Parecen las cuerdas de una inmensa lira,—pensaba Manolo,—que bajan... bajan del cielo como si se ofreciesen a los hábiles dedos del músico; pero he aquí que cuando va a pulsarlas y arrancar de ellas sonidos armoniosos, se elevan de nuevo como si huyesen de las manos del tañedor.

Luego vió que el tren se detenía en una estación



ante gran golpe de gente, también entristecida por la vulgaridad del ritmo cotidiano, y que salía al paso de los trenes para excitarse con nuevas impresiones. Había allí unas jovencitas virginales, todo candor y hermosura, que paseaban cogidas de los brazos como una teoría de doncellas griegas; pero ¡ay!... cuando el grupo virginal se acercaba a la ventanilla donde venía asomado Manolo, el tren, con inoportunidad notoria, volvió a emprender la marcha, dejando atrás todo aquel mundo de misterios.

Luego comenzaron a pasar por delante de los entristecidos ojos de Manolo espléndidos campos, donde podía apreciarse toda la gama de los verdes, desde el intenso semejante a la esmeralda y fronterizo del azul, hasta el luminoso papagayo lindante con el gayo reino del amarillo. Aparecían acá y acullá algunos animalejos de aspecto mansísimo, también estáticos y aburridos como las personas: bueyes flemáticos, asnos cachazudos, jamelgos de la estirpe de Rocinante, cabras rumiadoras que miraban con ojos garzos, sin ver; perros escuálidos y polvorientos...

—¡Quién sabe, quién sabe lo que pasará por dentro de esos pobres seres!—pensaba Manolo.—¡Cuánto dolor, cuánto deseo sin satisfacer, cuántas cosas excelentes sin realizar!

Venían luego enormes masas de pinares.

—Los pinares—pensaba Manolo,—son la verdadera región de la melancolía y la tristeza, por su monotonía infinita, su iluminación siempre crepuscular, su soledad y su silencio.

En esto llegaron a la llanura: una llanura inmensa, parda y uniforme. De cuando en cuando surgían como una visión cinematográfica minúsculos pueblecillos formados de unas pocas casas, pardas también, cubiertas con tejados ennegrecidos por el tiempo, de entre los cuales emergía como un ciprés entre los mimbres, una construcción mayor, oscurecida igualmente por el paso de los siglos, que era la iglesia, coronada por una campanita. Algunas veces estas campanitas se movían y, naturalmente, debían de sonar, aunque el fragoroso movimiento del tren impedía oír aquellos sonos, y así el lenguaje místico de la campana venía a ser como la mímica de un mudo.

—¡Oh, Dios mío!—meditaba Manolo.—¡Qué profunda tristeza!... He aquí que no se ve alma viviente: ¿dónde está aquí la vida?... Estos son los pueblos que fueron: aquellos cuyos nombres gloriosos encontramos en las páginas de la historia. Viven en lo pasado, pero ya no parecen una realidad.

Cuando Manolo llegaba a esta parte de sus melancolías, vió que frente a él venía sentada una mujer hermosísima. Parecía pertenecer a elevada categoría

social, aunque vestía sencillo traje; pero en todo el atavío de su persona demostraba ser de buena familia y hallarse adornada de todas las partes de una excelente educación. Acompañábala un caballero de edad provectora, que por el parecido que con la joven tenía semejaba ser su padre, y era también de noble y apersonada presencia, de rostro bien compuesto, aunque algo severo y melancólico.

Ya queda dicho que la joven era de singular hermosura, y así bien pronto hubo de atraer la atención de Manolo Tito, que por hallarse sentado frente a ella, podía contemplarla a todo su sabor sin incurrir en impertinencia.

—Es realmente muy hermosa;—pensaba nuestro pesimista;—pero nótase en ella algo extraño, una especie de sutil contracción de los músculos del semblante que le dan una expresión de resignado sufrimiento. ¡Oh, Dios! Sólo Tú sabes lo que pasará por su corazón.

Poco a poco, mirando de hito en hito a la desconocida, Manolo iba perdiendo la noción de la realidad, hasta que se quedó dormido.

IV

De pronto, sonó un ruido extraño, y el coche, rodando por una pendiente, vino a dar en un abismo por donde serpenteaba un río nemoroso. ¡Virgen Santísima! ¡Qué catástrofe!... Los viajeros, revueltos en confuso montón con los equipajes, lanzaban ayes lastimeros, seguros de que había llegado el postrer momento de su vida.

—¡Salvadme, Dios mío!—gritaba la joven hermosa, sobrecogida de terror.

—¡Calma, señores, calma! — exclamaba Manolo, queriendo poner en aquella confusión un poco de orden que hiciese posible el salvamento.

Y dando el primero ejemplo de serenidad, abrió la portezuela del coche y logró sacar en salvo a la joven, al anciano y a otro viajero que, más muerto que vivo, se hallaba como alelado por la ocurrencia.

Cuando salieron al aire libre pudieron darse cuenta del accidente. El tren se había despeñado por un precipicio, cayendo al fondo de él y destrozándose. Afortunadamente el riachuelo era de escasísimo caudal, y al caer en él los coches, apenas se mojaron. Por milagro de Dios no ocurrieron grandes desgracias: sólo hubo que lamentar ligeras contusiones,

siendo mayor el susto que el daño. La joven se había producido una leve herida en la mano, de la que fluía sangre en abundancia. Manolo acudió en seguida a su curación.

—No es nada:—decía, mientras, tomando agua del río, lavaba la herida y la cubría luego con un pañuelo;—no es nada... un rasguño que desaparecerá dentro de media hora. ¡Ea! Tranquilizarse y nada más... La sangre es muy escandalosa...

Pero la joven, sin duda por la emoción sufrida, y acaso tal vez por la pérdida de sangre, vino á desmayarse y caer al suelo, con gran susto y congoja de su padre.

—No es nada, señor:—añadía Manolo, humedeciendo el rostro de la enferma;—esto le pasará en seguida. Ahora lo que conviene es buscar un sitio donde cobijarnos y descansar, porque la noche se nos echa encima... ¿Ve usted? Ya le ha pasado el mareo... Vamos, vamos... Allí se ve la estación... cerca: llegamos en seguida... Ya está usted bien, ¿verdad, señorita?

—Sí, sí: muchas gracias; no agradeceré nunca bastante lo que hace usted por nosotros... porque el pobre papá... tan enfermo como está... y del corazón...

—Nada, nada; no hago más que cumplir mi deber.. Serenarse... esto no es nada.

Apoyándose en Manolo, la señorita echó a andar

trabajosamente por aquella empinada cuesta, toda erizada de obstáculos, lanchares resbaladizos, arbus-tos espinosos, grietas profundas... El pobre caballero caminaba detrás jadeante y acongojado.

—No puedo más:—exclamaba;—me ahoga la fatiga.

—Pues pararnos:—replicaba Manolo;—descanse-mos aquí... No hay prisa.

—Sí, señor... pero usted... usted querrá marchar-se... llegar pronto... no tenemos derecho a abusar de su bondad sin límites.

—Nada, nada:—contestaba Manolo;—yo no tengo que hacer más que servir a ustedes... Hay tiempo para todo... ¡Ea! Valor y no pensar en cosas tristes...

Después de una hora de molestísima caminata lle-garon a la estación. El viejo y la joven venían en las-timoso estado de decaimiento, y así hubo necesidad de acostarlos en unos lechos improvisados con las colchonetas de los coches. Manolo conservaba la se-renidad, y pudo fácilmente hacer las diligencias ne-cesarias para la completa salvación de sus compañe-ros de viaje. Entonces supo que el caballero era el marqués de Fondoro, cuya casa solariega se hallaba a unas cuatro leguas de aquella estación.

—Nada; no se ocupen ustedes de nada. Yo lo arre-glaré todo. Buscaré un propio que lleve aviso a su casa de ustedes, y espero que dentro de pocas horas

podrán estar tranquilos en Fondoro, como si nada hubiese ocurrido.

Y así lo hizo, en efecto, mientras el padre y la hija descansaban; y, además, empleó las horas de espera en recuperar el equipaje perdido en el fondo del barranco... cajitas y sacos de mano, un bastón y una sombrilla, en cuyo puño de oro y debajo de una corona de marqués, estaba grabado en letra inglesa este nombre: Federica.

V

Al amanecer llegaron, procedentes de Fondoro, dos magníficas berlinas, seguidas de otro coche de estos que llaman familiares, en el que venían el mayordomo de la casa del marqués, el médico, el ama de llaves y algunos servidores; todos los cuales, alarmados por las noticias que había llevado el propio, se imaginaban encontrar medio muertos al señor y a la señorita. Bien pronto quedaron todos acomodados en los carruajes, y cuando Manolo se disponía a despedirse, el marqués le dijo:

—Le suplico a usted que no nos deje... que venga con nosotros a descansar unos días en nuestra casa.

Federica apoyó las invitaciones de su padre con

muy amables solicitudes, y Manolo Tito, después de las corteses resistencias que son del caso, hubo de rendirse a la invitación, pensando que nada perdería con aquel viaje; antes al contrario, habría de pasarlo muy bien al lado de tan esclarecidos señores, y quién sabe si de allí sacaría el ascenso a oficial tercero de administración.

Los espléndidos paisajes que a uno y otro lado de la carretera se extendían, gustaron mucho a Manuel Tito.

—Esto ya es otra cosa:—pensaba;—aquí hay vida, hay animación, hay alegría.—Y volviendo el pensamiento al bárbaro jefe del Ministerio, añadía:

—¿Qué diría de esto el animal de don Salustiano? ¿Qué diría si me viese agasajado nada menos que por unos señores marqueses de tomo y lomo, con más millones que pelos tiene él en la granítica cabeza? ¡Que venga, que venga ahora a romperme las minutas y a tirármelas al suelo y a llamarme besugo y mamarracho!

Pronto llegaron al pueblo de Fondoro. En las cercas puede decirse que estaba todo el vecindario, el cual, inquieto por lo que habían dicho del descarrilamiento del tren, había salido a esperar a sus señores bien amados. Allí estaban el párroco, el alcalde, el maestro, el juez, el veterinario, el cabo comandante

del puesto de la Guardia civil y otras personas de viso en la localidad. Paróse el coche unos momentos, con el fin de que los señores recibiesen el homenaje de sus colonos, y después de las saluciones y norabuenas de rúbrica, siguió hacia el palacio marquesil, que se hallaba al otro extremo de la población.

El cual palacio era cosa de pasmo y maravilla, no sólo por la suntuosidad de los materiales que lo formaban y que eran riquísimos mármoles y jaspes, bronces y hierros, estucos carísimos y porcelanas exóticas, sino también por la belleza de su arquitectura: en su masa ingente, el estilo plateresco había derramado los tesoros inexhaustos de su elegancia y hermosura. Rodeábanle jardines vastísimos adornados con fuentes y estatuas de subido mérito. El interior era también rico y principesco. Tenía vastos salones aderezados con preciadas tapicerías y muebles de maderas exquisitas; la abundancia de cuadros, esculturas y piezas artísticas de los mejores autores, había convertido aquel palacio en un verdadero museo, que era el asombro de los entendidos. La biblioteca albergaba muchos miles de volúmenes cuidadosamente catalogados, y la capilla u oratorio tenía aderezo de verdadera catedral.

Un ejército de criados y doncellas, caballerizos y cocheros, denunciaba por todas partes la grandeza de

aquel señor, el cual, en efecto, era dueño de una inmensa fortuna, pero tan cristianamente administrada como instrumento para hacer el bien, que gracias a ella no había pobres en toda aquella comarca, ni nadie tampoco acudía al marqués en demanda de auxilio, que al punto no quedase abundantemente remediado. Además, el señor, que era muy versado en materias sociales, gastaba gran parte de sus bienes en obras de utilidad común de estas que procuran el bienestar de los pobres sin humillarlos, tales como las instituciones cooperativas, los seguros, los sindicatos, los patronatos de toda índole y aquellas otras fundaciones que atienden á los bienes del espíritu, ya que no sólo de pan vive el hombre. Y así, el nombre del marqués de Fondoro se pronunciaba con veneración y gratitud en todas partes.

VI

Cuatro días tan sólo llevaba Manuel Tito en el palacio de Fondoro, y parecía que llevaba cuatro años, según lo que se había encariñado con sus moradores y lo mucho que también él se daba a querer por la bondad, la dulzura y la rectitud de su carácter. El marqués le adoraba, y ¡oh misterios del corazón

humano!... la encantadora Federica llegó á enamorarse del afortunado Taciturno. Pronto hubieron de entenderse, y una tarde, cuando paseaban por el bosque a orillas del lago limpísimo donde los blancos cisnes se deslizaban como diminutas barcas de vela latina, tuvieron la explicación necesaria.

Fué Manolo el primero que habló.

—Debo despedirme de usted, mi buena amiga:— dijo;—mis ocupaciones me llaman a otra parte... Ya he abusado bastante de la bondad de ustedes... Jamás olvidaré las felices horas que en compañía de ustedes he pasado...

Ella contestó que sentía mucho que Manolo se marchase; replicó él que aquello era una exigencia de sus ocupaciones... y de su corazón; volvió Federica a insistir, y nuevamente recalcó Manolo que no convenía que él continuase en el palacio, donde tal vez diera inocente motivo a las hablillas de los murmuradores. Ella hubo de bajar la vista ruborizada, y entonces él, en términos de gran dignidad y cortesía, le declaró su atrevido pensamiento, a saber: que la amaba, y que como él era de humildísima condición, aunque honrado, y ella venía de muy excelsa estirpe, se imponía aquella separación, prólogo del inevitable olvido.

Pero a esto contestó Federica que el corazón no distingue de linajes, y que como el suyo estaba lleno

de gratitud hacia el generoso salvador y, además, lo que deseaba en el hombre que hubiera de ser su esposo no eran las grandezas que a ella le sobraban, sino las virtudes de que carecía... y esto lo tenía él..., pues nada... que estaba conforme y que hablaría a su papá para que las cosas se arreglasen al punto.

Cuando el marqués se enteró de lo ocurrido, quedó encantado. Hacía tiempo que le preocupaba la situación de Federica, sola en el mundo, cuando su padre en plazo breve, pues estaba muy viejo y achacoso, viniese a faltarla. Quería él dejar todas sus cosas arregladas en vida, para dedicar sus últimos años tranquilamente a hacer el bien y a practicar la religión, porque era hombre muy piadoso, y hasta había pensado que sus títulos y sus bienes los heredase en vida su hija, después de casarla de un modo conveniente.

Al hablar de esto con Manuel, el pobre Taciturno no pudo menos de ruborizarse.

—Señor marqués:—le dijo;—por Dios... me abrumba usted con sus bondades... ¡no puede ser, no puede ser!

—Sí, hijo mío, sí:—replicaba el excelente anciano;—usted es bueno, usted lleva la nobleza en el corazón...

—Sí, señor, sí; pero comprenda usted que todo se

opone a esto... todo, hasta mi apellido... Ya ve usted: Tito... una miserable leguminosa...

—No se apure usted, hijo mío, porque en la aristocracia hay muchos sujetos de la familia de las leguminosas, y hasta creo que algunos pertenecen a la de las cucurbitáceas.

Todo se arregló en un periquete, y antes de un mes, pasado desde la noche terrible del descarrilamiento, pudo celebrarse la boda. ¡Oh! ¡quién podrá describir con sus adecuados colores aquella fiesta suntuosísima! La capilla del palacio era materialmente un ascua de oro: tapices riquísimos de Flandes y los Gobelinos cubrían las paredes y el pavimento; las vestiduras sagradas eran todas de seda y de tisú; el servicio de altar tenía un valor incalculable. Representantes de la más rancia nobleza, con la que el marqués se hallaba emparentado, asistían a la ceremonia: era madrina la duquesa de la Alubia de Plata y padrino el conde del Melón de Oro. El obispo de la diócesis era el ministro del sacramento. El pueblo en masa ocupaba los jardines y los alrededores del palacio, disparando cohetes y dando vivas a los novios. Federica, ataviada con las galas del desposorio, toda sutileza y albura, resplandecía de belleza y felicidad. Cuando la dichosa pareja entró en el sagrado recinto, una magnífica orquesta, formada por profesores de la

Real Capilla, comenzó a tocar la magnífica marcha nupcial de *Lohengrin*:

Liete e fedel
Noi ti guidlam
Dove le gloje sí schiudono al cor;
Dì freschi fior
Sparger vogliam
L'eletta stanza che e tempio d'amor.

Entonces Manolo no pudo evitar un movimiento de inocente vanidad; y volando con la imaginación a la oficina del ministerio, exclamó para sí mismo, pensando en el odiado don Salustiano:

—¡Vea usted, tío animal... vea usted cómo me tratan los personajes más grandes de la tierra!... ¡Aprenda usted a tener educación, percebe, congrio, besugo, cabestro!

VII

En aquel momento sonó una voz atenerada que gritaba:

—¡Medinaaaa! ¡Cinco minutos de parada y fonda! ¡Cielos!—exclamó Tito el Taciturno.—¿Qué es esto?... ¡Medina! Todo ha sido un sueño... ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán cierto es que para tener un poco de alegría en este mundo es preciso dormirse y soñar!... ¡Y menos mal que esto nunca lo sabrá don Salustiano!

AURORA

Esta era una niña de ocho años que se llamaba Aurora, de dulce condición, alegre, cariñosa y buena. Por esto constituía el encanto de sus padres, y más que nada porque Aurorita era ciega. Su ceguera la hacía más amable, ya que, por carecer del don de la vista, necesitaba más la solícita asistencia de todos. No se la escatimaron sus padres, antes bien, procuraron desde que la niña estuvo en edad propicia para recibir los beneficios de la educación, que ésta fuera muy esmerada y completa, para lo cual requirieron los servicios de los mejores maestros de la especialidad. Aurora aprendía al punto cuanto le enseñaban, y en pocos años llegó a adquirir un caudal de conocimientos muy superiores a lo que podía esperarse de su edad. Descollaba, sobre todo, en la música, tocando el piano con sumo primor y atildamiento, y cantando con exquisito arte, pues Dios la había dotado de una excelente voz. Además, sabía contar muy bien, y co-

noía la gramática, la geografía y la historia, así sagrada como profana; recitaba de coro versos de los mejores poetas y tenía también en la memoria muchas páginas inmortales de la literatura universal.

Pues en labores de mano era cosa de maravilla lo que sabía hacer. Además de escribir en su pauta con rapidez vertiginosa, cosía muy bien, y bordaba, y tejía cordones y puntos difíciles, y, de añadidura, hacía muy lindas cosas con tiritas de papel, palitos, maderas y alambres. Diríase que llevaba la claridad y la vista en las yemas de los dedos, como si éstos fueran rutilantes gusanitos de luz.

Tenía muy desarrollado lo que los especialistas llaman el sentido de los obstáculos, con el que los ciegos se dan cuenta, sin verlos, de los cuerpos que se les interponen en su camino; y así, andaba muy gentilmente y sin titubeos por todas las habitaciones de la casa; subía y bajaba tranquilamente las escaleras, moviéndose con todo desembarazo en las estancias llenas de muebles, como esos gatitos que se suben a las mesas y sutilmente se pasean por entre los mil cachivaches que contienen, sin tropezar en ninguno.

Todo esto era producto de la educación, que operando sobre las felices disposiciones de la niña, había elevado a su más alto grado de eficacia funcional todos los sentidos y los órganos de ella, reduciendo

así a lo mínimo la deficiencia orgánica que sufría. Aurorita era el primer agente de su educación, pues lejos de poner el menor obstáculo a la labor de sus padres y maestros, quería ser siempre su principal colaborador. Sabía que ellos la dirigían por el buen camino, y como estaba convencida de la excelencia de los consejos que le daban, los seguía con firme decisión, aunque al principio le pareciesen duros y difíciles.

A esta disciplina de la voluntad, rectamente gobernada por la inteligencia, debió Aurorita su salvación en el trance que vamos ahora a referir.

Amaba Aurora el campo, y a él salía todas las tardes en compañía de su padre. Gustaba de disfrutar la frescura del aire, el aroma de las flores, las caricias inenarrables con que la Naturaleza, nuestra madre, obsequia a todos sus hijos, sin diferencia de predilección.

Corría alegremente por la pradera, y aun sabía sumergirse en el bosque, gozando de los murmullos de la selva. Sólo se dolía a veces de no poder coger aquellos pájaros y aquellos insectos que cantaban tan dulcemente, pero se consolaba al punto pensando que ellos habrían de sufrir mucho al verse aprisionados, y que mejor estarían, como lo estaba ella, libres y sueltos como el Señor los había criado.

Una tarde, Aurorita se separó un poco de su padre, e inconscientemente vino a sentarse entre las vías del tren... Ya sabía que aquello era peligroso, pero sólo cuando los trenes pasaban... y entonces no era hora de que pasase ninguno. Sentada en una traviesa, se entretenía en coger las piedrecitas de la grava o balasto, y contarlas, formando luego con ellas minúsculas montañas. Pero he aquí que, de pronto, aparece el tren, como un horrendo monstruo, dispuesto a destrozar a la ciegucecita... El padre, acongojado, se había dado cuenta de la inminencia del peligro... y se creyó perdido... Dios misericordioso velaba, no obstante, por la niña, y como un soplo de vida envió una inspiración salvadora a la mente del padre atribulado.

—¡Aurorita, hija mía!—gritó el padre;—¡échate en el suelo, y no te muevas hasta que yo vaya!

Como un autómatas movido por un resorte, la niña se acostó de espaldas, quedando con los ojos ciegos orientados hacia el cielo infinito... ¡En aquel momento pasó sobre ella, como pasa el huracán sobre la azucena, el monstruo horrible, con su bárbaro estridor de hierros, cadenas, soplos ardientes y bramidos infernales!... Aquello fué como un relámpago, que apenas surge cuando ya no es... El tren siguió indiferente su camino, y bien pronto se perdió en la línea anaranjada del horizonte.

El padre corrió desolado adonde estaba la niña, aún quieta como si se hallase dormida, con las manecitas cruzadas pudorosamente sobre el pecho, como las tiene la Concepción niña de Murillo.

—¡Aurorita, hija mía! ¡Ven, ven a mis brazos!

—¡Ay, papáito! ¿Qué ha pasado? ¿El tren me quería matar, verdad?

—¡No, hija mía, no: el tren no hace daño a las niñas buenas!

EL SEÑOR DE CASASOLA

I

En la parte más alta de un amplísimo valle, limitado por cerros calizos, tenía su casa solariega un honrado caballero castellano llamado don Pedro Villabrilte. Por su falta de vecinos había recibido aquella casa la denominación de *Casasola*, y era una antigua construcción de sillería, pobre para merecer el nombre de palacio; pero harto grande y lujosa, a lo menos en la apariencia, para ser calificada de casa de labor o granja agrícola; y, sin embargo, a pesar de su elegancia polvorienta y de sus heráldicas pretensiones, Casasola no era más que la habitación de un labrador rico, con tierras bastantes para sostener diez pares de mulas al cuidado de ocho obreros rurales.

Casasola era un edificio inmenso: con sus cuatro paredes amuralladas, circuía estancias para las personas, cuadras para los ganados, graneros para las cosechas,

patios, jardines, huerta... todo lo que puede necesitar un propietario de muchas hectáreas de terreno. La fachada era monumental, con enorme balcón volado, con ventanas guarnecidas de historiadas rejas y con puerta de castillo, sobre la cual campeaba un escudo borroso, que diz que era la noble ejecutoria del señor de Casasola. Delante de la casa se extendía una empedrada plazoleta, bordeada de bancos marmóreos y guardada en uno de sus frentes por una cruz de piedra tosca y secular. En su interior tenía la vivienda de don Pedro Villabrille la enorme cocina, con hogar capaz de contener un roble entero, el salón grande, destartalado y obscuro, los dormitorios de amos y criados y cien piezas más, habitadas por ratones, arañas, polillas y otros bichos huéspedes de la soledad y el silencio. Se ha de hacer especial mención del oratorio, el cual era una capilla de venerable construcción románica, abierta en el patio interior, baja de bóveda, húmeda y fría, y escasamente alumbrada por dos haces de luz filtrados por una robusta ventana, medio tapada con los anchos capiteles de sus columnas... Todo aquel edificio de aspecto vetusto y dudosa solidez, tenía un tinte general de melancólica decadencia, que congeniaba perfectamente con el cielo plomizo y el suelo barroso y áspero del valle.

Don Pedro Villabrille y Villabrille, o sea *el Señor*

de Casasola, como unánimemente se le llamaba en la comarca, era un hombre de clara inteligencia, de voluntad firme y de sentimientos nobles y cristianos. Como todos sus ascendientes, había nacido en Casasola; y era tan grande el amor que a su terruño tenía, que pasaba años enteros sin salir de sus inmediaciones, ni aun para ir a las aldeas próximas, donde frecuentemente se celebraban funciones y ferias muy alegres y divertidas.

Fué hijo único; y cuando llegó a los ocho años de edad, aprendió a leer y escribir en su propia casa, teniendo por maestro a un sacerdote que en ella vivía en calidad de capellán, y era una especie de Matusalén inalterable a la acción corrosiva de los tiempos; el mismo anciano enseñó a don Pedro a leer latín, y con esto, y con saber al dedillo el catecismo de la doctrina cristiana, se encontró aquel unigénito en disposición de heredar el señorío de Casasola, el día en que así lo dispusiese la inexcrutable Providencia divina.

En cambio, si don Pedro no adquirió gran instrucción literaria, pudo en su juventud enorgullecerse de ser el primer cazador de la comarca, el mejor agricultor del país y el hombre de ojo más experto para ver, casi por intuición, la parte positiva y práctica de los negocios. Y a pesar de estos elementos *democratizantes*, tenía don Pedro espíritu eminente-

mente señorial y presuntuoso, aunque sólo en la forma, en la decoración, en el color: jamás oía misa como no fuera arrodillado en su reclinatorio, delante de un sitial de terciopelo bastante raído, colocado en el lugar preeminente de la capilla, separado del público por una verja de hierro; en su presencia no se atrevían á hablar los criados, y noche de invierno hubo en que habiendo bajado *el Señor* a la cocina, donde se hallaban reunidas las doce personas que vivían en la casa, nadie dijo esta boca es mía durante cuatro horas mortales, en que por hallarse preocupado don Pedro, no se dignó dirigir la palabra a sus humildes servidores.

Fué el señor de Casasola refractario al matrimonio, no habiendo jamás sentido simpatía por ninguna mujer, porque su genio retraído y huraño, más le inclinaba a seguir a las liebres y a los lobos en el monte, que a las doncellas hermosas que le deseaban, las cuales abundaban mucho en el país, pues aunque la fortuna de don Pedro era inferior a la de otros labradores comarcanos, aquel su aspecto marquesil y aquel orgulloso placer que podría resultar de llamarse *la Señora*, traían desveladas a una porción de buenas muchachas, ganosas de atraer y cautivar a aquel hombre áspero, más parecido a alimaña silvestre que a joven sano, rico y casadero. Y segu-

ramente que el deseado caballero hubiera muerto con palma, a pesar de su robustez atlética, que le diputaba por excelente raíz de árbol genealógico, si su padre, viudo ya, viejo y cascado, temeroso de que se extinguiera la rama masculina de los Señores de Casasola, no le recomendara el matrimonio, como cosa de todo punto necesaria al honor y lustre de la familia.

Obedeciendo, pues, a las paternas sugerencias, casó don Pedro a los treinta y dos años con una prima suya ya crecida, pues se acercaba a los treinta y ocho; pero en cambio, era de pura sangre villabrillesca, sin cruzamientos ni mestizajes. Y como si el padre del novio, una vez echada la bendición nupcial al hijo, no tuviese ya en la tierra nada que hacer, murió a los pocos días de la boda, llorando la pena de no tener todavía un nieto para llevar al otro mundo el consuelo de que la rama directa no se había extinguido. Abrióse, pues, el descomunal panteón que en la capilla estaba dedicado a enterramiento de los Señores, y en él recibió cristiana sepultura el buen anciano, pasando desde aquel momento a ser Señor de Casasola, el recién casado don Pedro Villabrille, protagonista de esta verídica narración.

En nada se notó que don Pedro hubiese ascendido a la suprema dignidad de Casasola, pues el fornido

caballero seguía haciendo la misma vida que había llevado de célibe y de hijo. Madrugaba con los pájaros, visitaba cuadras y corrales, viendo salir a las labranzas que iban al campo; en compañía de *la Señora* asistía después a la misa que diariamente decía en la capilla el más que octogenario capellán; y luego, montando a caballo, requiriendo la escopeta y llamando con un silbido a los perros, se entregaba a su diversión favorita, persiguiendo conejos y perdices con tan desmedido entusiasmo, que a veces se olvidaba de la comida, y no regresaba al hogar hasta bien entrada la tarde, con perjuicio de los estómagos domésticos, que no se atrevían a empezar la olla mientras *el Señor* no estuviese delante. Otras veces venía a Casasola jadeante y sudoroso, comía, como suele decirse, con un pie en el estribo, y volvía inmediatamente al monte, del que no le apartaban sino las sombras del crepúsculo. Y por la noche, después de rezar el rosario en compañía de toda su gente, se ocupaba en leer con alta y reposada voz el *Año Cristiano*, para edificación de sus servidores, los cuales, ordinariamente rendidos por el trabajo de diez horas, solían dormirse, dejando reducido el auditorio a la pacífica señora, que hacía calceta sin pestañear siquiera, y al fiel mastín, tendido a los pies del amo, al que miraba de hito en hito.

Esta vida, monótona y apacible, sufrió un golpe tremendo, que trastornó su regularidad, a los diez meses del matrimonio de los Señores. La esposa de don Pedro dió a luz un robusto niño; pero ¡ay! no pudo estampar en su boquita el primer beso maternal. Volvióse, pues, a abrir el panteón de la capilla, y la virtuosa compañera del hidalgo de Casasola fué colocada en sepultura contigua a la del anciano Señor, el cual es fama que se estremeció de placer cuando llegaron a sus oídos auras terrenas que le anunciaban el nacimiento de un vástago, con el que, por ahora, se continuaba la secular dinastía de Pedros, que desde tiempo inmemorial reinaban pacíficamente en Casasola.

Don Pedro, que, aunque hombre aspérrimo, era de corazón sensible y alma piadosa, y profesaba amor profundo a su mujer, sintió amargamente la desgracia que le privaba de aquella fiel consorte, única persona con quien él podía hablar de continuo sin rebajarse; lloró, en efecto, con lágrimas que salían del corazón; pero bien pronto tuvo que reprimir aquellas lágrimas, porque otros problemas de suma trascendencia le absorbían el entendimiento. El nuevo Pedro, ó sea Perico, pues de algún modo le hemos de distinguir del Pedro paternal, exigía perentoriamente una mujer que le alimentase, y fué fortuna de Dios encontrar

esta mujer en la esposa del mayordomo de Casasola, la cual, desde luego, se ofreció desinteresadamente a amamantar al niño todo el tiempo necesario hasta encontrar un ama de cría, pues decía la pobre mujer que así como Dios no nos da el pan cotidiano para que lo comamos egoístamente, sino para repartirlo con nuestros semejantes desvalidos, así también todo aquel tesoro lácteo que ella tenía, no era sólo para su chicuela de tres meses, sino para favorecer con él a todos los que lo necesitasen.

Pero a los dos días de criar a los dos rapaces, pensó la mayordoma que siempre que la salud se lo permitiera, sería más conveniente *ir tirando* como se pudiese, aunque fuese ayudada por las inagotables cabras de Casasola, que llamar a una mujer extraña, que podía ser buena o mala, una santa o una perdida.

Y como lo pensó, así se lo dijo al amo, el cual agradeció mucho aquel desprendimiento generoso de la robusta mujer; y en prenda de cordial gratitud, prometió dotar ricamente a la niña de los mayordomos, cuando llegase a edad apta para tomar estado.

II

La muerte de la esposa y el nacimiento del heredero, produjeron honda y perdurable impresión en el alma de don Pedro Villabrille. Como hombre de verdadera y sólida piedad cristiana, el Señor de Casasola pidió al Todopoderoso consuelo en las penas y luz en el juicio, para salir felizmente adelante en las nuevas vías por donde la Providencia le encaminaba.

Siempre fué don Pedro muy aficionado a las lecturas devotas, pues, como sabemos, todas las noches dedicaba una hora al *Año Cristiano*, y los domingos y fiestas de guardar se ocupaba casi exclusivamente en leer libros ascéticos y aun místicos, de los que en su alcoba tenía como hasta quince o veinte volúmenes; pero desde que los azares de la fortuna juntaron la partida de defunción de la señora con la de nacimiento del niño, el espíritu de nuestro hidalgo se reconcentró más cada día, entregándose completamente a la religión, y dedicando a prácticas sagradas el tiempo antes empleado en las fogosas correrías ciegas.

Y sucedió que desde entonces, y acaso por las necesidades de la nueva situación, se hizo *el Señor* más comunicativo y campechano, pues sin contar las largas

pláticas que con la mayordoma sostenía a propósito de la lactancia y crecimiento de Perico, muchas veces se le vió conversar llanamente con los obreros, y aun preguntarles su opinión tocante a los problemas agrícolas de la casa.

Los servidores estaban como hechizados, viendo aquel cambio profundo operado en el carácter de don Pedro, y lo atribuían al abandono de las jornadas venatorias que anteriormente habían hecho al amo agreste e intratable; y aunque siempre quisieron de veras al *Señor* por su bondad y nobleza, ahora le querían más viéndole tan manso y apacible.

La lactancia del niño se efectuaba felizmente. La mayordoma, mujer robusta y de seno opulento, criaba a los dos chicos tan gordos y lucidos, que daba gloria de Dios el mirarlos. Aquella mujer sustituyó a *la Señora* en todo lo que era posible, y el caballero viudo la prodigaba tan cariñosos cuidados, que a haber habitado en Casasola más mujeres, de seguro que, azuzadas por la envidia, hubieran puesto su lengua maldiciente en la virtud de aquella honesta matrona.

Los niños se *hicieron* pronto, gracias a tan solícitas atenciones, y don Pedro se afeminó en términos tales, que para dormir a Periquillo se pasaba horas enteras cantando, sí, cantando coplas infantiles y moviendo el cuerpo hercúleo con vaivenes mujeriegos que mar-

caban el compás de la soporífica canción. ¡Oh poder del amor paternal, que hace a los tigres dejarse vencer y pisar de sus cachorros, y que amansa al Señor de Casasola hasta el punto de ponerle a jugar con los pequeñuelos!

Porque sucedía, en efecto, que cuando Perico y la niña de la mayordoma (la cual niña se llamaba Petra, por haber tenido de padrinos a *los Señores*) pasaron de los tres años de edad, salían a jugar a la plazoleta que había delante de la casa. Don Pedro, sentado en un banco o en las graníticas escaleras de la cruz, con un libro en la mano, en el que apenas fijaba la vista, gozaba grandemente viendo a los chicos perseguirse uno a otro, atropellarse, acecharse, prepararse emboscadas, hacer, en fin, esas mil picardihuelas que parecen aprendidas de los retozones animales, ya que tan escasa parte toma en ellas el entendimiento y tanta el instinto de conservación, alma del egoísmo irracional. Algunas veces se excedía Perico en sus juegos, o se enfadaba de veras, pegando cachetes a Petrilla, y entonces ésta, como polluelo que busca el ala de la madre, volaba a cobijarse en las rodillas del *Señor*, mojado con inocentes lágrimas los libros de Nierenberg y de fray Luis; don Pedro la consolaba, fallaba el litigio con sabiduría salomónica y soltaba de nuevo a los muchachos que, olvidados de las ofen-

sas anteriores, se entregaban de nuevo a sus ruidosas correrías. Otras veces el caballero tomaba parte activa en estos juegos de los niños, y dejando a un lado libros espirituales y pensamientos místicos, se ponía cuadrúpedamente en tierra para que los angelitos se montasen en él, o los colocaba en sus hombros, recorriendo la esplanada con los dos auestas; los chicos se resbalaban de aquellos hombros desgarbados, y temerosos de caer de tan descomunal altura, se asían tenazmente de los cabellos y de las orejas del Señor de Casasola, haciéndole gritar, todo ello con tremendo alborozo de los inocentes y verdadera y honda alegría del buen padre.

En esto de los juegos hubo diferentes grados: primero consistían los juegos de Perico y Petrilla en retozos violentos y ejercicios de fuerza, carreras, saltos y vapuleos; luego, cuando llegaron a los siete años de edad, los niños procuraron imitar lo que veían a su redor, y unas veces aparentaban ser labradores que cultivaban la tierra y podaban las viñas; otras eran pastores que guardaban las ovejas, y las ordeñaban y hacían queso, y otras eran marido y mujer, amo y criado, cura y sacristán, que desempeñaban lo mejor que sabían los oficios de los distintos estados; más tarde, cuando los diez años pesaron lo suficiente para detener la instable versatilidad de los movimientos y

afecciones, y cuando Petrilla y Perico aprendieron a leer, gustaban de enterarse de los milagros y portentos que en el *Año Cristiano* se insertan, o de contar cuentos aprendidos de los criados, cuentos de hadas, ángeles, magos, varitas de virtud y demás ornamentos del género sobrenatural. Y todos estos juegos y ejercicios, lecturas y narraciones, tenían por escenario la ancha plazoleta, con su aire purísimo, su espléndido sol, su piso limpio y cuidado. Allí pasaban la tarde entera los dos niños, acompañados de don Pedro, y allí mismo, al llegar el crepúsculo, cuando el capellán tocaba la campana del oratorio, el Señor los atraía á sí, y los tres juntos, con los ojos fijos en el encendido ocaso, rezaban el *Angelus Domini* y las avemarías vespertinas, retirándose después con los obreros que volvían del campo, al interior de las habitaciones, donde los rapazuelos recibían mil besos cariñosos y sonantes, especialmente los del *Señor* y los de la mayordoma.

Así vivieron los personajes de nuestra narración desde la muerte de *la Señora*, hasta llegar al punto más interesante de este cuento: los niños creciendo y haciéndose unos mozos como unas perlas, y el Señor de Casasola envejeciendo de un modo sorprendente, pues al llegar a los cuarenta y seis años de su edad, parecía un anciano setentón, con la barba blanca, los

ojos hundidos, la piel rugosa, la columna vertebral arqueada y los dientes no nada seguros.

Ya he dicho que Petrilla y Perico eran dos alhajas, lustre y honor grande de Casasola. La mozuela, a los quince años, resultó alta y airosa, de líneas redondeadas y opulentas, de rostro moreno y encendido, con labios congestionados y lustrosos; los ojos negros, alegres y movibles, el pelo también negro, abundoso y reluciente: era, en suma, un modelo de belleza campesina formada al aire libre, sin contradecir a la Naturaleza, que en ella derramó, a manos llenas, tesoros de hermosura y gracia. Además de esto, y sobre todo, tenía la hija del mayordomo un alma sensible, inteligente y bien intencionada, que preludiaba en aquellos albores de la pubertad, a la mujer casta, piadosa y cristiana, asiento de toda suerte de virtudes e imán de todos los corazones honrados. Por su parte, Perico era un mozo de pro: a los quince años era ya tan alto como su padre, fuerte e incansable en el ejercicio muscular, esgrimidor peritísimo de armas de fuego, y jinete tan seguro, que montaba en pelo los potros cerriles de la yeguada; aprendió con facilidad cuanto quisieron enseñarle, y en muchas ocasiones dió pruebas de ser un Pedro digno de Casasola por su nobleza, por su valor y por su actividad infatigable.

Estas dos buenas piezas ya no pasaban los días ju-

gando y contándose cuentos en la esplanada, como habían hecho en años anteriores. Al pasar de los trece años, como Adán y Eva de su desnudez, se sorprendieron Perico y Petrilla de su misma familiaridad; comprendieron, aunque de modo vago y confuso, que ellos eran dos seres distintos que no podían impunemente, y sin más ni más, continuar juntos a todas las horas del día, y sintieron en el corazón un secreto deseo de penetrar los misterios de tales diferencias.

Los nervios de aquellos muchachos se hicieron más sensibles, la sangre subía frecuentemente en oleadas rojas a las mejillas y a la frente, y en todo el organismo se operó una revolución honda que aquella interesante pareja no acertaba a explicar. Muchas veces, cuando se encontraban en algún paraje solitario, a donde una común melancolía solía conducirlos, querían mutuamente preguntarse la razón de tales fenómenos; pero al verse juntos y solos, se avergonzaban sin saber de qué, bajaban la cabeza y sufrían un ligero temblor en todo el cuerpo. La plenitud de vida había borrado la indistinción de los dos seres; y los que en años anteriores eran *los niños*, habíanse convertido en *mujer y hombre*, que por primera vez sentían la congestión del pudor, que marca las fronteras de la pubertad.

Y para que la confusión de aquellos pobres muchachos fuera más grande, vino un nuevo fenómeno a complicar más la general revolución incoada por la adolescencia: y fué que, a pesar de las precauciones tomadas por los prudentes padres, a fin de que en edad tan crítica no padeciesen algún rudo golpe los tiernos corazones de Perico y Petrilla, aquella crianza común que habían tenido, aquellos juegos íntimos y aquellas iguales prendas que los adornaban, iniciaron en ellos una secreta corriente de simpatía, una inclinación afectiva del uno al otro, que en poco tiempo se convirtió en amor, amor verdadero, pero amor no comprendido; amor que hubieran ellos creído cariño fraternal, si a él no se mezclase la misteriosa oposición de los sexos, hecha fuente de vida por el Eterno autor de la Naturaleza.

Al ver a Perico y a Petrilla tan robustos y tan hermosamente dotados de espléndida belleza física y espiritual, don Pedro Villabrille dió desde lo más hondo de su corazón gracias mil al cielo, por haber derramado sobre aquellas prendas queridas los tesoros de la Omnipotencia. Pero cuando el Señor de Casasola llegó a conocer que su hijo Perico estaba enamorado de Petrilla, tembló profundamente, lloró en su corazón, sintió amargura y frío de muerte en el alma..., y dió gracias a Dios porque le mandaba tan

grave pena, digna de un pecador y de un discípulo de la Cruz.

III

Una noche de invierno, hallándose don Pedro en la cocina hondamente embebido con la lectura de un libro piadoso, se acercó a él Petrilla, que tenía entonces quince años, para darle el acostumbrado beso antes de retirarse a la cama; el Señor de Casasola, deteniendo amorosamente a la mozuela, y algo tembloroso, dijo:

—Petrilla: no debo besarte, ya no eres una niña; ya eres una mujer... y es preciso que seas más formal...

Y la presentó la mano, que ella besó respetuosamente. Don Pedro no miró a la joven, y siguió leyendo, mientras que Petrilla se retiraba muy satisfecha de aquella determinación del *Señor*, porque no fué nunca partidaria de semejantes besos: de niña, por la picadura de las barbas cerdosas del amo, y de joven, por la vergüenza inconsciente que la causaban aquellos ósculos, aunque fueran puros e inocentes.

El ligero temblor que acometió a don Pedro en la escena que se acaba de relatar, era el primer síntoma

visible de la brava tempestad que conturbaba su espíritu. Los juegos de la plazoleta habían familiarizado tanto a don Pedro con la idea de la fraternidad de Perico y de Petrilla, que el buen señor no hacía diferencia alguna entre su hijo y la niña de los mayordomos; mil veces la durmió en los brazos, siendo infinitos los besos que estampó en las mejillas de rosa de aquella rapazuela vivaracha y comunicativa, la cual era la nota alegre y clara del entendimiento del *Señor*, constantemente absorbido por las meditaciones espirituales. No pudo don Pedro librarse de la tentación, y así, por grados tan indistintos que apenas pudo diferenciarlos, vino a trocarse su cariño paternal, sereno y razonado, en profano amor, pasión devoradora y arrebatada, que cuando Petrilla llegó a la adolescencia, tenía completamente conmovido el espíritu del honrado Señor de Casasola.

Cuantas veces quiso don Pedro Villabrille analizar aquella pasión para conocer sus condiciones y tendencias, otras tantas se convenció de que lo que él sentía hacia Petrilla era un amor decente y puro, sin más fin que el santo del matrimonio. Y en este análisis era el *Señor* minucioso y exacto hasta la nimiedad, alumbrando con la luz de su conciencia los más recónditos senos del corazón, por ver si descubría algún mal apetito, algún fin egoísta y brutal que hicie-

se de *aquello* que él sentía, cosa mala y pecaminosa. Pero jamás descubrió nada que le inquietase; y si en todos los demás movimientos de sus afecciones hubiese encontrado la misma satisfactoria tranquilidad, don Pedro Villabril se hubiese considerado muy feliz en la tierra, dando mil gracias a Dios, que aún le concedía aquí abajo días de venturosa calma. Porque el pobre caballero daba como cosa resuelta y segura que la hija del mayordomo aceptaría muy gozosa aquel amor, considerándose honradísima y sublimada a altura inmerecida, si llegaba a casarse con él, con el Señor de Casasola, bueno, rico y benéfico en sumo grado con ella y con sus padres. Y aun conócedor de los secretos del corazón humano, el *Señor* se preguntaba si acaso Petrilla tendría inclinación hacia algún otro hombre; y el deseo y el amor le contestaban inmediatamente, que aquella niña, no habiendo salido jamás de Casasola, no podía menos de tener libre su voluntad y deseosa de entregársela al enamorado caballero. El cual nunca pensó que su hijo pudiera ser el hombre hacia el que sintiera inclinación Petrilla, necesitando ver con sus propios ojos las pruebas de aquella pasión juvenil, para convenirse de tan impensada desventura.

Algunas veces, sin embargo, discurría don Pedro por distinto camino, diciendo: «Acaso mi edad des-

agrade a Petrilla; y aunque ésta acepte el matrimonio, lo haga con repugnancia y desamor hacia mi persona. Pero al punto contestaba él mismo a esta objeción, pensando que no tenía él más que cuarenta y seis años, por más que pareciese anciano y consumido; y buscando razones más poderosas para su alma ascética, recordaba a los patriarcas unidos a jovencillas, a Booz casado con Ruth y al mismo San José, varón de edad proveya, felizmente desposado con la delicada Virgen María. Otras veces vagaba por la superficie de la cuestión, y se decía a sí mismo que el esposo conviene que sea hombre de entendimiento maduro, pues no solamente ha de ser compañero de su esposa, sino que está obligado a hacer con ella el oficio de padre, por exigirlo así la perpetua debilidad de la mujer y la sabia educación de los hijos.

Durante dos o tres años, estos fueron los pensamientos del Señor de Casasola. El cual, a pesar de su inteligencia clarividente y de su buen deseo de penetrar en lo íntimo de aquel negocio, no se percató de la extraña simpatía que enlazaba a los dos jóvenes. Estudió don Pedro con verdadero talento analítico la admirable evolución psicofísica que se operó en aquellos muchachos al pasar de la niñez a la adolescencia; y no llegó a vislumbrar siquiera los primeros chispazos de la pasión que llenaba sus corazones; de modo

que, como queda dicho, fué necesaria la brutalidad del hecho, para que aquel pobre señor se convenciese de lo hondo de su desgracia.

Sucedió, pues, que una tarde de verano, cuando todos los hombres de Casasola habían ido al campo a entregarse a las ocupaciones de la recolección, quedaron solos en la casa el *Señor*, que ya no salía nunca de ella, el capellán, que estaba constantemente encerrado en su habitación esperando su hora postrimera, Perico, que paseaba por delante de la plazoleta fumando un cigarro, y Petrilla, que en el patio interior tomaba el fresco sentada en un banquillo, ocupada en labores de costura y en dar, de vez en cuando, un vistazo a las ollas de la próxima cocina. La mayordoma había ido a lavar al arroyo que pasaba por la huerta. El *Señor* se encontraba en el salón grande, oculto detrás de una ventana, desde la cual, sin que nadie le viera, dirigía la mirada insaciable a Petrilla, absorto en una especie de adoración muda, y sintiendo en su corazón una cosa extraña, mezcla del placer producido por la contemplación de la belleza de la joven y del desasosiego engendrado por las dudas que continuamente le atormentaban. Así permaneció como una hora, hasta que habiendo entrado Petra en la cocina, rota ya aquella visual fascinadora, el *Señor*, dando un suspiro, volvió a la vida real, y determinó bajar a la

capilla para entregarse a sus cotidianos ejercicios espirituales, donde únicamente encontraba la paz el conturbado corazón. Bajó, pues, la amplia escalera, cruzó el patio, donde se hallaba cosiendo Petrilla (la cual se levantó respetuosamente al paso del *Señor*, dándole las buenas tardes); sin mirar a la joven, abrió la enorme puerta del lugar sagrado y penetró en la capilla; pero al volver la cara al patio con objeto de cerrar la puerta, el enamorado caballero, aunque quiso, no pudo dejar de dirigir su vista a la garrida doncella que de tal modo le tenía alterado; y ya, habiéndose de nuevo establecido aquella corriente óptica que le subyugaba, el hidalgo se sometió a ella con la pasividad de lo involuntario y lo vencido; sin embargo, aún tuvo suficiente valor para cerrar la puerta y continuar su contemplación al través del ojo de la llave. Sentía el *Señor* en su alma el frío de un remordimiento al darse cuenta de la irreverencia y sacrilegio que cometía convirtiendo el recinto consagrado en liviana atalaya de sus desordenados amores; y desde lo íntimo de su corazón se compungía y lloraba por haber consentido con la parte más baja de su sér en aquella acción indigna de un buen cristiano; pero aunque en la lucha ponía fuerzas de gigante, no podía conseguir que sus ojos se apartasen del rostro de Petrilla, ni aun lograba cerrarlos cuando intentaba

vanamente hacerlo. Después, se consolaba al pensar que si su cuerpo y sus ojos cometían aquella mala acción por sugerencias del enemigo (que tenía poder para dominar y hacer pecar a la carne flaca y enferma), el espíritu era libre y sólo siervo de Dios, y aquel espíritu permanecía aún intacto sin contaminarse con las torpes inclinaciones de la materia, abominándolas y maldiciéndolas. Así se aquietó su corazón; y el *Señor* de Casasola entregóse, libre de escrúpulos, a la contemplación extática de la hermosura de Petrilla, con absoluta negligencia, sin pensar en nada bueno ni malo, sin querer nada, pero sintiendo en todo su sér un placer sereno que le embargaba completamente el ánimo. Era aquello una especie de arrobo o embebecimiento amoroso, durante el cual descansaba el espíritu en un objeto que, por colmar los deseos de la voluntad, la llenaba completamente, incapacitándola del todo para la acción.

Al poco rato, entró en el patio Perico, que después de haber concluído el cigarro, venía al interior de la casa en busca de alguna persona con quien entretener el tiempo conversando. Mucho se alegró de hallar sola a su amada, y entrando en la cocina, sacó una silla de madera, en la que se sentó cerca, muy cerca de Petrilla. Pronto se entabló entre ellos animado diálogo, y pronto las tintas de rosa del pudor subie-

ron desde el corazón a las mejillas de la moza. Un momento más tarde tomó la conversación visos de disputa, pero disputa amigable e inocente, en la cual Petrilla defendía algo que deseaba ver vencido; y para finalizar aquella escena, que duró unos minutos, el hijo de don Pedro, después de mirar a la puerta de la capilla, que permanecía cerrada, se levantó de su asiento, y sujetando brutalmente los brazos de la muchacha, se atrevió a besarla en la cara, produciéndola sin igual vergüenza. La sofocada doncella, mirando con terror hacia donde estaba el amo, echó a correr a las habitaciones interiores. Por su parte, Perico, riendo la gracia, se quedó tan tranquilo, paseando por los portales del patio.

¡Pobre Señor de Casasola! Cuando al través del ojo de la llave presenció aquella acción de su hijo, sintió un dolor agudo, como si con una daga finísima le atravesasen las entrañas; al ver deshechas en un momento todas sus dulces ilusiones, pensó que por alguna herida del corazón se le escapaban el calor y la vitalidad. Después tomóle un frío glacial, y un temblor de cuartana y un sudor de agonía; y víctima de repentino desmayo, resbaló por la pared, cayendo al suelo. A los pocos instantes se levantó penosamente, y apoyándose en los helados muros, llegó hasta el reclinatorio. En la obscuridad del retablo resaltaba el

color claro del cuerpo de Cristo, que, colgado de una cruz, lavaba con su sangre preciosa los pecados todos del mundo.

En aquella horrenda situación, el Señor de Casasola, mirando introspectivamente la inmensa herida de su alma, la consagró allí mismo al Dios paciente, ofreciendo a los pies del Calvario aquellos dolores, aquellas angustias, aquel frío, aquel desencanto. Después quedó sumido en honda meditación, acaso vencido por la pena.

Al obscurecer sintió sobre su cabeza un estrépito ensordecedor que hizo revolotear por la capilla a algunos pájaros que anidaban en la bóveda; era que la campana, movida desde el corredor por el capellán, tocaba la oración vespertina. Don Pedro Villabrille rezó la plegaria del Angel, y con paso rastrero salió del oratorio. Llevaba en su rostro el estigma aplastante de la pena, que consume más que la acción demolidora de los años,

IV

El Señor de Casasola era hombre de singular fortaleza; y aunque el golpe rudísimo que la desgracia habíale infligido en el corazón, descubriéndole los se-

cretos amores del hijo, prodújole conmoción honda y dolor acerbo, sin embargo, no le venció del todo, permitiéndole aún discurrir serenamente para resolver de la manera más honrada los nuevos y graves problemas que se presentaban a su entendimiento. En primer lugar, decidió el Señor de Casasola raer de su alma hasta la más remota esperanza de conseguir jamás el amor de Petrilla, porque le horrorizaba y le estremecía el pensamiento de que él y su hijo se disputasen la preferencia en el corazón de una mujer. Luego pensaba en los graves peligros que podían seguirse de continuar las relaciones de aquellos muchachos, sin darlas pronto fin, ya uniéndolos sacramentalmente en matrimonio, ya separándolos para no volverlos a juntar en la vida; y como esto último parecía una crueldad injustificada, y aun egoísta, por parte de don Pedro, éste, con espíritu generoso y desprendido, se decidió a seguir la solución contraria, llevando hasta el más heroico sacrificio las determinaciones de su voluntad.

Para desenredar, pues, la madeja que se le había agarrado al doliente corazón, tomó el buen caballero como punto de partida el casamiento de su hijo con la hija del mayordomo, toda vez que Perico había cometido un pecado que sólo se reparaba dando la mano de esposo a Petrilla. Pero al considerar bien

este negocio y meter la mano en el pecho, donde aún ardía con fuego devorador la insana pasión amorosa, temía don Pedro que su pensamiento indómito no se sujetase a ver en Petrilla una hija, para él sagrada e inviolable, o que la presencia continua de la joven en el hogar del piadoso amante fuese grave obstáculo para el sosiego del atormentado espíritu. Se encontraba, pues, la inteligencia del infeliz caballero entre los dos opuestos términos de un dilema que le ahogaba con sus contradictorias peligrosas conclusiones. Y como el tiempo volador exigía apremiantemente una solución, don Pedro optó por la que primero se había presentado a su entendimiento; y consultado el caso con el capellán (pero sólo en lo que se refería a la parte canónica), decidióse el matrimonio de Perico. Llamó, pues, a su hijo a secreta estancia, y después de recriminarle la impura acción del patio, le participó que había dispuesto el casamiento como cosa necesaria al honor de la familia y a la tranquilidad de las conciencias; y como estos deseos eran los mismos del muchacho, éste se sometió gustoso a las órdenes de su padre, y quedó decretada la boda.

No hay para qué ponderar los extremos de alegría que tanto Petrilla como sus padres sintieron al saber que el amo aprobaba y bendecía aquel casorio, pues fácilmente comprenderá cualquiera que ni los pobres

mayordomos ni la simplecilla rapaza creyeron jamás que el Señor se rebajase hasta el extremo de emparrar con unos servidores que habían empezado de miserables obreros. Así es que no pensaban ser posible la realización de aquellas locas esperanzas hasta después de la muerte del Señor, que no debía de hacerse aguardar mucho, según don Pedro estaba de alicaído y acabado. Entre mil interminables bendiciones y hacimientos de gracias para el generoso amo, determinóse que la boda se efectuara en la misma capilla de la casa a fines de agosto, cuando se hubiesen terminado las operaciones de la recolección.

Pero la Providencia lo dispuso de otro modo. Hallábase don Pedro y su hijo paseando tranquilamente a la sombra de la casa en una tarde calurosa de julio; don Pedro, según su costumbre, instruía a su hijo en lo que él llamaba *la ciencia de la vida*, y que era una especie de filosofía del dolor, a que, por secreto impulso de su alma traspasada, sentía misteriosa vocación desde la inolvidable escena del patio. Perico apenas oía la palabra de su buen padre, porque habiendo sabido que Petrilla se estaba bañando en el arroyo de la huerta, discurría una picardía que pensaba llevar a término feliz así que su padre, disipada la pesadez producida por la siesta, se retirase a la capilla a orar, según tenía por hábito cotidiano. Llegó,

pues, la hora: don Pedro se sumió en sus dolorosas meditaciones, y Perico, ligero como un corzo, subió las escaleras de la casa y entró en las habitaciones del piso segundo, donde jamás entraba persona viviente, y las cuales estaban entregadas por completo a las alimañas que viven en la soledad y en el silencio. Asomado a la ventana de aquella estancia, que dominaba los árboles y plantaciones de la huerta, recordaba Perico al rey David enamorado de la hermosura de Bethsabé. Pero apenas había estado un cuarto de hora en observación (sin realizar sus deseos, pues ya Petrilla se había bañado y vestido), cuando las maderas seculares, apolilladas y consumidas, se negaron a sostener el piso, que se vino abajo con espantable estruendo de terremoto, haciendo estremecer a toda la casa. Acudieron al ruido don Pedro, Petrilla y el capellán, los cuales vieron con horror a Perico ensangrentado y vencido, medio oculto entre los escombros: no estaba muerto, sin embargo, pero sí en estado tan grave, que todos creyeron que allí mismo se le acababa la vida.

Y para que la desgracia fuese aún mayor, una viga desgajada, al tiempo que don Pedro descubría el cuerpo de su hijo, vino a caer sobre el desventurado Señor de Casasola, rompiéndole un brazo y magullándole gravemente el pecho.

Tocó el capellán la campana a rebato, acudieron presurosos los criados que estaban en las eras, e inmediatamente, tomando en brazos a los heridos, los trasladaron a la cama, procurándoles cuantos remedios creyeron oportunos, mientras que venían los médicos de los pueblos comarcanos.

Don Pedro no perdió el conocimiento; y aunque los dolores que sentía eran agudísimos, todavía le permitían atender, más que a su desgracia, a la de su hijo, que estaba medio muerto. Aprovechando, sin embargo, un momento que el atolondrado joven dió muestras de entender lo que le pasaba, dispuso don Pedro que se confesase y recibiese los postreros sacramentos con que la Iglesia prepara a los fieles el viaje a la eternidad. Y a las pocas horas de haber sido ungido, y antes de llegar los médicos, dió su espíritu al Creador.

Cuando el Señor de Casasola vió que su hijo había muerto, se entregó a los mayores excesos de dolor, acompañado en sus lamentaciones por los leales servidores, que, sobrecogidos por desgracia tan impenzada, rodeaban los lechos de sus amos.

A poco llegaron los médicos, y después de examinar las heridas de don Pedro, declararon que eran muy graves, y que solamente la amputación del brazo podría detener la gangrena, que a más andar se

acercaba. El *Señor* se entregó en sus manos pacientemente; pero antes quiso confortarse con el Pan de los Angeles, que le sirvió el octogenario sacerdote en presencia de todos los criados y de los médicos, ya vestidos con la blusa de operaciones.

V

La cruenta operación quirúrgica no hizo más que dilatar unos días la fecha del funesto desenlace. Los facultativos, los criados y las muchas personas que de toda la comarca acudían, se admiraban de la resignación heroica y de la fortaleza diamantina con que el infortunado caballero sufría los terribles embates de la desgracia. Pero, a pesar de aquel valor insigne (que sería irracional estoicismo, si no estuviera magnificado por la luz de la esperanza cristiana), a pesar de que el espíritu continuaba vivaz como en sus mejores días, el cuerpo se negaba a seguir vegetando, y comenzaba ya en vida la horrenda desorganización de ultratumba. Don Pedro Villabrille quedó casi cadavérico después de los sangrientos sucesos que se han relatado; y como ya en la casa nadie creía posible, sin milagro, que el buen señor recuperase la salud y la vida, los más adictos servidores pedían a Dios que

despenase al amo, llevándole pronto a gozar el premio que la justicia divina tiene aparejado a los mártires que se abrazan a la cruz.

Velaba de continuo a la cabecera del lecho Petrilla, violentamente herida en su corazón tierno y amoroso por los espantables acontecimientos de aquellos días, cuya magnitud desmesurada apenas podía imaginar, según tenía perturbado el sentido: lloraba continuamente lo que ella consideraba como prematura viudez, y lamentaba los crueles dolores que don Pedro padecía en el cuerpo y en el alma con tranquilidad de santo penitente. Era un cuadro interesante aquel que alumbraba en la enorme alcoba la poca luz que por los vidrios medio velados se filtraba. En monumental lecho de roble, cubierto por antigua colcha de damasco, yacía el honrado Señor de Casasola: su cabeza cadavérica, con aquella faz cérea destacándose sobre el tono más claro de la barba enmarañada y crecida, descansaba sobre el cabezal, fría, inmóvil, inexpresiva, muerta; pero si os acercárais y fijárais vuestra vista en las órbitas hundidas, casi tapadas por las cejas luengas y caídas, veríais brillar en su fondo una lucecilla crepuscular que salía de unos ojos tristes y helados, y que era el único síntoma ostensible de la vitalidad del caballero. No se podía mover el *Señor*, ni hablaba apenas, tomando siempre gusto-

so todas las medicinas y alimentos que le daba la mano providente de i'etrilla, y dejándose curar y levantar apósitos y vendajes con la más conmovedora mansedumbre. Por su parte, la desventurada joven procuraba con sus solícitos cuidados hacerse digna de servir a aquel varón justo, cuya grandeza de alma la producía consoladora admiración. Sentada en un sitial de cuero próximo a la cama y en un punto desde el cual podía ver constantemente el rostro mortecino del hidalgo, aquella virgen, con el traje negro del luto, con la faz ojerosa y pálida y los ojos abultados y enrojecidos, tenía apariencias de *Mater Dolorosa*. Y rodeando a estas figuras, y como fondo general del cuadro, había sombras por doquier, sombras que ocultaban a los muebles, sombras que, como nubes, impedían ver el alto techo, sombras que hacían misteriosos a los ángulos, sin que bastasen a esclarecerlas los pocos rayos solares que allí penetraban durante el día, ni la lamparilla funeral que entristecía el cuadro en las eternas horas de la noche.

Y si dejando la superficie, penetráramos en los secretos psicológicos, hallaríamos el alma del *Señor* alimentándose de sus propios dolores en aquella meditación continua a que la quietud le tenía condenado. Quería don Pedro Villabrille, mirándose tan cercano a la eternidad, prescindir completamente de las cosas

temporales, y el poco tiempo que le quedaba, vivirlo como si no viviera en este mundo; pero le era imposible abstraerse a las sugerencias terrenas. Viendo a su lado constantemente a Petrilla, más amable entonces por la incógnita simpatía que entre espíritus nobles engendra el dolor, el pobre anciano caía de nuevo en sus amorosas cavilaciones, que en el acabamiento general de aquella vida casi extinta, habían tomado un tono de suavidad melancólica y resignada, perdiendo la braveza e impetuosidad de la pasión; de modo que don Pedro pensaba en su amor hacia Petrilla como si *recordase* algo que ya no era ni podía ser. El amor activo, fogoso y vivaz que anteriormente había conmovido hasta la médula al *Señor*, se había convertido en una dulce memoria acariciada continuamente con delectación tibia y sosegada. El honrado enfermo no sentía ya aquella inquietud devoradora e insaciable que había envenenado los últimos tiempos de su vida; pero conservaba la parte más sutil y etérea de la pasión, e ideaba en su mente el medio de *hacerla descansar* para tener una muerte tranquila.

Aconteció, pues, que una mañana, poco después de haber sufrido la cruenta operación de mudar los apósitos, sobrevino al Señor de Casasola un profundo desmayo, que al principio creyeron todos que era fe-

nómeno mortal. No fué así, sin embargo; y vuelto al conocimiento el piadoso señor, entendiendo que el fin de su vida se acercaba, mandó salir á todos de la alcoba, y llamando al capellán, celebró con él secreta y fatigosa conferencia.

Quería don Pedro dar su mano de esposo a Petrilla e instituir la heredera de Casasola, y el capellán, aunque aprobaba lo de la herencia, pues los desvelos de la joven y las penas que había sufrido y que sufría hacíanla merecedora de premio, no creía conveniente para la muerte tranquila del *Señor* renovar ardores extintos que seguramente enturbiarían la vista sin dejarla mirar al cielo. Pero el hidalgo objetó que si no legitimaba sus amores, sería para Petrilla, y no para Dios, el último pensamiento de su alma, y que como quería tener cristiana muerte, habría de hacerse lo que él mandaba, y se habría de hacer al punto.

Salió el capellán y dió cuenta a los mayordomos y Petrilla de lo que se iba a hacer. Aquella gente, que vió en semejante determinación sólo una nueva merced del agonizante caballero, aceptó con lágrimas de gratitud el nuevo beneficio, pidiendo al cielo que derramase sobre el alma del enfermo los tesoros inexhaustos de las celestiales bendiciones.

Siguiendo las minuciosas órdenes de Petrilla, se aderezaron la alcoba y las demás piezas de la casa

para recibir dignamente al Señor de todo lo creado. Tendiéronse en el suelo ramos de tomillo y hojas de hierbabuena, que esparcieron en aquella atmósfera de muerte perfumes rústicos y vivificantes; cubrióse la escalera con antiguos tapices y colchas damascadas, y armóse en la misma alcoba un altarcillo lleno de flores, cintas y estampas, reuniendo allí todas las imágenes y los adornos que pudieron haberse a mano. Después volteó festivamente la campana; y revestido con los ricos ornamentos del día del *Corpus*, el venerable sacerdote salió de la capilla llevando en sus manos la caja consagrada donde se guardaba el Cuerpo de Cristo. Acompañado de todas las personas que en la casa había, y pasando por arcos de romero y follaje que en varias puertas se habían levantado, llegó el eclesiástico a la estancia de don Pedro Villabrille, alumbrada con multitud de cirios que la mano piadosa de Petrilla había preparado. Con fervor místico y en medio de un silencio profundo, a pesar de estar la habitación llena de gente, silencio profundo en que sonaban con grave solemnidad las consoladoras palabras rituales, pronunciadas por el sacerdote, recibió don Pedro la Santa Eucaristía.

Luego, pasados unos minutos, se levantó Petrilla de un rincón donde calladamente sollozaba, y se arrodilló junto al lecho del moribundo, el cual co-

menzó a temblar con temblor convulsivo que estremeció también a cuantos presenciaban aquella conmovedora escena.

El capellán dijo las palabras sacramentales y levantó su mano para bendecir a la nupcial pareja. Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, el Señor de Casasola sacó el único brazo que le quedaba y asiendo violentamente a Petrilla, la atrajo hacia sí, apretándola contra el pecho gangrenado, en abrazo frenético, rígido, feroz. Y como si con aquel abrazo se le hubieran escapado del corazón los postreros hálitos vitales, allí mismo, en aquel único instante de esposo de Petrilla, el Señor de Casasola dejó de existir, entregando su alma al Eterno.

LOS BURGUESES

Cuando Adrián del Valle, yendo camino de la oficina, pasó por delante de la taberna de Juan el *Bautista*, encontró atravesado en la acera a un hombre, con vestido de obrero, que, a juzgar por las apariencias, dormía allí la *mona* más grande que vieron los siglos pasados y presentes y esperan ver los venideros.

Inconscientemente tropezó el buen Adrián con el *curdela*, y éste, abriendo penosamente los ojos y fijando una mirada oblicua en el señorito, exclamó:

—¡Mueran los burgueses!

Y cerrando los párpados y dando una especie de ronquido o gruñido perruno, añadió, como si hablase con alguien:

—Pues es claro, hombre: los burgueses son unos holgazanes que chupan la sangre del pobre..., y mientras está uno aquí jorobándose a trabajar... ese burgués de la levita se está paseando... y robándome lo

que es mío; sí, señor, mío *propio*, porque lo gano... mayormente.

Dichas estas palabras, el amigo volvió a roncar con el mayor gusto.

En esto pasaron por allí varios obreros albañiles que, por ser la hora, se dirigían al tajo a trabajar. Cuando vieron al otro tumbado guapamente al sol, le dijeron:

—Oye, tú, *Chinches*, que ya es hora: vamos a la obra.

—¿A la obra?—contestó el *Chinches*, rumiando las palabras.—Que vayan los burgueses; yo no voy porque no quiero que me explote la burguesía. ¡Mueran los burgueses!

—Chico:—dijo uno de los obreros;—¡buena *flor de malva* has cogido!... A ese paso no sé qué vas a comer, porque no trabajar y pasarse la vida en la taberna...

—Y a usted, ¿qué le importa?—dijo el tabernero *Bautista*, saliendo a la puerta del establecimiento.—Este hombre puede hacer lo que le convenga en uso de sus derechos individuales, porque es tan *dixno* como otro *cualisquiera*, aunque sea el mismo *car* de Rusia.

—Vamos, hombre; so... siéguese usted, que no le quitamos la parroquia. ¡Ay, qué panoli de tabernerol ¡Taday, pimpil

Ya en esto había llegado Adrián del Valle a su oficina, que era una inmundicia de un Ministerio, donde por escribir cinco horas diarias ganaba nuestro hombre diez y siete duros mensuales, es decir, unos diez reales diarios. Y Dios le librara al pobre Valle de faltar un día siquiera al trabajo, porque allí se llevaba libro de entrada, y el que no firmaba a la hora debida (sobre todo si era empleado de corto sueldo), corría grave peligro de que le dejaran cesante. Como Adrián tenía mujer y cuatro hijos que sostener, veíase en la precisión de trabajar otras cuatro horas en el bufete de un abogado, ganando por ello otros diez duros mensuales; y como así y todo eran poca cosa para tanta familia los duros del Ministerio y los del juriconsulto, aún escribía Adrián en su casa otro par de horas para sacar otro par de reales, pues no mayor cantidad pagaba un archivero de teatro a los que le copiaban los papeles.

Y ahí tienen ustedes al bueno de Adrián del Valle, joven de treinta años, ilustrado e inteligente, modelo de honradez y laboriosidad, trabajando once horas diarias para ganar treinta duros mensuales, con los cuales mantener y vestir señorialmente a seis personas.

Llegó, pues, nuestro hombre a la oficina, y después de emborronar varios pliegos de un expediente, se presentó ante el habilitado para ver si con las condi-

ciones ordinarias, o sea a real por duro, podía adelantarle veinticinco pesetas de la paga de aquel mes, pues en su casa no había ni un céntimo; pero el habilitado judío, sordo a los clamores de la indigencia, se negó a hacer aquel favor al infeliz, porque ya le había anticipado toda la paga del mes.

Desde la oficina, y con el alma llena de amargura, se dirigió nuestro hombre a la casa del abogado, ante quien exhaló las mismas quejas, pidiéndole por favor que le adelantara una corta cantidad; pero el abogado contestó que no podía, porque los tiempos estaban muy malos y los negocios andaban por las nubes, huyendo sin duda de los hombres.

Siguió Adrián del Valle su calvario, yendo a la librería del músico que le daba a copiar papeles; pero el feroz archivero, al oír las primeras palabras del infeliz, le atajó diciendo que no tenía por costumbre hacer adelantos, por ser práctica antimercantil, y que harto hacía con pagarle a real el pliego, cuando había muchos escribientes con mejor letra y más bonita puntuación que no cobraban más que veinte céntimos por igual unidad de trabajo.

Adrián del Valle no sabía qué hacer, y en medio de la acera se detuvo sin saber qué camino tomar. Verdaderamente, su situación era muy apurada: en casa no tenía nada de que echar mano: las ropas, los

trastos de las habitaciones, todo había sido empeñado y malvendido por la urgente necesidad de comer, pagar la renta al casero y vestir decentemente, para poder presentarse ante sus superiores, sin temor de que, por desidioso, le quitasen el mísero destino.

Adrián del Valle volvió a su casa cuando ya había entrado la noche; al pasar por la taberna, vió al *Chinches* que estaba sentado junto a la puerta, bebiendo vino y murmurando de todo bicho viviente.

Como «la procesión iba por dentro», nadie se imaginaba, al ver a Adrián tan limpio y curioso, con su chaquet negro sin una mancha, el pantalón sin arrugas, gracias a la plancha doméstica, los zapatos lustrosos y el sombrero flamante, que aquel hombre apenas había comido aquel día para dejar su alimento a los niños.

Al verle, *Chinches* volvió a refunfuñar:

—¡Estos jorobados burgueses!...

Y por vía de comentario se vació en la boca de un solo trago el brebaje infame con que el *Bautista* le embrutecía y explotaba.

—Tienes razón—decía el tabernero llenando otra vez el vaso del amigo;—por los burgueses estamos nosotros como estamos.

Adrián del Valle llegó a su casa, presentándose con las manos vacías ante su mujer.

—Toma—dijo, quitándose el chaquet;—vete a la casa de préstamos y trae lo que puedas.

—Pero, hombre, ¿con qué vas a ir mañana a la oficina?

—No lo sé; lo primero es comer... Me pondré una blusa, iré a trabajar como un peón en cualquiera cosa... Ganaré menos, pero gastaré menos también, sin tener que someterme a estas impías leyes del mundo social, hechas para mortificación de los pobres de levita.

La esposa envolvió en un pañuelo la *librea del señorito* y la llevó a la casa de préstamos más próxima.

Y aún oyó al *Chinches* gritar en la taberna:

—¡Mueran los burgueses!

EL POEMA DEL BORRIQUITO DEL PARDO

Si aún sonase la polvorienta lira arrinconada desde mi lejana juventud, ¡con cuánto gusto la pulsaría hoy en tu honor, oh amable borriquito del Pardo! Porque lo que tú haces en este monte admirable, donde la Naturaleza derrochó a manos llenas los tesoros de su hermosura y de su bondad, en estos bosques espléndidos, en este cielo purísimo, en este río de limpia y mansa corriente, en esta fauna de tímidos animalejos, tan bellos como inofensivos... esto que tú haces en este monte del Pardo ¡oh borriquito bienhechor! merece ser cantado por la acordada lira del poeta.

Bueno es que al hombre orgulloso que se llama rey de la creación, y que frecuentemente por el mal uso que hace de su soberanía es indigno de ella, descienda de su trono y venga a tratar con estos humildes seres que con él pueblan el planeta. San Francisco

los llamaba hermanos, y conversaba con ellos, predicándoles las verdades de la doctrina cristiana: el hermano perro, el hermano lobo, las hermanas golondrinas, oyeron extasiados la sencilla y dulce palabra de aquel ángel bajado del cielo para honor de la humanidad... No: no se reirán de nosotros los hombres soberbios, al vernos escribir tu poema ¡oh amado borriquito del Pardo!

* * *

He aquí que avanzas pausadamente por las verdades que llevan al monte. Sobre tus humildes lomos conduces a un hombre joven, de rostro hermosísimo, donde campean los rasgos de la nobleza y la bondad. Es pálido y demacrado, con los ojos hundidos, pero resplandecientes como las estrellas; las mejillas son blancas y suaves, la barba es negra y abundante; los labios exangües, azulados, dibujan una sonrisa que no es la sonrisa alada de la alegría, sino la extática de la resignación. Sobre su frente, teñida con la pátina del viejo marfil, caen algunas sortijas del abundoso cabello negro, que comienza a ornarse de prematuras canas. Es largo, delgado y también alabastrino el cuello que emerge, como el fuste de una columna, de entre la bufanda que le abriga. Su cuerpo, encorvado

hacia adelante, se envuelve en la amorosa manta, de entre cuyos amplios pliegues surge una mano afilada, larga, sutil, de tono ebúrneo, surcada de sutiles venas violáceas, mano etérea como las que pintaba Dominico el Greco a los pálidos, nobles y tristes caballeros toledanos. Aquella mano, que parece pedir un centro de oro y un dogal de encaje, empuña la humilde sogá que llevas al cuello, ¡oh amado borriquito del Pardo!

A la vera del caballero exangüe y bello, aparece como si fuera el ángel de su guarda, la figura de una mujer. Es joven y hermosa, aunque su rostro parece desfigurado por el dolor: también es pálida y demacrada, y también tiene los ojos hundidos y los párpados hinchados y enrojecidos por las lágrimas. Como el hombre, sonrío, no de alegría, sino de resignación. La mujer señala la vereda que ha de seguir el borriquito, y además cuida de la preciada carga como de algo que le interesa al corazón.

Caminan lentamente por aquella angosta vereda bordeada de jaras y tomillos: su andar tiene el ritmo solemne de la procesión, y recuerda la entrada de Jesús en la ciudad de Jerusalem cinco días antes de su muerte. El borriquito del Pardo, como aquel otro que sirvió de cabalgadura al Salvador del mundo, parece que va orgulloso de su carga, y el movimiento de su

cabeza tiene algo de saludo reverente. Y he aquí que la caravana llega al fin de su camino, a una breve plazoleta que se extiende al redor de una vieja encina cuya extensa copa semeja el amoroso techo del hogar. Sin esperar orden alguna, detiéndose la mansa bestezuela: que ya en la monótona labor cotidiana ha aprendido ser aquél el final de la jornada. La mujer desata los bártulos que a la grupa de la cabalgadura se amontonan: son unos palitroques y unas lonas, que luego de ser armados sobre la hierba, se convierten en un largo asiento de estos que llaman mecedoras, otra breve sillita de mimbre y un bastidor de bordar cuidadosamente envuelto en unos papeles. Y cuando todo está dispuesto en tierra, la mujer, tomando en brazos al silencioso caballero, le hace descender del borriquito y le acomoda en el asiento, arropándole amorosamente con maternal solicitud. El manso animalejo contempla aquella escena con sus grandes ojos inexpresivos: ¡quién sabe, quién sabe lo que sentirá entonces el humilde borriquito del Pardo! El cual, cuando ve a sus señores instalados a la sombra de la encina, toma de nuevo el camino y regresa al pueblo, tal vez para hacer igual labor benéfica con otro desdichado.

Tendido sobre la blanca lona, convenientemente resguardado del frío, el caballero queda expuesto al saludable influjo del sol, del aire y de la luz, que en estos lugares hace maravillas en los organismos vencidos en las incruentas batallas sociales.

El caballero es un mísero despojo de aquel mar embravecido donde frecuentemente naufragan las humildes navecillas en lucha sempiterna con la adversidad. He aquí que cuando este hombre era casi un niño, hubo de encerrarse en el recinto envenenado de un escritorio para ganar el pan de cada día. Encorvado sobre la dura mesa como el gañán sobre la esteva del arado, pasaron sobre él los días largos, los meses y los años, con escasez de sustento y de oxígeno, sin ver apenas la luz del sol, atormentado de continuo por la penuria de lo presente y la zozobra de lo porvenir. Ganoso de mejorar de condición pasaba las noches entregado, no al descanso, sino al estudio, y así, a costa de su salud y de su vida, llegó a conseguir uno de esos títulos literarios con que los hombres se habilitan para las altas funciones de la pública intelectualidad. Pero ¡ay! no mejoró de condición, porque para poder sustentarse con decoro, tenía que vivir, como antes, amarrado a un trabajo extenuador que poco a poco, en plena juventud, le iba consumiendo la vida.

Cuando estuvo en edad aparente, buscó amorosa compañera, y con ella formó un hogar feliz. Bien pronto vinieron los niños a alegrar aquella humilde casa y a aumentar las necesidades y las inquietudes del matrimonio. Y a todo esto, la cruel enfermedad, ese horrible azote social que, sin ruido ni efusión de sangre, diezma al género humano, iba apagando la vitalidad del joven, sin que fueran parte a detener su avance todos los remedios que la ciencia tiene aparejados para combatirla.

Y he aquí que entonces un alma caritativa hubo de decirle que en el monte del Pardo se hallaba la salud difundida en el ambiente, para provecho de todos, como una bendición. Recogieron los niños en el hogar de los abuelos, también pobres y humildes, en lejanas tierras, y el enfermo y la mujer vinieron a este benéfico lugar y te tomaron por servidor, ¡oh amado borriquito del Pardo!

* * *

La mujer toma en sus hábiles manos el bastidor y comienza el trabajo, con el que ayuda a levantar la carga doméstica, porque los tiempos son muy malos. Al principio, cuando el enfermo llevaba pocos días faltando al trabajo, nadie pensaba en retirarle el jor-

nalillo: decían que el conservárselo era deber de humanidad y aun de justicia; pero luego fueron cansándose, porque los tiempos estaban muy malos, y hubieron de reducirle la pitanza a la mitad: temiendo estaban los jóvenes que se la quitasen del todo; y así, la mujer trabajaba sobre el bastidor para ganar también su salario.

* * *

La mujer habla, habla mucho para entretener a su marido, y para evitar que él hable y se fatigue. Habla siempre de lo porvenir:

—Hoy estás muy bien:—dice, y no dice la verdad;—hoy estás mejor que nunca. Si sigues así, muy pronto podremos volver a Madrid... Verás cómo te dan la cátedra... y trabajarás menos y ganarás más... Yo trabajaré más... sí, sí... y estaremos muy bien... ¿Por qué no te han de dar la cátedra? ¿No sabes tú más que todos? ¿No te has pasado la vida estudiando?... ¿Te acuerdas cuando me reñías porque me oponía a que estudiases tanto? ¡Las diabluras que hacía!... Primero te ponía la luz con el petróleo tasado, y a lo mejor, cuando más enfrascado estabas en tus estudios, te quedabas a oscuras; pero tú eras muy pícaro, y tenías escondidas en el cajón de la mesa velas, que encen-

días. Luego, cuando nos pusieron la luz eléctrica, aprendí a hacer mayores juidadas: quitaba los plomos y ¡cataplum! se quedaba todo a oscuras... Pero, hombre, si eran las tres de la mañana... Y yo te estaba esperando, sin dormir, triste, muy triste... no por mí, sino por ti... porque veía que te estabas desojando... Ahora no pasará eso: estudiarás y trabajarás por la mañana, y pasearás en el campo por la tarde, y no trabajarás de noche, porque la noche se ha hecho para descansar.

Después de una breve pausa, e inclinando más la frente sobre el bastidor para que no se la vean las lágrimas, la mujer continúa:

—Y podremos traer a los niños...

* * *

Transcurre el día en una dulce y serena paz. En el cielo, de intenso azul, brilla espléndidamente el sol, cuya luz, al caer sobre las hojas de las encinas, parece que las unge con tonalidades de oro viejo. Reina en el monte un silencio solemne, sólo turbado de cuando en cuando por la voz de alguna avecilla solitaria, el balido de las ovejas que pastan en el monte o el tañido de la campana de la ermita, enhiesta en el collado tras el río. A veces se estremece el aire con una

ráfaga sonora, de inefable armonía, formada por la conjunción de mil sonos que, aislados, resultan imperceptibles: el aletear de los pájaros y los insectos, el paso cauteloso de los gamos, el murmullo de las aguas corrientes, el susurrar del viento entre las hojas de los árboles, el rodar de las carretas en los caminos..., sublime himno eucarístico con que la Naturaleza narra la gloria del Señor.

Y he aquí que cuando el sol declina hacia poniente, haciendo destacar sobre un fondo de ópalo y púrpura las severas líneas de la ermita del Cristo, sueñan en el camino tus pasos, ¡oh borriquito!, que vienes a buscar al desventurado caballero...

Ya descienes con él, ya le llevas al pacífico lugar. ¿Volverá al monte cuando caliente el sol del nuevo día? ¡Oh! ¡La pobre inteligencia humana no puede penetrar los misterios de la noche y de la muerte!...

EL QUIJOTE

Pasaba por una de las calles más concurridas de la Corte una señorita, joven y bella, ataviada con un viejísimo vestido de percal; los pies cubiertos con unos zapatos muy usados, con los tacones torcidos; la cabeza tocada con un sombrero de fieltro coronado de una pluma de pájaro vulgar. Iba la señorita, aunque pobremente ataviada, pulcra, cuidada y limpia, y desde las puntas de los zapatos a la pluma del sombrero acreditaba el uso frecuente del cepillo, y aun de la greda y la bencina. Se veía en todos los pormenores de su vestimenta, ya que no las galas de la fortuna, por lo menos el honesto cuidado de parecer bien y no molestar al prójimo con la exhibición de pingos y manchas, y aun podemos añadir que campeaba en todas las líneas de aquella mujer cierto aire de buen gusto y de elegancia, que no siempre está reñido con la pobreza.

¡Pues qué! ¿No habéis visto mil veces mujeres de

bárbara ordinariez, forradas de telas riquísimas, esplendentes de oro y pedrería, sahumadas con perfumes exóticos y, sin embargo, repulsivas por su grosero empaque y su total carencia de buen gusto? Casi puede decirse que en la mayoría de los casos, la verdadera elegancia y la belleza personal están en razón directa de la sencillez.

Sencilla hasta el extremo era la señorita protagonista de la presente historia: sencilla en el traje, se entiende, pero no en el porte de su persona, de la que emanaba un no sé qué de grandeza y distinción. Al parecer, era pobre; pero, en verdad, que en aquel cuerpecillo gentil y en aquella cabeza nobilísima no caerían mal los atavíos de una reina.

Detrás de la señorita apersonada caminaban también otras varias muchachuelas, al parecer modistas u obreras de taller, de estas que se pasan el día trabajando en labores penosísimas a cambio de un mísero jornal. Eran todas gente alegre y ruidosa, hecha al comentario fulminante y agresivo, ingeniosa, ligera y poco caritativa; aunque bien mirado, no mucha caridad puede exigirse a quien vive siempre sometida al trato de la más cruel injusticia.

Ver aquellas muchachas a la señorita y hacer al punto propósito de divertirse a costa de ella, fué todo uno.

—Mirad la señorita del rabo pingao... — decía una.

—¡Ay, qué zapatitos Luis Quince!... — replicaba otra.

—Con esa levosa no tendrá usted frío, ¿eh?

—¡Callarsus! Que debe de ser la princesa de Matember. ¡Me parece!...

—¡Eh! ¡Eh! Que se le cae a usted el portamonedas... ¡Hay que ver!...

Y con una letanía de bellacas imprecaciones continuaron molestándola durante largo rato.

Pero no fué esto lo peor... Lo peor fué que a aquellas muchachitas lenguaraces y desenvueltas se unieron otras que iban por el mismo camino, y aun algunos hombres, al parecer formales y sesudos; y a poco, la humilde señorita iba escoltada por varias docenas de personas que se reían de ella, sin saber por qué, con esa inconsciencia lanar que es característica en las multitudes.

La señorita seguía pacientemente aquella vía dolorosa. Iba encendida como una grana, deseando que de pronto surgiera algún cataclismo geológico que, enterrándola viva, la amparase, o que se apagase el sol, librándola de tan atroz suplicio. Llevaba los ojos preñados de lágrimas, prontas a desbordarse, y temblaba como una azucena movida por el aquilón. Y como era

un espíritu noble y delicado, se dolía en su interior, no tanto del sonrojo que aquella gente le causaba, como del desorden moral que semejante desafuero suponía.

—¿Por qué me insultarán?...—se preguntaba a sí misma.—¿Qué les he hecho yo para que me traten de este modo?... ¡Son muy malas! Yo voy por mi camino sin meterme con nadie... ¿Qué se han figurado: que porque lleve este vestido y este sombrero soy algún ser inútil y despreciable? Pues se han equivocado... porque yo soy tan obrera como pueden serlo ellas o más... Porque yo vivo pobremente de lo que trabajo... y sufro, sufro seguramente más que ellas... ¡Pues qué! ¿Sólo son trabajadores los que van a la fábrica o al taller? Y los que nos pasamos el día estrujando el cerebro... dando lecciones... escribiendo a máquina.. , dibujando..., estudiando..., y todo para ganar menos que una lavandera... Estas pobres gentes tienen la cabeza llena de ideas equivocadas sobre lo que son las clases sociales; y en cuanto ven a una persona con traje distinto del que ellas gastan, ya creen que aquella persona es un vago, un parásito que nada produce y a quien todo el mundo tiene derecho a menospreciar... ¡Oh! Por este camino vamos derechamente a la barbarie y a convertir la sociedad en una manada de fieras, que se morderán y arañarán unas a

otras... ¡No ven más que el traje!... Pues han de saber que este traje es a veces un disfraz que oculta grandes miserias... Estas jóvenes irán ahora a sus casas, y encontrarán una comida, seguramente modesta, pero suficientemente confortativa... ¡Cuántas señoritas no podrán decir otro tanto!...

Y al pensar así, la señorita voló con el pensamiento a su humilde cuarto interior, obscuro, triste, mal ventilado, donde vivía con su anciana madre y con su hermano... Es decir, tanto como vivir con su hermano, no; porque el hermano era un joven libertino, que se pasaba semanas enteras sin parecer por casa, entregado al vicio y la disipación. Estaba empleado en un Ministerio y cobraba treinta duros todos los meses; pero se los gastaba alegremente con sus amigos y con hembras de baja condición, sin acordarse de las pobres mujeres que trabajaban y lloraban por él en el retiro del hogar... Y ahora, precisamente, la pena era mayor, porque el Subsecretario se había enterado de que el joven faltaba mucho a la oficina, y estaba dispuesto a dejarle cesante por razones de moralidad administrativa y al mismo tiempo por disponer de la vacante para un amigo del ministro.

—¡Ahí va!... ¡La duquesa de Luxemburgo!—seguían vociferando las mozuelas.—¡La princesita del dolar!... ¡Hay que ver, a la señorita del rabo pringao!...

El rebaño humano que por malsana curiosidad se había unido a las muchachas, seguía burlándose de la señorita, con la crueldad propia de las muchedumbres, cuando de pronto surgió de allí mismo un hombre, al parecer obrero, de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro, el cual, percatado del entuerto que contra aquella débil mujer se cometía, encaróse con la muchedumbre de malandrines, y a grandes voces exclamó:

—¡Callarsus, sinvergüenzas!... ¿Se mete con vosotros la señora? Pues entonces, ¿por qué tronchos os metéis vosotros con ella?

—Y ¿a usted qué le importa? ¿Es usted su administrador?—se atrevió a decir con vocecita atiplada uno de los del rebaño, escondiéndose entre un grupo de mujeres.

—¡Sí me importa!—rugió el salvador;—¡sí me importa!... ¡porque tengo vergüenza, y tú no! ¡Ajos, puerros y cebollas! (y los soltó redondos); y si alguno quiere algo conmigo, que saque la cara ¡canallas, cobardes, hijos de perra!...

Nadie osó replicar a las imprecaciones de aquel hombre, que parecía dispuesto a las resoluciones más descomunales. Tan cierto es que la injusticia es siempre cobarde, y la verdad acaba por imponerse y dominar aun a centuplicados enemigos.

La señorita, al oír aquellas palabras consoladoras, volvió la cabeza, y a través de los ojos húmedos por el llanto, dirigió una dulce mirada de gratitud al desconocido caballero andante que venía a librarla de la furia de aquellos follones; y cuando vió que era un hombre pobremente vestido, su agradecimiento no tuvo límite.

—¡Muchas gracias! —balbució,—¡muchas gracias!... Es usted muy bueno.

—No hay de qué... sino que aquí no hay vergüenza, ni principios, ni educación... y siga usted: que aquí estoy yo para defenderla; y si alguien se mete con usted ¡retroncho!, ¡cebolleta!... le sacaré los podrios re-daños del corazón...

Pero esto ya no lo oía casi nadie, porque tan pronto como la gente se dió cuenta de los propósitos de aquel desaforado sujeto, se retiró discretamente, y al punto quedó la señorita sola en la calle con su salvador.

El cual, inclinándose ante la infeliz doncella y saludándola muy cortésmente, dijo:

—Vaya usted con Dios, señora .. Y si quiere saber quién es el que la ha librado de aquella canalla, la diré que a mí me llaman el *Quijote* porque dicen que me meto en lo que no me importa.. , pero ¡retroncho! ¿qué va a hacer uno cuando ve que de este modo se atropella a infelices mujeres que no hacen daño a nadie, mayormente?...

EL TESORO DE NATANIEL

Aquella pasión de adquirir que dominaba a Nataniel González era algo consubstancial con él, algo que le penetraba en los huesos y le llegaba al alma, desbordándose allí, *ex abundantia cordis*, en cuantas ocasiones veníanle a la mano. Nataniel, por lo visto, no tenía nervios, ni sensibilidad, ni conciencia remordecadora; robaba por íntima necesidad, porque le pedía el corazón dinero, como a otros les pide amor y como a los hambrientos pide pan el estómago. No adquiría para procurarse placeres, sino por el sólo gusto de adquirir y acaudalar, teniendo en la guarda de sus tesoros la última finalidad y el descanso de sus deseos.

Como todos los avaros del mundo, Nataniel González había sido muy pobre en su cuna; tan pobre, que a la pública caridad debía la suerte de vivir, si se puede llamar suerte y no castigo a nuestra mísera peregrinación por este desdichado planeta. Pero bien

pronto dió muestras Nataniel de poseer singular aptitud para la vida social, la cual, como batalla que es, exige de sus luchadores maravillosos talentos para sacar el jugo y la entraña viva a sus semejantes y llegar en poco tiempo a señorearse de ellos por medio del oro y las riquezas.

Un día, cuando Nataniel tenía siete años, se le acercó un chico de su edad, y le dijo:

— Dame un ochavo para confites; mañana te lo devolveré.

— Si quieres que te dé el ochavo—contestó Nataniel, —has de dejarme en prenda el pañuelo, y mañana tienes que devolverme un cuarto.

Basta. Aquel muchacho tenía ya determinada su vocación: sería rico, pero sería avaro; y, como tal, sufriría en este mundo la execración pública y en el otro la eterna justicia de Dios.

Salió Nataniel de su pueblo, que era una mísera aldea castellana, y tardó veinte años en volver. Cuando tornó tenía treinta, la edad maldita por el poeta desengañado. Pero aunque Nataniel contaba treinta años, parecía tener cincuenta, con aquel rostro pardusco y arrugado, aquella barba encanecida e hirsuta, aquella nariz corva y afilada y aquellos ojos hundidos, en cuyo fondo chispeaba una lucecilla intensa que daba a la vista de aquel hombre el brillo extraño de la de los

buitres y quebrantahuesos. Vestía humilde ropaje obscuro, y tenía por costumbre llevar siempre ocultas en las mangas del chaquetón las manos sutiles, de anchos artejos y uñas larguísimas; manos tan peludas, que más bien semejaban garras de oso que instrumento preciosísimo con el cual el hombre ejerce su señorío sobre la creación.

Cuando Nataniel llegó al pueblo, de vuelta de su aprendizaje por el mundo, ninguno de aquellos honrados campesinos quería tratar con él. Sólo se le acercó una su sobrina que, tentada de codicioso anhelo, pensó en la riqueza que la aguardaba el día que el tío viniese a morir. Tomando, pues, de criada a la sobrina, compró el hombre una casa vieja que al pie de un altísimo cerro tenía su asiento, y en ella se encerró con Carmen (tal era el nombre de la joven), mujer por todo extremo hermosa y fresca como las flores primaverales.

La vida de Carmen en la casa de Nataniel era durísimo cautiverio. Como un pajarillo estaba encerrada la moza en la cocina y en un dormitorio que le era adyacente; y cuando había menester salir a otras habitaciones, llamaba por la reja al tío para que la acompañase, como un vigilante a su prisionero. Los domingos y fiestas de guardar, porque no murmurase la gente, sacaba el judío a Carmen de casa y la llevaba

a misa; pero sujeta también y sin permisión de acercarse a hablar con alma viviente, pues Nataniel temía que una mala palabra, un guiño, una seña, fuese la sangría por donde había de escaparse y deshacerse su fortuna.

La cual debía de ser muy grande, a juzgar por lo que el hombre la guardaba; porque apenas obscurecía, cuando después de registrar todas las habitaciones y cerrar todas las puertas con trancas y barrancas, Nataniel, llevando un farolillo en la mano, cruzaba el patio, entraba en la bodega, daba mil vueltas por sus corredores y encrucijadas y se metía en un antro apartadísimo, más semejante a cámara de momia egipcia que a lugar donde un vivo guarda sus caudales.

Allí, con placer sin igual, contaba el hombre mil veces sus monedas, las apilaba en desiguales batallones, las envolvía cuidadosamente en papeles, y luego metíalas en sacos que colocaba en los huecos de las paredes, para contemplarlos con visión extática, semejante a la del bibliómano ante sus armarios llenos de incunables y manuscritos.

Y después de cerciorarse de que todo estaba intacto y como la noche anterior, agarraba Nataniel un azadón enorme y comenzaba a cavar en las paredes, haciendo mayor aquella fúnebre galería, con ardor frenético, obedeciendo a una voz del corazón, que le

gritaba: «¡Más! ¡Más!», e imaginándose que llegaría un tiempo en que el inmenso cerro que sobre la bodega se alzaba tendría las entrañas de oro... de oro de Nataniel, para ser sólo por Nataniel gozado, con fiero egoísmo, en aquellas noches de placer inefable y profundo, en cuya comparación parecerían dolorosas las noches de asiáticas orgías.

Pero, ¿cómo reunió el avaro aquella fortuna? ¿Cómo? Con la usura: con la usura negra que por medios criminales trasiega el céntimo del pobre a las arcas del rico, sumiendo a aquél en todos los peligros de la miseria y llevando a éste a las escabrosas regiones de la fortuna mal adquirida, donde todo vicio y pecado tiene su natural habitación.

Nataniel *daba dinero a réditos*, y con esto dicho queda que sus riquezas crecerían como la espuma, llevando consigo, como lleva la espuma, todas las inmundicias de la corriente. Prestaba dinero el judío con la garantía de fincas hipotecadas, las cuales, las más de las veces, venían a las garras de oso de Nataniel, entre las maldiciones de la gente, que no podía ver ni en pintura al bárbaro usurero.

Sucedió, pues, que uno de los mozos del pueblo, llamado Agrícola, a pesar de los cerrojos del tío, logró enamorar a la sobrina Carmen; que desde los tiempos de Anacreonte acá no ha habido rejas bas-

tantes a detener los ímpetus del sutilísimo Cupido; y deseoso Agrícola de verse dueño del amor de aquella hembra simpár, acudió a Nataniel y le dijo:

—Don Nataniel: vengo aquí *respeitive* a la Carmen; yo la quiero para casarme con ella como Dios manda...

—Pero tú, ¿con qué demonios de dineros cuentas, hombre?

—A eso iba, don Nataniel; pero usted no me dejó concluir. Pues digo que tengo mi hijuela bien sana, la que me dejaron mis padres (que en paz descansen); tengo las tierras del Perencejo y las viñas de la Espurgada y un colmenar en el camino de Verdiles; tengo un par de mulas y cien duros en dinero y...

—Eso es una miseria, Agrícola; todo eso no vale un pimiento.

—A eso iba, don Nataniel; pero usted no me dejó concluir... Pues digo, que por más que esto es muy poco para una familia, yo no quiero casarme mientras y cuando que no tenga en la mano una cosa que llevo metida en la sesera.

—Bueno, pues díla pronto; porque tengo mucho que hacer.

—A eso voy, don Nataniel. Pues digo que voy a tomar en renta la fábrica de paños del señor Arcipreste, y a hacer esas mantas que pide el Gobierno para

la tropa, con lo cual se puede ganar muy buenos cuartos; pero antes de empezar necesito diez mil reales... y por no vender las tierras... pues vengo a ver si usted me da esos diez mil reales a *tanti quanti del réito* que usted quiera.

—¡Hombre!—replicó don Nataniel, sacando las garras de oso de entre las mangas, donde las llevaba escondidas;—yo no tengo ese dinero; pero, en fin, por tratarse de ti, lo pediré prestado. Pero esto va a resultar muy caro, Agrícola.

—Usted dirá, don Nataniel.

—Pues digo que te va a costar caro, porque el dinero es el dinero, y hay que darle lo suyo... Quiero decir que no se le puede tener ocioso... y necesariamente tiene que producir lo que le corresponde... Y esta producción es el interés, no simple, sino compuesto, de uno, dos o medio; y este interés compuesto es lo que en términos vulgares se llama rédito, y este rédito es lo que hay que pagar si se quiere tener opción al préstamo, además de la garantía, ora prendaria, ora hipotecaria... Tú, como eres un rústico patán, no entiendes de estas cosas, porque no sabes Economía, pero son habas contadas y no tienen vuelta de hoja, pudiendo decirse que son verídicas como el Evangelio y la Doctrina... Ahora bien: yo digo que esos diez mil reales que voy a buscarte ahora en ju-

nio, valen doce mil en septiembre, y para conseguirlo hay que hipotecar tus fincas y el par de mulas con *pacto retro*.

Agrícola sintió que los ojos se le humedecían, y que una gran angustia se le apoderaba del corazón. Luego se acordó de Carmen y del buen negocio de las mantas, y haciendo un gran esfuerzo dijo:

—*Aceto*, don Nataniel.

Cobró Agrícola los diez mil reales; firmó todo lo que el avaro le puso ante los ojos, y se engolfó en su negocio de la fabricación de mantas.

Pero, desgraciadamente, el tal negocio no tuvo el fin que el bueno de Agrícola había menester; y, llegado septiembre, las fincas y las mulas pasaron a poder del judío, y el pobre labriego se encontró en medio de la calle, poseído de la mayor miseria.

No era, sin embargo, Agrícola hombre que se dejase amilanar y concluir por el peso de la adversidad. Sabía que el trabajo todo lo vence, y que, con voluntad firme y la ayuda de Dios, se hacen verdaderos milagros.

Y se hizo yesero, para ganar seis reales diarios el día que más. Las entrañas de aquella tierra de Castilla están preñadas de lucientes cristales de espejuelo calizo, el cual, convenientemente quemado, limpio y cernido, se convierte en el yeso que se emplea para

blanquear las construcciones. Agrícola se sumió en aquellas cavernas y, pico en mano, fué arrancando de las paredes las cristalinas hojas de espejuelo que le daban un mendrugo de pan.

Pasaron dos años. Una tarde, cuando nuestro pobre yesero se hallaba entregado a su labor, sintió súbitamente un ruido espantable, que hizo conmover el cerro en cuyas entrañas el infeliz estaba sepultado. Agrícola creyó que la montaña se le venía encima, y seguro de que era llegada la hora de su muerte, como buen cristiano, cayó de rodillas y quiso encomendar su alma a Dios; pero en aquel instante, rasgándose con singular estruendo la pared interior de la yesera, comenzó a llover por allí un río de monedas de oro, las monedas que don Nataniel por el lado opuesto apilaba.

* * *

Nadie volvió a tener noticia del avaro. La gente crédula afirmaba que Satanás se lo había llevado al infierno la noche en que acaeció el terremoto.

Agrícola y Carmen aún rezan algunas noches por el pobre tío, de quien únicamente heredaron la casa, y cuyo tesoro no encuentran por más que buscan.

LA IMPÍA REALIDAD

Aquella señora que está allí, casi del todo oculta detrás del gran confesonario; aquella que con la mano enguantada se da golpecitos penitentes en las ballenas del corsé; la de los lentes de oro y el devocionario de nácar, es Pepita Valencia, la marquesa de San Federico, una de las señoras más ilustres y de más buenas prendas de la aristocracia de la corte.

La marquesa de San Federico no posee una hermosura deslumbradora, pero lleva honrosamente sus cuarenta años; tiene el seno alto, la gorguera mórbida, los ojos brillantes, el color vivo y la tez suave y sin arrugas. Es una matrona clásica y de buen ver, tan apartada de la frescura juvenil, que huele a rosas y manzanas, como de los alifafes dueñescos y alcanforados de las *señoras de cierta edad*.

Por *razones de Estado* habíase unido Pepita Valencia con el marqués de San Federico, hombre tonto y feísimo, aunque rico y de alto y esclarecido linaje,

como que descendía nada menos que de los reyes de Aragón: castillos, leones, águilas (algunas con dos cabezas), cascots, grifos, cruces, armaduras y broques... nada de esto faltaba en la casa del marqués; en cambio, notábase allí la ausencia del talento, el amor, los hijos... bienes substanciosos y santos, contra los que jamás prevalecerán ni el inclemente paso del tiempo ni la furia demoledora de los hombres.

Pepita, de moza, fué guapísima y retrechera, y por tal razón enamoróse de ella el otro, sin hacer cuenta ni del gran ingenio de la mujer, ni de su fantasía espléndida y multicolor, ni del corazón sanísimo, ni de la ascendencia honrada y laboriosa. El marquesito, ya muy cascado y decadente, á causa de la mala vida, no buscó para mujer más que una real hembra, y en verdad que en tal realeza pocas mujeres hubieran podido codearse con la heroína de esta historia.

El marqués era un bestia: hombre completamente embrutecido por la vida de grosero deleite que llevaba: desidioso, holgazán e incotinente. Usaba, aun con su esposa, un vocabulario soez y malsonante, aprendido en las tabernas y burdeles, que eran su natural habitación: «órdago, pa chasco, bronca, fastidiar, a ver, de guagua, panoli, despiporren, piscis, tomar el cabello, dar la lata y meter el corvejón...», con otras frases y términos desaforados y bellaquís-

mos. Pasábase semanas enteras alejado de su excelente cónyuge, y cuando el majadero se presentaba en las habitaciones de Pepita echándolas de amoroso y galanteador, tales donaires gastaba y tales requiebros decía, que la buena mujer estaba muy ufana y satisfecha con que el innoble marido brillase por su ausencia en aquellos solitarios y tristes gabinetes.

Como en la realidad del hogar doméstico no encontraba Pepita Valencia aquella felicidad a que encaminan su casamiento las jóvenes bien criadas, dióse la buena marquesa a soñar; pero a soñar cosas frágiles y escurridizas, distantes no más que una línea del vedado pecaminoso. Soñaba Pepita, y sus sueños eran disparatados e insensatos: sueños de amores imposibles y romancescos, en que aparecía unas veces el dorado aeronauta que la llevaba a ella en globo a celebrar bodas criminales en la callada región celeste, muy cerca de la luna; otras, el marino que en apartadas e ignotas islas formaba paraísos de amor, y otras el novicio de convento que al ir a profesar veíala por primera vez, y prendado de ella, la tomaba en brazos y la conducía en fogoso corcel a lo más intrincado de las selvas en busca de una caverna como aquella en que el ilustre Eneas y Dido, la reina de Cartago, tuvieron el encuentro que el cisne mantuano ha hecho eterno en versos de perennal hermosura.

Así pensaba aquella pobre mujer; y luego, muy humilde y apesadumbrada, iba a contar estas cosas a su confesor, el cual la decía que no diese en tales desatinos, verdaderas tentaciones de Satanás, las cuales, aunque a primera vista semejaban diversiones de cerebro ocioso o caprichos de imaginación desatada y hambrienta, eran en realidad la lima que mansamente suavizaba las asperezas de la senda para hacerla libidinosa...

* * *

Como queda dicho, estaba la marquesa en uno de los más famosos templos de la corte, donde por celebrarse fiesta muy solemne en loor de la Virgen Nuestra Señora, había acudido gran golpe de gente ganosa de honrar con sus devociones a la excelsa Reina de los Angeles. Flameaban los altares cargados de número infinito de luces, y por todos los ámbitos del recinto se esparcía el sagrado olor del incienso y el estoraque, que en conjunción extraña venía a mezclarse con los profanos aromas del opoponax y del ilang- ilang, allí llevados por las piísimas damas, cuyas aventuras ha historiado de incomparable modo el insigne P. Coloma.

Después del rosario y del sermón, cuando mayor era el silencio en la iglesia, comenzó el órgano a preludiar una grata música, tras de la cual sonó allá en las alturas una voz aguda y sutil, potente y llena, que no era voz de hombrecillo débil y amujerado, como ordinariamente suele acontecer, sino que tenía timbre sonoro y suavemente metálico, con dejos melancólicos de címbalo de ermita campestre. Sonaba con dulzura sin igual, unas veces en tono subido y penetrante como soplo de flauta, y otras grave y majestuoso, como el quejido de un oboe; con gracia viviente y dinámica recorría todos los lugares del pentágrama a modo de pajarillo que sube y baja y se deja caer entre las ramas de los árboles.

Aquella era una voz virginal y purísima, voz de ángel, no contaminado con sexo alguno; ángel que no tenía más que cabeza y garganta, de donde fluía como aroma floreal aquel hilo intercadente de melodía mística. Era seguramente la voz de un sér limpio, casto, pudoroso e intangible, y como allí no había más que seres humanos, la voz aquella tenía que pertenecer a un mancebo de catorce abriles, hermoso como una azucena e inmaculado como un armiño.

El concurso estaba embelesado oyendo la romanza celestial, sin semejante en los fastos de la música religiosa, y entre el concurso, la marquesa de San Fe-

derico, con los ojos medio cerrados y la boca medio abierta, poseída de un así como deliquio amoroso o éxtasis de alta contemplación, recibía aquella lluvia eufónica como reciben los pistilos de una flor el rocío vivificante de la mañana.

Imaginaba la buena señora que entre su corazón y el corazón del ángel que cantaba, se había establecido una corriente, pero no eléctrica ni óptica, sino musical y vibrante, y que aquellos sonidos eran como flechas de inmenso amor que se le iban a ella clavando en el alma hinchéndola de dulcísimos sentimientos. Al punto forjó Pepita la figura del gentil mancebo, blanca, mórbida, suave y fulgente, algo así como un querubín humano que ni era un niño ignorante de los misterios del amor, ni un varón ya contaminado con las impurezas de la vida.

Cesó la voz, y, como murmullo de selva, extendióse por el templo el tenue rumor de la muchedumbre que suspiraba y se movía después de media hora de arrobamiento y de quietud. Luego vino *lo humano*: la voz del preste, el ruido de las sillas y el *rum-rum* de la gente devota que salía cuchicheando de la iglesia.

Pepita miró hacia arriba y no vió nada. Ella no quería salir de allí; pero aquellas tinieblas palpables que se iban apoderando del sagrado recinto a medida

que el sacristán mataba las luces de los altares, la amedrentaron, obligándola a salir a la calle, subir en el coche y largarse a casa.

No pudo dormir: pasó toda la noche en romántico insomnio, pensando en aquel angelito que a ella, mujer de cuarenta años, se le había metido en el corazón, y por la mañana mandó buscar al niño que la víspera había cantado en la iglesia, pues pensaba... encargarle una Salve a la Virgen del Amor Hermoso.

Salieron los criados en busca del chiquillo, y quedó Pepita arreglando con solícito esmero el gabinete voluptuoso y halagador, tapizado de seda azul, sembrado todo él de menudas figurillas de marfil y de laca, e impregnado de un olor *cálido* y acariciador que excitaba suavemente los nervios.

Pensaba la marquesa que aquélla era una aventura pecaminosa indigna de una señora cristiana, y propia sólo de mujercuelas desbaratadas y escandalizadoras; pero pronto se consolaba viendo que lo que ella sentía por el incógnito y virginal mancebo no era más que una suerte de cariño maternal sin mácula alguna avergonzadora, ni más fin que el de sentar al niño en sus rodillas y acariciarle la cabellera de oro, o, a lo sumo, besarle castamente la frente de azucena.

Llegó la hora... La marquesa temblaba, no sé si de

placer o de dolor, dolor de la conciencia quiero decir, que por ahí llaman remordimiento. Cuando la doncella alzó la cortina franqueando la puerta al esperado mozo, la pobre Pepita se sintió desfallecer y morir ante el castigo tremendo que Dios la mandaba como sanción de sus desvariadas imaginaciones...

Porque el mancebo que en el coro de la iglesia cantaba como deben de cantar los ángeles en el cielo, era un sujeto asqueroso y abominable, con la más fea catadura que el enemigo pudiera imaginar. Era de figura innoble, de aspecto canallesco, y su rostro, estigmatizado por el vicio, un simulacro de horribles escrecencias. Vestía un trajecillo negro, raído, el pantalón con rodilleras y las botas arrugadas y descosidas; al cuello traía un pañuelo de lana, no sé si para librarse del frío, o por ocultar cicatrices de mal ver, ganadas en alguna taberna.

Cuando la pobre Pepita se vió ante aquel bicho horrendo, que la miraba con malos ojos, sintió en su corazón algo así como el frío de un puñal; pero súbitamente se repuso, y dirigiéndose al cantor, le dijo:

— Ahí le darán a usted cinco duros para que cante un *Miserere* por mi intención.

Y luego, al levantar los húmedos ojos a una preciosa Virgen de marfil, que allí en una rinconera había,

creyó oír de los labios sonrientes de la imagen estas palabras:

—¿Lo ves, hija mía? ¡Aprende, aprende!... No te remontes a las alturas y conténtate con rastrear pobremente por este valle de lágrimas mientras el Señor no te llame al cielo.

LA CRUZ A CUESTAS

Nadie diga que sus penas son mayores que las del prójimo, pues nadie puede medir y aquilatar el dolor ajeno. Hay corazones fuertes que saben llevar la cruz como si fuera cosa liviana, y hay otros, al revés, débiles y apocados, que se dejan rendir por una minúscula contrariedad. Vean ustedes, en prueba de esto, lo que le ocurrió a Manuel Peñín, y díganme después si no es cierto lo que queda escrito.

Manuel Peñín era un pesimista que se pasaba la vida murmurando de todo bicho viviente: se creía el hombre más infeliz de la tierra, porque siempre andaba a la cuarta pregunta; quiero decir, que no tenía un céntimo. Para él las personas se clasificaban substancialmente en dos grandes categorías: felices, las que tenían dinero, y desgraciadas, las que no lo tenían. Manuel Peñín imaginaba que toda la sensibilidad humana radicaba en el bolsillo. Como ustedes

supondrán, un hombre así había de tener siempre el humor más negro del mundo.

Pues, señor: sucedió que yendo un día nuestro hombre a casa de un su amigo muy rico llamado don Samuel, a tratar de cierto negocio que entre ambos llevaban, se quejó, como siempre, de su situación, diciendo que no había mayor cruz que la cruz de la pobreza.

—No, hombre, no; no hay que exagerar. Y en prueba de que todas las cruces son pesadas, voy a proponerle a usted una experiencia muy sencilla.

—Usted dirá.

—Pues digo que yo le daré dos duros diarios...

—¡Bendita sea su boca, don Samuel!

—Pero sólo mientras lleve usted la cruz que yo le dé.

—¡Venga!

—Es muy sencilla:—dijo el otro;—es una cruz pintada...

—Digo que venga.

—Pintada con yeso en la espalda.

—Venga, hombre, venga.

Don Samuel trazó una gran cruz blanca en la espalda de la chaqueta del amigo, el cual quedó adornado con la cruz más gallarda del mundo.

—Bueno; ya está:—dijo don Samuel;—mientras us-

ted lleve con paciencia esta cruz, yo le daré lo dicho. ¿Hace?

—¿Pues no ha de hacer, Dios mío? Es usted el Samuel más decente de la tierra.

Pues, señor: Manuel Peñín salió muy contento camino de su casa, pensando:

—Vaya; ya puede uno vivir más tranquilo, sin tener que pensar en los ingleses.

La mujer le esperaba impaciente para comer las fementidas lentejas. Cuando vió a su marido tan alegre y con la cruz auestas, le dijo:

—¡Infame! Ya sé de dónde vienes. En la taberna del *Hidráulico* es donde gastan estas bromas. Y mientras tú te diviertes en grandes francachelas, tu pobre mujer está aquí pasando las de Caín. ¡Zis! ¡Zas!

Y le dió dos bofetadas que le volvieron loco. El marido correspondió en la misma moneda, y se armó allí una contienda desaforada que hizo necesaria la pacífica intervención de los vecinos.

Concluída la cual, don Manuel huyó de su casa y de su mujer, y se lanzó a la calle.

Cuando la niña de la portera le vió la cruz, le dijo:

—Espere usted un poco, don Manuel, que voy a cepillarle unas rayas que lleva en la chaqueta.

—¡Déjame en paz, chiquilla!—contestó de mala manera el otro, y siguió su camino.

Al pasar delante de la tienda del *Candil*, el tendero le dijo:

—Manuel, ¿qué cruz es esa que llevas en las espaldas? ¡Ven acá, hombre! ¡Chica, trae el cepillo!

—¡Déjame en paz! —replicó bruscamente Peñín, sintiendo ya que la cruz iba pesando algo.

Llegó a casa de su amigo el alguacil del Juzgado con objeto de descansar un rato entretenido con la conversación; pero apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando el alguacil exclamó:

—Chico, es un escándalo lo que pasa en tus costillas... ¡Atíza! Pues si traes una cruz más larga que la Cuaresma.

—Bueno, no hagas caso.

—Es que parece el anuncio de la cervecería de la Cruz Blanca.

—Acaso—dijo la *alguacila*—su mujer le habrá puesto esta señal para no perderle.

—Vaya, ¡idos al cuerno!—exclamó muy enfadado nuestro pobre hombre, levantándose y saliendo a la calle.

Pero aún no había dado veinte pasos, cuando se encontró con una turba de chiquillos que, en sentir de Cervantes, fué como encontrarse con los propios satanases del infierno.

¡Buena se armó! Los chiquillos, que salían de la es-

cuela ganosos de ruido y holgorio, la tomaron con el infeliz y le volvieron tarumba.

—¡Ahí va!—gritaba uno.—Lleva en la espalda las perpendiculares de geometría.

—¡Otra! ¡Pues si parece un caballero cruzado que va a Tierra Santa!

—¡Mirad, mirad! Un cordero con la marca del rebaño.

Y así sucesivamente. El amigo iba corrido como una mona, con la cara más avinagrada del mundo y con el alma llena de hiel.

—¡Oiga usted, señor maestro!—dijo dirigiéndose al buen profesor, que salía de la escuela:—¿por qué no educa usted mejor a estos chicos? ¿No ve usted que me están insultando? ¡Ese es el profesorado de estos tiempos!

—¡Silencio, niños!—gritó el maestro; y luego añadió:—Mire usted, don Manuel, nadie lamenta tanto como yo que la infancia irreflexiva hable y obre con poca urbanidad; pero mi imaginación comprende que la cruz que usted lleva haría reír, no sólo a los niños inocentes, si que también a las personas que se hallan en edad propecta.

—Y a usted, ¿qué le importa esta cruz?—contestó groseramente don Manuel:—¿no soy yo dueño de mis costillas?

El maestro de escuela sonrió cortésmente, y Manuel Peñín continuó su camino, notando que la cruz se hacía cada vez más pesada.

Comprendió que si tales disgustos le daba entonces la cruz, serían mucho mayores los que le produciría en lo sucesivo, cuando la gente se enterase de que aquélla era como un recibo de renta pegado en las espaldas. Comprendió también que no había para él momento de reposo mientras llevase la cruz, pues ni en la calle, ni en la oficina, ni en la taberna, ni en casa, le dejarían en paz las burlas, los gritos, los insultos y las coces.

Cogió, pues, un cepillo y borró aquella cruz con tanta furia, que casi arrancó el pelo de la ropa. Y luego, presentándose en casa de don Samuel, le dijo:

—Guárdese usted sus cuartos, don Samuel, y no me ponga cruces nuevas, que hartas tiene cada quisque sin necesidad de buscar otras.

El amigo contestó:

—Ya sabía yo que volvería usted pronto. Todas las cruces son pesadas, amigo Manuel; pero llevándolas con paciencia y con buen humor, se hacen más ligeras.

LUPERCALIA



I

¡Por vida del Ave Fénix!—exclamó el noble Quinciano al ver la expresión de tristeza y abatimiento con que su amigo Rutilio le recibía.—No acierto a comprender cómo un joven patricio de tus prendas se deja consumir por esa eterna melancolía. ¿Qué deseas o qué te falta? El emperador te honra con sus mercedes; los más ilustres caballeros y esclarecidos magistrados son tus amigos; envidian tus riquezas los hombres más opulentos de la ciudad; tu juventud y tu hermosura te han hecho querido de las bellas; cantas con maestría, como favorecido de las Piérides; manejas con primor la cítara y la flauta; sabes sujetar un corcel bretón, arrojar el disco como pocos y guiar la cuadriga como ninguno... y sin embargo, la felicidad huye de tu casa y la paz de tu corazón.

—Bien has dicho, Quinciano: tengo todo lo neces-

sario para ser feliz, y soy el hombre más desgraciado de la tierra. Sin que el dolor me atormente ni la enfermedad me postre, siento en todo mi sér un insufrible malestar. Ni los juegos me distraen, como antaño cuando con Decio luché en las guerras de la Tracia, ni la campiña de Tívoli me recrea, ni las conversaciones de las termas y del foro logran hacerme olvidar esta angustiosa melancolía que se me ha metido en el alma. Recuerda cómo antes me entregaba en brazos del placer, y cómo en mi quinta de la Campaña y en sus encantados verjeles, veía discurrir deliciosamente los meses del estío, entregado a las más risueñas diversiones.

—Más dichosos eran aquellos tiempos, amigo Rutilio. Entonces menudeaban los banquetes; abundaban los vinos de Chipre y de Formio; las bailarinas de Neápolis eran nuestros huéspedes cotidianos y las floristas de Pompeya no daban paz a sus manos tejiendo guirnaldas para Rutilio y sus compañeros. Ahora, todo ha cambiado: desde hace algún tiempo, no acierto a explicarme qué genio maléfico se ha apoderado de ti; como loco te portas, loco manso y pacífico, que no hace daño a las gentes, pero loco al fin, y sin sentido. ¡Por vida del dios Pan, que si sigues así, pronto vas a visitar al Cancerbero!

—¡Ay, Quinciano amigo! ¡Cuántas veces llamo

en mi auxilio a las Parcas, hijas del Erebo y de la Noche! Llamo a las Parcas, porque no creo yo que en las regiones del Orco hayan de ser tan negras las horas como en estos tristes días que me consumen lentamente.

—Ciego estás y desatinado, Rutilio. ¡Vive Baco! que el hijo de Ciprina te ha herido secretamente: algún amor oculto guardas en tu pecho.

Alzó los ojos al cielo Rutilio, y entornando luego los párpados, como si quisiera guardar en su alma la luz que sus pupilas habían recibido, contesto:

—La hija del mar ha sido cruel conmigo negándome sus favores, a pesar de la devoción que siempre la he profesado y de las ricas ofrendas que he hecho en sus altares. ¡Ah, Quinciano! Si tú supieras cuál es la causa de mi oculto dolor, me habrías de tener, no por loco, sino por el hombre más infortunado de la tierra, a mí, que tantos sacrificios he hecho en el templo de la ingrata Fortuna.

—Sin que me lo jures por tus lares, creo, amigo, que padeces grave enfermedad, de aquellas para cuya curación no son menester sabios egipcios ni médicos atenienses, sino la alegría de las musas y las dulzuras del amor. Vuelve, amigo, vuelve a gozar de la danza persa, donde las hermosas bailarinas lucen su gentileza y donosura; vuelve a adormecerte con las

libaciones del néctar de Falerno y las caricias de aquellas doncellas por quienes tanto suspirabas y que ceñían tus sienes con coronas de verde mirto, y verás cómo luce de nuevo el sol de tus alegres días.

—¡Ah, Quinciano! ¡Cuán mal comprendes la dolencia que tortura mi corazón! Muerto estoy para el placer: ni lo deseo ni lo busco; lo he rechazado para siempre.

—Pues tu enfermedad, con diversión y holgorio se cura, que no con cavilaciones y gemidos... Pero dime: ¿es posible que hoy, fecha 15 de las Kalendas de marzo, cuando Roma entera se revuelve para celebrar las fiestas lupercales en honor de Pan, vengas tú a martirizarte con negros pensamientos? ¿Has consultado, acaso, a los arúspices, y han visto éstos, tal vez, palpitar las entrañas de las víctimas siniestramente para ti?

—¡Lupercalia, Lupercalia!—interrumpió tristemente Rutilio.—De las fiestas lupercales anteriores arranca esta desgracia que me oprime, como la roca del oscuro Tártaro a Sísifo... Escucha, Quinciano, y sabrás lo que no he dicho ni diré a nadie, porque sólo tú eres mi verdadero amigo, y tan bueno, que por ti pudo bien decir el orador Tulio que, después de la sabiduría, es la amistad el mayor bien que debemos a los dioses.

—Tanto ponderas tu dolor y de tan negros colores lo vistes, que no harían otro tanto con sus arcanos los sacerdotes venerables de Eleusis. Pero veamos de qué se trata, porque ¡juro por Cástor y Pólux! que, o mucho me engaño, o para toda tu dolencia tengo yo medicina.

—No lo creas, Quinciano, y óyeme ya, para que juzgues completa mi locura. Era el 15 de las Kalendas de marzo, hoy hace un año justamente. El pueblo romano celebraba sus fiestas en honor de Pan, el dios protector de los pastores y dispensador de la fuerza y de la vida. Para dar la vuelta al Palatino, me uní á la procesión de los lupercales, cuyos sacerdotes, Fabios, Quintilios y Julios, eran acompañados por gran número de ilustres caballeros de la ciudad. Apenas habíamos perdido de vista el templo de Rumia, cuando la multitud, ebria de placer y de entusiasmo, se arremolinó en torno de una doncella que tranquilamente se dirigía hacia nosotros. ¿Cómo ponderarte su gentileza y la gracia especial y desconocida de su semblante? Nada es en su comparación la hermosura de Psiquis, y la de la misma Venus habría palidecido en presencia de aquella niña. Al verla quedé embelesado, sintiendo en el corazón la herida del traidor Cupido, pero más honda, mas poderosa y más deleitable que nunca la había sentido. En cambio,

aquella plebe feroz y rústica, rodeando a la doncella, comenzó a insultarla y escarnecerla. Tímida como una corza, la niña echó a correr para escapar de aquel peligro, mientras la muchedumbre la perseguía y acosaba como las Furias cuando iban tras de Orestes.

—«¡Es una cristiana!»—gritó uno de la procesión. Y mil voces contestaron:—«¡Que muera! ¡Matadla!»— Al momento una lluvia de piedras cayó sobre la desdichada mujer. Acudí rugiendo de dolor y de rabia en su auxilio, ansioso de salvar su vida, aun a costa de la mía; pero era ya tarde: la muerte se había señoreado de la infeliz cristiana. Los sacerdotes me reconvinieron por defender a una nazarena, mis amigos me auguraban el enojo del emperador, el pueblo murmuraba contra mí; y, finalmente, todos me obligaron a apartarme de aquel lugar. Pero fué tan honda, tan imborrable la impresión que en mí produjo la vista de aquella deidad y el horror de su bárbara muerte, que aún conservo delante de los ojos aquella imagen blanca y pura como una azucena, toda salpicada con la púrpura de su sangre; aún llevo fija en mi corazón la mirada de inmensa gratitud que como despedida me dirigieron sus ojos... Volví a mi casa y encargué a mis esclavos que al momento fueran secretamente por aquel inanimado cuerpo; pero fué vana diligencia. La niña había desaparecido: dijéron-

me que unos cristianos se habían llevado el cadáver para sepultarle conforme a sus ritos; yo creo que los dioses la arrebataron de la tierra y la llevaron al em-píreo... Desde entonces sufro esta pena que nadie es capaz de consolar; y, nuevo Tántalo, tengo siempre ante mis ojos la imagen de mi amor, sin que me sea dado gozar el vislumbre de una esperanza siquiera. Díme ahora, ¡oh Quinciano! si mi dolor se curará con los placeres que tu amistad me brinda.

—En verdad—dijo Quinciano,—que me ha maravillado tu historia. ¿No sabe ya el docto Rutilio que es terrible sacrilegio el favorecer a los enemigos de los dioses?

—Perdona mi impiedad, Quinciano: que no en vano me tenéis por loco; pero yo te aseguro que es tal el ardor de mi pasión por la cristiana muerta, que fuera capaz de arrancarla del mismo cielo, así el propio Marte la defendiese y la horrible Tifeo me atajase el camino con su cuerpo erizado de serpientes

II

En esto comenzaba a sonar hacia la parte de occi-dente ese rumor sordo y grave que producen los ma-res, los bosques y las muchedumbres de gente albo-rotada. Era la procesión lupercal, que saliendo de la

caverna de Rumia, consagrada al Dios de los pastores, se disponía a recorrer la ciudad y a dar la vuelta al Palatino.

En opinión de los antiguos pueblos gentiles, era Pan el principio de la fuerza fecundante que da vida a la naturaleza y vigoriza a todos los seres vivientes. Asistido por los Faunos y Silvanos, el bueno de Pan recorría los campos y los bosques, subía a las colinas, bajaba a los valles y no se daba punto de reposo, cuidando con paternal solicitud los rebaños, persiguiendo a los lobos y a las fieras dañinas, rociando los huertos, refrescando el suelo labrantío y esparciendo por doquiera aires de salud y prosperidad. A las caricias de sus dedos amorosos, las yemas de los árboles se abrían suavemente y mostraban al exterior los verdes frutos de su seno; las ovejas prosperaban en su preñez y doblaban el contenido de sus ubres; las aves preparaban sus nidos, las praderas reverdecían y los ríos y arroyos aumentaban el fresco caudal de sus linfas, vistiendo las riberas de menudo césped, que presto había de engalanarse con vistosas y fragantes flores.

En tiempos más piadosos, las fiestas lupercales eran honestas: en ellas figuraban caballeros ecuestres de altos y esclarecidos linajes. Después, cuando los romanos perdieron su antiguo vigor y se afeminaron y

envilecieron con la sensualidad, fueron las lupercales fiestas donde toda desordenada impudicia tuvo su propio asiento y natural habitación.

Apenas el sol de aquel día asomaba por las altas crestas del oriente, reuníanse en el templo de Rumia los sacerdotes del benéfico dios, con el cuerpo desnudo y untado de aceite, sin más vestido que una piel de cabra ceñida a los lomos. Inmolaban sobre el ara cabritos y perros, con cuya sangre unguía el sacrificador las frentes de todos los sacerdotes. Luego, seguidos de una turba que vociferaba espantablemente, recorrían las calles de Roma, golpeando a los transeuntes con látigos hechos de piel cabruna, con cuyos golpes creían recibir aquellas gentes las energías vitales del dios. Los niños y las doncellas se arremoliban en las calles para ver aquellas carnes desnudas y oír aquellos cánticos indecentes; y hasta los ancianos, a quienes la debilidad de los años era obstáculo para formar en el cortejo, salían a los pórticos de las casas, pórticos engalanados con pabellones de seda y de púrpura, y con alegres dichos animaban a la juventud para que se divirtiese y holgase en honor del buen Dios de los pastores. Los gritos, las risas descompuestas, las gracias de los borrachos, los silbidos, los cantos sacerdotales, el sonar de la flauta y de los panderos, el rumor de la muchedumbre des-

bocada, formaban un concierto estrepitoso y extraño, parecido al clamor de la tempestad en el Ponto, o al rugido del huracán en los bosques seculares de la Tracia.

Pasó aquel infernal aluvión por delante de la casa de Rutilio, y siguió su marcha por las calles de la ciudad, en donde se fué poco a poco apagando su algazara, como se apagaría el resuello de un monstruo que lentamente agonizase. Aquel espectáculo vino a encruelecer el dolor del infortunado Rutilio, el cual, penetrando en su cámara, presa del más amargo desconsuelo, arrojóse en su lecho, que los esclavos acababan de cubrir de flores.

—¡Oh, cristiana, cristiana!—murmuraba el infeliz, desgarrando con sus crispadas manos la púrpura del lecho:—¿por qué el Destino cruel no ha de llevarme contigo a la mansión en que residen tus dioses, aunque ellos sean enemigos del imperio?

III

Pocas horas más tarde, el opulento Rutilio estrechaba entre sus manos las de un pobre anciano ciego, al que decía con acento suplicante:

—¡Cristiano! Conjúrote por tus dioses a que me

cuentas los misterios de tu religión, y me digas si en tu paraíso podré volver a ver a una doncella a quien hace un año vi morir a manos de los sacerdotes de Pan.

—¡Oh, noble Rutilio! ¡Cuán inmenso dolor renuevas en mi corazón con tus palabras! Aquella joven era Marcia, mi hija... ¡Oh, hija mía!... El Señor habrá premiado su martirio con la corona de la inmortalidad.

—Me dejas absorto, Drusilo, al decirme que Marcia era tu hija... ¡Oh! háblame, háblame de ella, y te daré todas mis riquezas de la Campania.

—Vivo feliz con mi pobreza, Rutilio... Pero ¿qué quieres que te diga de Marcia? Poco, en verdad, puedo contarte de ella: nació, abrió sus ojos a la luz de los cielos, y murió: el Señor la llamó a su reino cuando apenas tenía la niña quince años... Era hermosa como el día, mansa como una paloma, amorosa, buena y pacífica; era el consuelo de mi ancianidad y de mi ceguera. En la hora del crepúsculo, sentada en mis rodillas, acariciando mi frente helada y mis párpados cerrados para siempre, Marcia, con voz dulce y halagadora, cantaba nuestros himnos cristianos y acompañaba mi voz trémula con sus plegarias vespertinas... Un día salió a llevar el pan a nuestros hermanos... ¡Oh, Dios mío! Las turbas lupercales la asalta-

ron en el camino y le arrebataron la vida. Luego la llevaron a donde yo estaba; posé mis manos temblorosas en su bendito cuerpo, y halléle helado con el frío de la muerte... Nuestros hermanos la sepultaron en las Catacumbas, y todos pedimos a Dios que la recibiese en su seno. Desde entonces, mi vida es triste y solitaria, y ansiando estoy que llegue pronto el momento de derramar mi sangre por Cristo; en Él espero que mi deseo no tardará en cumplirse, según la fiereza con que el emperador trata de exterminar el nombre cristiano.

Largo rato quedó Rutilio pensativo, como quien da vueltas en su cerebro a una idea que no comprende. Por fin, alzando la cabeza, exclamó:

—Drusilo, dime cuáles son tus dioses.

—No hay más que un Dios en el cielo, Padre de todos los hombres, el cual bajó a la tierra y murió por la redención del género humano; resucitó a los tres días y subió a los cielos, en donde espera, para premiarlos, a los que siguen su ley.

—En verdad que me dejas maravillado y no acierto a comprender lo que me dices. Pero, dime: ¿no tenéis vosotros sacerdotes que os expliquen vuestros misterios?

—Sí los tenemos, Rutilio: nuestro Señor Jesucristo, antes de subir a los cielos, dejó instituido en la tierra

un colegio de sacerdotes que enseñan la ciencia de la salvación y alimentan a los fieles con un Pan que es manjar de inmortalidad. Tenemos vírgenes como mi Marcia, que cantan las glorias del Dios sin manchilla, y adolescentes que leen los libros sagrados. Y todos, todos los que profesamos la religión de Cristo, estamos siempre dispuestos a dar la vida en testimonio de nuestra fe.

—Admirable portento, Drusilo; maravillosa doctrina, superior a la de todos los filósofos.

—La doctrina de los filósofos,—contestó gravemente el cristiano,—es obra de los hombres, y como tal, sujeta se halla a las mudanzas de las opiniones; pero la doctrina del Cristo es doctrina celestial que el mismo Dios ha enseñado a los hombres.

—Pero dime, Drusilo: ¿por qué dejarse matar? ¿No es la vida el mayor bien que nos han concedido los dioses?

—La vida de aquí abajo no es la vida verdadera. Peregrinos somos en este mundo; nuestra vida terrenal no es más que un soplo... En cambio, la vida que esperamos es eterna e inacabable. ¿Te parece mucho que demos nuestra sangre por ella?

De nuevo cayó Rutilio en profunda meditación, mientras el ciego cristiano, desde el fondo de su alma, elevaba al cielo una ferviente súplica para que lleva-

se a término feliz la conversión de aquel desgraciado.

—¡Oh, Marcia, Marcial! ¡Cuánto daría por volver a verte!... No es mi amor como los demás amores... Es algo celestial y divino. Si te tuviese ante mí, no haría más que adorarte y besar la fimbria de tu manto, como si fueses la misma Vesta... Pero dime, cristiano: si yo adorase a tu Dios y por él diese mi vida en contra de los dioses del imperio, ¿volvería a ver a Marcia?

—Verías a Marcia en el cielo, y verías a Aquel que es suma y compendio de toda gracia y hermosura. Pero antes es preciso que te instruyas en nuestra ley y que adquieras la fe que salva y la caridad que santifica...

—Pues vamos: llévame al lado de tus sacerdotes;— exclamó Rutilio levantándose y envolviéndose en su toga.—Adiós, lares; adiós, penates; yo os abandono, porque vosotros no podéis dar la felicidad. Cristiano vamos en seguida.

Salieron los dos hombres a la calle; traspusieron algunas callejuelas y llegaron al campo. Anochecía. Atrás quedaba el rumor de la ciudad entregada a las bulliciosas fiestas lupercales. En el cielo, sobre la cima del Palatino, apagábanse los últimos destellos del sol que hundía su faz en el ocaso. Drusilo y Ruti-

lio anduvieron algunos momentos vagando por aquellas soledades, hasta que dieron con la boca de una cueva.

—¡Entra!—dijo Drusilo.

Rutilio entró en las Catacumbas, de donde presto había de salir para dar su sangre por Cristo, como flor lozana que regada con la sangre de la inocente Marcia, y por los méritos de esta víctima de paz, quiso el Señor trasplantar al jardín eterno del paraíso.

LOS DOS OSOS

Lebrón era un pobre hombre que tenía un oso blanco, con el que ganaba la vida llevándole de pueblo en pueblo para diversión de las gentes.

El animal, muy amansado y doméstico, bailaba, saltaba, tocaba con garbo la pandereta y el tambor, esgrimía un palo a modo de escopeta y hacía otras muchas monerías que eran la admiración de las muchedumbres. Al concluir sus trabajos en las plazas de todos los pueblos, el oso se acercaba a los espectadores presentándoles humildemente la pandereta, donde aquéllos nunca dejaban de echar su moneda, como pago de la función de que disfrutaban.

Lebrón era muy desgraciado. Antaño fué el amo de una de estas tribus de titiriteros y saltimbancos que se ganan la vida en ferias y mercados. Él era como el director y faraute de toda la comparsa, formada por la propia mujer de Lebrón, joven bellísi-

ma que bailaba danzas exóticas retorciéndose en incomprensibles contorsiones; un gimnasta hercúleo que levantaba pesos enormes como si fueran de pluma o de papel; un mono amaestrado, que era el encanto de mujeres y chiquillos, y el oso que, como queda dicho, también tenía habilidad suficiente para ganarse honradamente el jornal. Vivía feliz Lebrón, arrastrando por aldeas y caseríos su existencia errabunda y monótona, cuando he aquí que un día, al despertar con la luz de la mañana, vió con horror que su mujer había huído acompañada del hércules formidable y del mono, llevándose de añadidura todo el mísero ajuar de la tribu. Sólo dejaron el oso, sin duda porque el noble animal se negó a seguirlos.

Lebrón sintió en su alma una pena inmensa, pero supo dominarla, y tomando a su fiel compañero, emprendió serenamente el camino, y continuó su vida errabunda por ferias y poblados, dedicando los días a la labor de divertir a las gentes y las noches al llanto y al dolor. El oso parecía conocer el triste estado a que había venido su dueño, porque, desde que estaba solo con él, extremaba sus demostraciones de cariño, como si quisiese consolarle de la ausencia de los desleales; y hasta notó Lebrón que el pundonoroso animal se esmeraba más en el trabajo, haciéndolo con exquisito primor y atildamiento, lo que atribuyó a la

ausencia del mono, que siempre fué en la cuadrilla un elemento desmoralizador. Pero, ¡oh, Dios mío!... un día, sin saber por qué, el oso se puso muy triste, negóse a trabajar y a comer, acurrucóse en un rinconcillo y se murió. El amo lloraba y se afligía, sin que hubiera para él consuelo, porque amaba al oso, y además, porque el infeliz perdía con esta muerte toda su fortuna, y creía que ya no le quedaba más recurso que el de pedir de puerta en puerta una limosna si no quería perecer de hambre y de frío.

Pero no fué así, gracias a Dios, porque un amigo de Lebrón, llamado Cedrún, hombre generoso y caritativo, le dijo:

—Lebrón, no te apures porque se te haya muerto el oso; aquí me tienes a mí dispuesto a hacer el oso por todo lo que me reste de vida.

—Pero, ¿cómo va a ser eso?—preguntó Lebrón.

—Pues de una manera muy sencilla:—repuso Cedrún;—degollemos el oso, curtamos su piel, y poniéndomela yo encima, ya estamos al cabo de la calle.

Dicho y hecho. Curtieron la piel del oso difunto, cosieronla hábilmente; hicieron una cabeza de mimbres recubierta con la piel de la cabeza del animal, y vistiéndose todo ello Cedrún, quedó convertido en el más gentil oso del mundo.

Consolado de su nueva desgracia, pronto comprendió Lebrón que para él había sido una grandísima fortuna la muerte del oso verdadero, pues el oso falso era mucho mejor y tenía habilidades que el otro, jamás pudo aprender; el oso Cedrún era el gran espectáculo de ferias y romerías, porque, además de bailar, saltar, manejar el pandero y esgrimir la escopeta, hacía otras cosas que hasta entonces ningún oso había hecho, como tocar la corneta, llorar, reír, hablar y escribir.

Rodando de pueblo en pueblo, llegó con su maravilloso animal a la isla de San Balandrán, donde reinaba el rey Antropopiteco II, gran coleccionador de toda clase de fieras, como que tenía la más copiosa y peregrina *ménagerie* del mundo.

Ver el rey Antropopiteco al oso Cedrún y sentir grandes deseos de poseerle, fué todo cosa de un momento. Porque aunque en la regia colección había ya un oso que era una verdadera alhaja por lo corpulento e inteligente, no era blanco como Cedrún, sino pardo o negruzco, como son los osos vulgares y plebeyos que se crían en nuestras montañas, y carecen, por lo tanto, del mérito de venir de lejanas tierras.

—Necesito que me cedas el oso:—dijo el rey a Lebrón.

—Pero, Señor:—contestó temblando el infeliz,—

comprenda Vuestra Majestad que el oso es mi único tesoro.

—Nada, nada:—repuso Antropopiteco;—no admito réplica;—el oso se queda aquí, y tú serás espléndidamente indemnizado, y no hay más que hablar.

—Señor, ¡por la Virgen Santísima!—suplicó el pobre Lebrón, horrorizado y compungido;—yo ruego a Vuestra Majestad...

—¡Silencio!—gritó el rey;—se trata de un caso de expiación forzosa: o el oso o tu cabeza.

Lebrón no tuvo más remedio que ceder a las exigencias del colérico monarca.

El rey Antropopiteco II compró el oso con la obligación de mantener en palacio a Lebrón por todos los días de su vida. Y, para mayor dolor, dispuso que el oso Cedrún fuese encerrado en la misma jaula en que el oso negro pasaba la triste vida a que le tenían condenado.

Lebrón se despidió de su oso como quien se despide de un sentenciado a muerte, y con horror y espanto vióle entrar en aquella jaula, donde gruñía el otro tremendo animal.

Cuando el buen Cedrún se encontró frente al oso negro, comprendió que si no se imponía desde el primer momento por la fuerza, perecería en los brazos fortísimos del otro, toda vez que, indudablemente, el

oso negro olería que el blanco era un oso falsificado, o como si dijéramos, un oso de oropel u hoja de lata.

Haciendo, pues, de tripas corazón, el pobre Cedrún arremetió contra su compañero, y de un empujón lo estrelló contra la pared. Pero, ¿cuál no sería la sorpresa de Cedrún al ver rodar por el suelo la cabeza del oso negro, el cual no era tal oso negro, sino un hombre escondido bajo la piel de aquel animal?

Cedrún se quitó la cabeza, la puso cuidadosamente en un rincón, y, loco de alegría, se acercó a su compañero; que le miraba también estupefacto.

—Pero ¡cómo! ¿no es usted oso?—preguntó el blanco, cuando la emoción le permitió hablar.

—No, señor:—contestó el negro;—ni yo soy oso, ni en mi familia ha habido nunca osos, gracias a Dios.

—Pues ha de saber usted, amigo mío, que yo tampoco tengo nada de semejante animal, sino que desgracias de la vida me han traído al mísero estado en que usted me ve.

—Lo mismo digo yo;—repuso el negro;—que no hace mucho tiempo me ganaba honradamente el pan haciendo el oso por esos mundos de Dios, y ganaba también el pan de mi amo, que me llevaba de feria en feria, sacando muy buenos dineros de las gentes que presenciaban mis habilidades. Pero en día aciago ocurriósele a mi amo traerme a esta isla de San Ba-

landrán, donde apenas el rey me echó el ojo encima, cuando se apoderó de mí y me encerró en esta triste jaula en que usted me ve.

—Y dígame, amigo:—preguntó el blanco;—¿qué tal se pasa aquí la vida?... porque tengo para mí que no debe de ser muy agradable este durísimo cautiverio.

—Al principio—contestó el otro,—extrañaba yo mucho esta vida irracional, y no podía avenirme a estar sujeto a una cadena comiendo carne cruda y durmiendo sobre el santo suelo; pero como el hombre se acostumbra a todo, yo me he acostumbrado a ser bestia, y casi casi estoy muy satisfecho con serlo, porque cuando era hombre renegaba muchas veces del entendimiento al ver a los necios y a los idiotas chupar la breva de la fecunda vida mundanal, mientras los hombres discretos, honrados y pacíficos, roíamos el hueso, quiero decir, vivíamos con pena y estrechez; y pensando que, como dijo el poeta, la tierra no es el centro de las almas, llevo con paciencia esta vida osuna, esperando otros tiempos mejores. Algunas veces, mi amo, que es criado del rey, baja aquí a mi prisión; los dos filosofamos sobre la vanidad de las cosas humanas, y esta filosofía me sirve de lenitivo y de consuelo.

—Pues, hermano,—repuso el blanco:—puede usted

decir que esa que ha contado es mi propia historia, porque yo también fui hombre y ahora soy bestia, y también tengo amo que antes me llevaba de pueblo en pueblo y ahora es criado del rey de esta isla... Pero ¡calle! que siento ruido, y no quisiera que el rey nos descubriese; porque me parece que si se entera de que somos personas, nos manda colgar de un árbol más pronto que la vista. Pongámonos nuestras cabezas de osos y cerremos el pico, y Dios nos ayude.

En efecto: el rey Antropopiteco, que había oído extraños rumores en la jaula de los osos, bajaba con sus criados a enterarse de qué era aquéllo.

Los osos estaban acurrucados en un rincón y aparentaban dormir profundamente. El rey mandó que los despertaran, porque quería verlos de cerca; uno de los chambelanes introdujo un palo entre los hierros de la jaula y pinchó a los animales, haciéndoles levantar la cabeza.

—Pero, ¿qué es esto?—exclamó admirado el rey al ver a los osos. Porque los osos habían cambiado las cabezas cuando precipitadamente se las pusieron, y aparecían ahora el negro con la cabeza blanca y el blanco con la cabeza negra.

—¿Qué es esto?—repetía Antropopiteco asombrado.

—Señor:—dijo tembloroso el amo del oso negro;— es tan grande el miedo que mi oso ha tenido al verse en frente de ese terrible oso blanco, que, como Vuestra Majestad ve, ha encanecido en pocas horas.

—Y el mío—añadió Lebrón—ha pasado un susto tan feroz, que también ha encanecido; porque las canas de los osos blancos, son negras.



SALVADOR

I

¡El niño se había internado en el bosque, y se había perdido!... Jugando con otros niños de su edad, se había apartado de los últimos tapiales del pueblo, que eran los del camposanto, y cruzando el río por un puentecillo rústico, solado de tapines, quiso perseguir a los pájaros que se escondían entre los árboles; bien pronto se encontró desorientado en aquella región misteriosa y oscura, a donde nunca llegan las caricias del sol, y en la que el céfiro, al filtrarse por las ramas, produce sonos extraños que parecen conversaciones de seres invisibles.

¡El niño se había perdido!... Vagaba sin rumbo, como navecilla desgobernada, de aquí para allá, y cuanto más andaba, mayor era su desorientación; bien pronto se convenció de que ya no acertaría con el ca-

mino, y, poseído del mayor terror, comenzó a dar grandes alaridos:

—¡Madre, madre!— gritaba.

Porque los hombres, cuando se pierden, invocan a su madre.

—¡Madre, madre!— gritaba el niño;—y a sus voces parece que seguía un silencio mayor, porque los pájaros y los insectos, cuyos rumores formaban el concierto de la selva, callaban atemorizados ante aquellos gritos estridentes por ellos nunca oídos.

Llorando, clamando al cielo, invocando a su madre, vagando a la aventura por aquellas oscuras y temerosas regiones, pasó el niño varias horas, hasta que, rendido por el dolor y la fatiga, vino a dar con su cuerpecillo en tierra.

II

Entonces pasaba por allí Salvador, el hombre misterioso, admiración de toda la comarca... Era un varón como de unos treinta años de edad, alto y fuerte, de noble y gentilísimo continente, no obstante su humilde vestimenta de artesano... El rostro de Salvador era de belleza soberana. Su frente, tersa y blanca, comenzaba a surcarse con las primeras arrugas que en

la edad viril delatan el paso de graves pensamientos; sus ojos eran pardos, del color de las castañas maduras, y tenían el dulce mirar de los mansos bueyes; la nariz era recta y afilada, los labios finos y encendidos; las mejillas pálidas; la barba y el cabello, castaños también, como los ojos. Era grave, serena y majestuosa la expresión de su semblante; nunca se le vió reír; llorar, sí, muchas veces... Aunque parecía de alto y esclarecido linaje, vivía del trabajo de sus manos, laborando todo el día en el taller de un pobre carpintero. Era rico de corazón: amoroso en las palabras y en las obras; casto como los ángeles del cielo. Después de cumplir sus obligaciones cotidianas, gustaba de recorrer los campos, conversando con las gentes sencillas, enseñando a todos una doctrina sublime, curando a los enfermos, consolando a los tristes... Pasaba por todas partes, haciendo el bien, no sólo a los hombres, sino también a los animales, a las plantas, a las cosas al parecer insensibles, porque decía que es preciso amarlas a todas, pues todas son hijas de nuestro Padre que está en los cielos. El pueblo le seguía por todas partes: unos decían que era Dios, y otros que estaba loco; y aun no faltaba quien pensase que era el Espíritu infernal que desde los abismos habría subido a la tierra para perder a los hombres. Los grandes y poderosos, los que tenían la au-

toridad, la fuerza y la fortuna, decían que era un hombre peligroso, que agitaba las pasiones del pueblo, y le aborrecían especialmente, porque les reprendía a ellos sus rapiñas, hipocresías y maldades. Y así habían determinado matarle.

III

El niño se había quedado dormido y soñaba. Soñaba cosas bellas que le hacían sonreír. Soñaba que se rasgaba la espesa cortina formada por las copas de los árboles, y aparecía el cielo azul donde jugaban los ángeles del Señor; y que uno de éstos, habiendo dirigido su mirada a la tierra, vino a divisar al pobre niño perdido en las misteriosas glorietas del bosque; que al punto había volado muy alto, muy alto, llegando hasta un trono resplandeciente donde se hallaba sentado un anciano de lengua barba blanca y faz luminosa y bellísima, con el cual conferenció el ángel, que a poco bajó de nuevo al bosque, aunque ahora ya no venía solo, sino en compañía de otros ángeles tan hermosos como él. Sucedió luego que estos ángeles, tomando suavemente en sus brazos al niño, le elevaban hasta el mismo cielo azul, desde donde se veían las cosas de la tierra tan pequeñas que parecían

juguets de nacimiento. En seguida, los ángeles le presentaban ante el Señor de la lengua barba, el cual, después de acariciar amorosamente al niño, ordenaba a los ángeles que le llevasen nuevamente a la tierra, pero no al bosque oscuro y solitario, sino al hogar donde la pobre madre lloraba amargamente, creyendo que el niño se había perdido para siempre; y sin perder momento, los celestiales mensajeros se despedían del Señor y, volando suavemente, como las golondrinas cuando no mueven las alas, cumplían gozosos la orden que habían recibido.

Cuando el niño soñaba esto y se sonreía de placer, apareció Salvador en la glorieta. Salvador amaba a los niños y gustaba de verse rodeado de ellos para decirles cosas lindísimas que les hechizaban; así es que los niños siempre querían estar con él y le rodeaban como los polluelos a la gallina. Los amigos de Salvador apartaban muchas veces a los niños para que no le importunasen, pero él suavemente les reprendía diciéndoles: «Dejad que los niños se acerquen á mí.»

Acercóse Salvador al niño dormido, y sin despertarle, le tomó en sus brazos, salió del bosque y se encaminó al pueblo, donde la pobre madre lloraba, lloraba sin consuelo, porque imaginaba que algún grave mal había acaecido a su hijo... y que le había perdi-

do para siempre. Y he aquí que cuando Salvador, con su preciosa carga, pasaba el rústico puentecillo, fué divisado por la muchedumbre de personas que del pueblo había salido en busca del muchacho.

—¡Miradle, miradle!—decían.—Ahí está: le lleva Salvador.

Y uno de los enemigos de Salvador (de aquellos que tenían la autoridad, la fuerza y la fortuna) apuntó en seguida el infernal pensamiento.

—¡Es Salvador quien ha robado al niño!—gritó.—
¡Muera, muera!...

Y la multitud inconsciente, sin pensar lo que decía, repitió:

—¡Muera, muera!...

Uno de aquellos hombres, más atrevido que los demás, cogió una piedra, y arrojándola sobre Salvador, le hirió en la frente. Pronto le imitaron los otros, y a poco el rostro de Salvador apareció surcado por gruesas líneas de sangre.

Salvador aceleró el paso, apretando más y más contra su pecho al niño para resguardarlo de los ataques de la plebe; pero ésta le perseguía vociferando cada vez con mayor saña.

El niño seguía sonriendo. Salvador levantó los ojos al cielo, y murmuró:

—¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!

IV

Entró Salvador en la humilde casa donde vivía la madre del niño, la cual yacía en el pobre lecho, enfebrada por el dolor de la larga ausencia. La muchedumbre rugía en la calle como el mar embravecido, refrenado por un peñasco.

—¡Madre: ahí tienes a tu hijo!—exclamó Salvador, colocando el niño dormido en el regazo de la mujer.

Y volviéndose hacia las demás personas que habían entrado en la estancia, entre las cuales vió a algunos que el día antes le llamaban amigo, les dijo:

—Amigos: la hora es llegada.

Entonces ellos le echaron las manos y le prendieron; y colmándole de golpes y ultrajes, que él recibía mansamente, le llevaron ante las autoridades del pueblo. El juez era cobarde y no quiso inquirir la verdad, por más que su mujer le advirtió de la grave culpa que echaba sobre su conciencia si condenaba a un inocente; pero el juez era cobarde y temió a la muchedumbre del pueblo, el cual seguía gritando desaforadamente y pidiendo la muerte de Salvador. El juez, tímido, les preguntaba:

—¿Por qué le he de condenar? Yo no encuentro en él falta alguna.

Pero la muchedumbre no se daba a razones, y seguía voceando:

— ¡Muera, muera!... ¡Hay que matarle!...

Entonces el juez les entregó a Salvador, y ellos le llevaron al bosque, y, atándole a un árbol, le martirizaron cruelmente, hasta que espiró.

La naturaleza parecía horrorizada ante aquel crimen de la humana ingratitud. Acurrucados en sus nidos del bosque habían enmudecido los pájaros y los insectos, y hasta las hojas de los árboles dejaban de murmurar, como si estuvieran petrificadas por el dolor... Se oscureció el cielo, ocultándose el sol tras negros y espesos nubarrones, de cuyas entrañas surgían cárdenos relámpagos seguidos del estridor pavoroso del trueno. La misma tierra insensible, se estremecía agitada por el terremoto, y al desgarrarse sus entrañas, daban salida a espantables fuegos fatuos que surgían de las viejas y hediondas sepulturas.

EL NIÑO POBRE Y EL NIÑO RICO

DIÁLOGO

Tarde calurosa del estío. El cielo está cubierto de oscuros y cárdenos nubarrones. JUANITO, niño de once años, hijo del conde de Verdiles, pasea con su ayo por el bosque. Habiéndose alejado un poco de su guardador, bien pronto se vió perdido en el dédalo de encinas y jarales, sin orientación posible. Pasados diez minutos de desordenada caminata, encontró a SANTIAGO, mozo de doce años, que pastoreaba un hato de ovejas. De pronto, estalla el horrísono fragor de la tormenta: refulgen los relámpagos en la superficie cóncava de las nubes; el solemne ruido de los truenos se extiende, multiplicándose por valles y colinas. JUANITO tiene miedo; SANTIAGO, más familiarizado con la naturaleza, se muestra sereno, cobijándose en una cueva que allí cerca abre su oscura boca.

SANTIAGO (dirigiéndose a Juanito.)

No te metas debajo de la encina, muchacho, porque puede caerte una centella... Las centellas siem-

pre caen en lo alto... es mejor andar por lo bajo... Ven aquí a la Cueva del Peregrino... hasta que pase la tormenta... Creo que no ha de durar mucho, porque hay viento de poniente, que aquí llamamos del relinchón.

JUANITO (●ntrando en la cueva.)

Pero esto está muy sucio... y me voy a manchar la ropa...

SANTIAGO

No estamos ahora para esos reparos... ¿Qué quieres mejor, mancharte el vestido o morir partido por una centella?... Métete aquí, y luego ya veremos... porque tú debes de haberte perdido... Si no, ¿qué haces aquí?

JUANITO

Sí que me he perdido... He venido a paseo con el preceptor: dejamos el coche en la carretera y nos metimos en el monte... cuando de pronto, corriendo por entre unos espesos jarales, le perdí de vista y eché a andar para buscarle, hasta que te encontré a ti.

SANTIAGO

Sí; y cada vez te habrías perdido más... Siempre pasa lo mismo: cuando uno se aparta del camino,

cada vez se pierde más: lo mejor es pararse, porque si no, se pierde uno para sinfinito... Pero no te apures, porque yo, que sé todo el monte como si fuera el corral de mi casa, te llevaré a la carretera tan pronto como cese la lluvia.

JUANITO

Si me llevas a la carretera, yo te daré mucho dinero, porque mi papá es muy rico y me da todo lo que le pido.

SANTIAGO

Yo no quiero nada. Te llevaré de balde, porque aunque soy pobre, me gusta ser bueno.

JUANITO

Ya veo que eres pobre, porque llevas las botas rotas y el pantalón desgarrado y viejo, y unos trapos en vez de camisa... No sé cómo puedes vivir así... Pero yo te daré un traje nuevo y unos zapatos de charol, para que tires esos tan feos...

SANTIAGO

Te he dicho que no quiero nada... no quiero nada de los ricos... yo te llevaré hasta tu casa, si a mano viene... porque sí, porque soy bueno.

JUANITO

Pero tú, ¿eres bueno?

SANTIAGO

Sí, soy bueno; ¿por qué me lo preguntas?

JUANITO

Porque yo creía que eras muy malo. En mi casa siempre he oído hablar mal de los pobres... Mi papá, y otros señores que hablan con él, dicen que todos los males que ocurren en el mundo vienen de los pobres... Dicen que los pobres roban y matan... que no quieren trabajar... que son borrachos y que ponen bombas de dinamita para destruirlo todo... Mi mamá no quiere que yo me acerque a los niños pobres porque dice que son sucios, que huelen mal, que tienen muchas enfermedades... Pero yo, si he de decirte la verdad, no hago caso, y algunas veces, sin que mamá me vea, busco a los niños pobres y les doy dulces y monedas ..

SANTIAGO

Pues mira tú... yo también creía que serías muy malo... como lo son los ricos... Porque mi padre, y otros hombres que con él se juntan, dicen que los ri-

cos son la causa de todos los males que sufren los pobres... porque los pobres trabajan y los ricos huelgan, y los pobres no tienen que comer, mientras los ricos tiran el dinero..., y dicen también que hay que aborrecer a los señoritos, porque son muy malos.

JUANITO

Eso no es verdad, porque yo soy señorito y no soy malo. ¿Quieres verlo? Pues te voy a contar lo que yo hice un día... Un día iba yo a paseo con monsieur Renard... ¿sabes?... Monsieur Renard es el preceptor...

SANTIAGO

Sí, será algún franchute, si a mano viene...

JUANITO

Sí... Pues íbamos en el automóvil y llevábamos una gran merienda: también nos acompañaba el perro *Lord*... Allá muy lejos, encontramos sentada en el suelo una mujer que tenía una niña en los brazos. «Señor: que no tenemos que comer:—nos dijo;—que mi niña se muere de hambre.» ¿Tú sabes lo que pasó?

SANTIAGO

¿Qué pasó?

JUANITO

Que el perro se arrojó sobre aquella mujer, y si no me echo yo encima, la hubiera mordido.

SANTIAGO

Sí; también hay perros muy malos... Y tú, ¿qué hiciste?

JUANITO

Lo primero que hice fué patear al perro hasta hacerle sangre... Y eso que el preceptor se había interpuesto diciéndome: «No pegue usted a *Lord*: hay que respetar a los animales.»

SANTIAGO

Son muy malos... son muy malos... ¿Y qué más hiciste?

JUANITO

Pues cogí la cesta de la merienda y se la dí a la pobre mujer.

SANTIAGO

Eres muy bueno.

JUANITO

Sí, hombre, sí; porque si no es por mí, aquella niña se hubiera muerto de hambre... Luego subimos otra vez en el auto, y nos dirigimos a Madrid... Por cierto que al cruzar por un camino, había allí un grupo de obreros que tiraron piedras al automóvil, gritando: «¡Mueran los ricos!» Y una piedra me dió en esta mano, ¿ves?... todavía tengo la cicatriz... Un mes me duró la herida, y me dolía mucho...

SANTIAGO

Aquellos eran malos... Pues mira: yo también he hecho cosas buenas. Un día estaba yo ahí cerca, junto al Molino de la Espantada, cuando oigo unos gritos terribles; corro hacia donde sonaban los gritos, y ¿qué dirás que era? Pues el hijo de don Pablo, el amo de la fábrica... Pablito... se estaba ahogando en la presa, y las criadas y otras mujeres gritaban pidiendo socorro. Voy ¿y qué hago? Me tiro al agua, y nadando llego a donde parecía que estaba Pablito, porque se había hundido; chapuzo, llego al fondo; allí estaba; al sentirme, me agarra, y por poco nos ahogamos los dos; pero al fin, logro sacarlo afuera medio muerto. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Y luego decís que los pobres somos malos!

La tormenta se había ido apagando. Los truenos sonaban lejanos ya, y con intervalos cada vez mayores... como una fiera que se retira gruñendo. Una lluvia finísima vino a purificar la atmósfera, limpiándola del polvo caliginoso que la enturbiaba. En los confines del horizonte, allá por la parte del Oriente, surgió como un signo de bendición la celestial curva del arco iris.

LA PRUEBA

Se amaban, se amaban tiernamente... Empleando una locución del vocabulario amatorio, diremos que parecían haber nacido el uno para el otro: tan grande era la conformidad de sus gustos y el perfecto engranaje de sus voluntades y caracteres. Vivían adivinándose mutuamente los deseos, y no había capricho en el uno que no hallase en el otro pronta y cabal realización. Habían formado un mundo espiritual pequeño, apartado del social bullicio, y en él dejaban desgranarse blandamente las horas: microcosmos con sólo dos personajes, más allá del cual pensaban ellos que [no existía sino un caos que les era del todo indiferente... Y vivían felices, porque la felicidad está en razón inversa de las ambiciones; y todas las ambiciones de aquellos dos amantes se reducían a una sola cosa: amarse siempre, amarse sin temores, sin celos, sin remordimientos ni locuras.

* * *

Pero el diablo, que no ama ni duerme, no podía ver tranquilo tan amorosa placidez; y con permisión de la Divina Providencia, que todo lo encamina al bien de las almas, vino a acibarar la existencia de aquellos amantes, dando con su felicidad patas arriba. Primero infiltró en el corazón de la mujer el negro espíritu de los celos, capaz de concluir con el amor mejor templado. Ella no dejaba sosegar a su amante.

—No me quieres:—le decía, sabiendo que no decía la verdad;—no me quieres, acaso porque otra mujer ocupa en tu corazón el lugar que a mí me corresponde.

Y le perseguía y le acosaba sin dejarle en paz, como si estuviera deseosa de que resultasen ciertas sus infundadas cavilaciones.

* * *

Un día pensó la mujer en una prueba que sería plena y fehaciente para decidir el pleito que la traía a mal traer.

—Ahora veremos la verdad:—pensaba; - con esta prueba me convenceré de mi felicidad o de mi desgracia.

Y aquel mismo día le dijo al infeliz amante:

—Estoy convencida de tu traición. ¡Márchate: no quiero verte!... Me engañas... ¡Vete y no vuelvas más! Me moriré de pena, porque aún tengo la desgracia de quererte... Me moriré de pena, pero no de desesperación como ahora... ¡Vete!

El amante protestó contra aquella inculpación injusta; ponderó y subió hasta el quinto cielo su amor; recordó los sacrificios que por aquella mujer había hecho, los peligros que había afrontado, el tiempo y hasta la fortuna que por ella había perdido. Todo en vano. Ella, como una roca, permanecía insensible ante tan razonadas declamaciones.

—¡Vete!—seguía diciendo la mujer.—¡Vete, y no vuelvas a pensar en mí, porque... pensarás en una muerta!

El pobre amante se apartó de su amada con el corazón constreñido de dolor y los ojos arrasados en lágrimas.

* * *

Al día siguiente volvió el amante a casa de la amada; pero no la vió: había huído y nadie daba cuenta de ella...

Y pasaron días y días sin que el infeliz pudiese encontrar a la mujer a quien tanto amaba. ¡Dios mío!...

¿Habría muerto? ¿Acaso en un momento de desesperación se habría quitado la vida?

¡Ah! Y lo más triste es que estaba convencido de que ella le quería con intenso amor, y que al separarse de él, movida por aquella insana pasión de los celos, llevaba el alma desgarrada por la pena. Y al imaginársela oculta en un rincón, llorando un dolor que ella misma había buscado, el amante se entregaba a los mayores excesos de desesperación.

* * *

Un día recibió una esquela enlutada donde le noticiaban la muerte de la mujer querida. Era una esquela impresa en que, con frío laconismo, se expresaba el día y la hora en que había ocurrido la muerte, y anónimamente se invitaba a todo el mundo a concurrir al entierro, indicando la casa de donde debía de salir el cadáver y el cementerio en que recibiría cristiana sepultura.

¿Quién sería capaz de describir la pena que sintió el amante al enterarse de tan aterradora noticia, las lágrimas que vertió, los gritos descompasados que profirió, los fieros ademanes que hizo, mesándose el cabello, golpeándose el pecho, revolcándose por la tierra, como si estuviese tocado de locura?

Pero, pasados aquellos primeros momentos de espantable paroxismo, dió lugar a la reflexión, reparando en que hasta el último momento la desventurada había pensado en él, pues cosa de ella era seguramente el noticiarle la desgracia, ya que nadie le conocía como amante de la pobre mujer que acababa de salir de este mundo.

Luego quiso consolarse pensando que de aquella gran desventura no era él responsable, sino la mujer que se había empeñado en imaginar infidelidades que no existían, dando al traste con una vida feliz y acarreado la muerte de uno y la inacabable desventura del otro.

* * *

Media hora antes de la señalada para el entierro, acudió el amante a la casa mortuoria. Como nadie le conocía, pudo observarlo muy bien todo, colocándose cerca de los fríos despojos que en el féretro se cerraban y gozando de aquella especie de placer del dolor que el alma humana busca en las grandes penalidades.

Pero, ¿qué casa era aquélla? Seguramente la de alguna amiga de la amada, donde ésta se acogió para morir tranquila, víctima de sus propias cavilaciones.

Bajaron el féretro cuatro señores enlutados y desconocidos... ¡Oh! Todos eran desconocidos para el amante, que se imaginaba estar en un mundo fantástico creado por un sueño calenturiento... Colocaron la preciosa carga en el coche fúnebre, y, organizado el cortejo, pudo el infeliz ponerse con su coche muy cerca de la presidencia.

Llegaron al cementerio después de una larga caminata por una carretera polvorienta que atravesaba barrios de repugnante aspecto, y, una vez rezados los responsos con que la Iglesia despide a sus hijos para la eternidad, los enterradores metieron la caja en el hoyo que la tenían preparado.

El pobre amante, medio desvanecido por el dolor, miraba todo aquello como si fuese cosa soñada, y traía a la memoria los pasados días de felicidad y alegría tan pronto ¡ay! trocados por la suerte adversa en horas de lágrimas y abatimiento.

Mucho tiempo estuvo el infeliz a la vera de la sepultura, como hechizado por el dolor, hasta que comenzando ya a anochecer, el conserje del cementerio le rogó que se retirase, porque era hora de cerrar la puerta.

Salió el amante de aquel triste lugar, y cuando bajaba por un jardinillo que servía de primer recinto al cementerio, vió que de uno de los bosquecillos de

cipreses salía una mujer y se le acercaba resueltamente, sin duda para hablarle... ¡Dios mío! ¡Si era ella!... ¡Ella!... La misma mujer que él amaba, la que le había repelido... la que se había muerto... ¡Cielo santo! Aquello era una alucinación producida por la fiebre... el principio del vértigo que pronto habría de asaltarle.

El hombre vaciló, y hasta pensó en retroceder y pedir auxilio a los empleados del cementerio; pero la visión habló y le contuvo:

—No temas, amor mío:—dijo]—asiendo una mano del amante.—Soy yo: soy tu amada; ¿ya no me conoces? Viva estoy para seguir amándote como siempre te he amado... Esto no ha sido más que una prueba... Ya veo que eres digno de mí... ¡Ven!

LA ELEGÍA DEL SACRISTÁN

A tres kilómetros de la ciudad, enclavado en un hermoso valle y lamido por las aguas del Guadalbuz, alzábase no ha mucho un humilde monasterio de monjas descalzas fundado en tiempos de gran piedad por un ilustre caballero leonés. Los años, que todo lo destruyen, y los hombres, que todo lo abandonan, han sido causa de la total ruina de aquel convento secular; pero de entre el montón de sillares cubiertos de musgo y exornados con grandes matas de ortigas, jaramagos y cicutas, aún he podido evocar, lector bueno, una triste historia que te he de referir mínimamente, si me estás atento unos instantes.

Es, pues, el caso que, cuando aquel convento se sostenía aún en pie (ya en las postrimerías de su existencia) era mansión de diez o doce monjas, que casi

puede decirse vivían de milagro, sin rentas, ni limosnas, ni nada. La huerta, que era magnífica, subvenía al hambre de las religiosas, las cuales, haciendo de la necesidad virtud, ofrecían a Dios aquellas abstinencias, no señaladas en el *Añalejo* de la orden, y pasaban muy contentas la vida, cantando los salmos, rizando velas, bordando vestiditos para los ángeles del altar y haciendo flores y otras mil monerías con que emplear santamente el tiempo.

Perdónenme la buena memoria de aquellas santas madres, y perdóneme también la del venerable capellán que las apacentaba, varón perfecto, docto y virtuosísimo; pero mi conciencia me obliga a decir que lo mejor que había en el convento era el sacristán. Quede sentado que el sacristán era cosa grande y peregrina, ya que las monjas y el sacerdote eran excelentes sobre toda ponderación y encomio.

El sacristán aquel, flor y nata de todos los sacristanes del mundo, era frugal como un asceta, laborioso, caritativo y santo. El hacía todos los menesteres propios de su oficio y los recados que le encargaban *las señoras*, y trabajaba en la huerta y en los campos inmediatos, sembrándolos de legumbres y patatas, y todo esto sin percibir salario alguno, como no se tomase por tal aquel camaranchón que en el convento le servía de morada. Levantábase con los pájaros, y no

cesaba de moverse hasta la noche: limpiaba la iglesia, ayudaba a misa, tañía las campanas, rezaba el rosario, cavaba, daba vueltas a la rueda de la noria, y aun tenía tiempo para leer a la mujer un capítulo del *Kempis* o del *Flos Sanctorum* del dulcísimo Riva-deneyra.

Porque el sacristán estaba casado y vivía honestamente con su mujer, cumpliendo el consejo del Apóstol: *Ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint*. La mujer tenía cincuenta años, dos más que el marido, y le amaba con entrañable amor, correspondiendo justamente al cariño que el sacristán la profesaba. Ella era hacendosa como una abeja, limpia como los ampos de la nieve, sencilla como Ruth, fuerte como Judith, piadosa como Esther. Apenas hablaba con el sacristán, porque él era sordo; pero eran tan expresivos los rasgos fisionómicos de ambos, que marido y mujer se entendían guapamente sin necesidad de decir palabra.

Aquel humilde sacristán, aquella especie de lebrél del convento, gozaba diariamente de un placer exquisito, a él solamente reservado por Dios, sin duda en justo contrapeso al trabajo que le agobiaba. Era un placer inocente e infantil: tañer las campanas. Dejárasele al sacristán tañer a su gusto la *Clara*, la *Francisca* y el *Esquilón*, y ya podían venir sobre él

penas, enfermedades y amarguras. Y en verdad que el hombre sabía combinar aquellos tres sonidos, con tan rara habilidad y maestría, que causaba el encanto de las gentes. Cuando subía a la torre y comenzaba a mover sus campanas, olvidábase del mundo, y de la mujer, y del convento, y de las monjas, y embebíase en sus repiques, dúos, tríos y contrapuntos, y dejaba pasar el tiempo, hasta que su esposa le decía por señas:

—¡Basta, hombre, que molestas a las señoras!

Entonces el sacristán, moviendo las cuerdas con febril entusiasmo, producía una cadencia singular, sonora y brillantísima, y bajaba luego los palitroques, secándose el sudor de la frente con orgullo de artista satisfecho.

Los estudiantes íbamos generalmente a paseo por aquel lugar a la hora de las vísperas. El campanero, pensando que le oían los señoritos, tocaba con más arte y atildamiento, y hacía con los sonidos metálicos mil combinaciones y cambios, mil retruques y perendengues, verdaderos trenzados, labores de crucería, que a los chicos nos gustaban sobremanera. Parecía un ebrio, agitando frenéticamente manos y pies para producir aquellos efectos admirables, que él sólo sabía sacar del bronce: era el artista transfigurado en el momento de la inspiración.

Los colegiales nos deteníanos delante de la torre, y con ritmo monótono voceábamos la sabida copla:

¡Tin, tan!
¿Quién se ha muerto?
El sacristán.
¿Quién le llora?
La señora.
¡Pobrecito
sacristán!

Pero él no hacía caso de la burla; luego bajaba hasta nosotros y nos acariciaba, nos tiraba amorosamente de las orejas, nos contaba vidas de santos, y a los más amigos suyos nos llevaba a la sacristía y nos dejaba beber las gotas de las vinajeras y comer las recortaduras de las hostias.

Y sucedió que una noche, cuando el sacristán se disponía a bajar de la torre, después de haber tocado el *Angelus*, se le echó encima un ladrón y quiso arrebatarle las llaves de la iglesia; el cuitado se defendió heroicamente, pero el otro le cosió a puñaladas, dejándole tendido sobre las tablas de la torre, debajo precisamente del *Esquilón*. La última mirada del infeliz fué para aquel bronce, de donde él había hecho surgir música tan maravillosa. Luego, el foragido, entró en la iglesia, y después de romper armarios y cajones, se convenció de que allí reinaba una gran pobreza, y no podía robar nada, porque nada había.

Nunca jamás se cantó en el solitario monasterio tan solemne y triste oficio de difuntos como el que las afligidas religiosas dedicaron al pobre sacristán. Después, cuando llegó la hora de vísperas, cuatro labradores vecinos se llevaron el cadáver, al cual precedía la cruz del convento y el venerable sacerdote que lloraba, lloraba sin poder atajar las lágrimas. La sacristana quiso despedir a su esposo con despedida digna de él, y subiendo a la torre, comenzó a tañer las campanas, tan melancólica y amargamente, que en verdad las notas del metal parecían lamentos de persona dolorida. Era un clamor fúnebre, grave y solemne: un dúo entre la *Francisca* y la *Clara*, pregonando el dolor que las poseía, y una cadencia profunda del *Esquilón*, semejante al rugido de una fiera enjaulada que ve marchar a su amoroso compañero.

Entonces llegábamos los colegiales a la pradera; nada sabíamos de aquella gran desgracia. Según costumbre, los amigos del sacristán nos pusimos debajo de la torre, y con la mayor algazara comenzamos a gritar:

¡Tin, tan!

¿Quién se ha muerto?

El sacristán.

¿Quién le llora?

La señora.

¡Pobrecito

sacristán!

¡Tin, tan!

EL ENAMORADO DE LA PIMPOLLOSA

En mi vida he visto campo más bello que el del Castillo de la Pimpollosa. Aquel valle parecía un inmenso jardín, cuyas tapias fuesen los collados que le circuían. El río, sereno y majestuoso, movía sus aguas al pie de uno de aquellos cerros, señalando su paso con altas y espesas arboledas. De trecho en trecho surgían, como en un nacimiento, blancas casitas rodeadas de plantaciones: unas veces eran palomares redondos, donde a cientos anidaban las torcaces; otras, huerticos, en los que correteaban chiquillos y perros; otras, molinos y fábricas, donde espumarajeara el río refrenado por las presas, y canturreaban los hombres laboriosos. Recostados en las faldas de las colinas, tendíanse tres o cuatro pueblines, tan cerca unos de otros, que se daban la mano y juntaban los sonidos de sus sendas campanas, como si más armo-

niosamente quisieran ensalzar la gloria del Señor. El suelo estaba cubierto de menuda hierba, y por él hormigueaban las ovejas, las vacas y la vecera de caballerías de toda especie, allí tan libres como en el paraíso terrenal. Una carretera cruzaba a modo de banda de honor el valle de la Pimpollosa, y por ella rodaban las carretas de bueyes, los coches y los automóviles que ponían a aquel rinconcillo en comercio con el mundo de las personas civilizadas.

En lo alto de uno de aquellos collados se erguía el castillo de la Pimpollosa, que daba nombre y aun renombre al valle. Era una fábrica de piedra ennegrecida por el paso de muchos siglos. Acotábala un muro almenado con su fuerte recinto o barbacana, de donde emergía, como el palo de un poderoso navío, la orgullosa torre del homenaje. Dominaba en aquella mole vetusta un tono de dureza y hurañez que producía gran tristeza en el ánimo: lisos eran sus paramentos; sólo dos o tres ventanas minúsculas venían a romper aquella bárbara monotonía, y más que aberturas por donde entrase con la luz y el sol la bendición del cielo, parecían ojos de cauteloso acechador que ve sin ser visto, agazapado en las tinieblas. Una puerta, también enana, se abría en apartado lugar, coronada por recia montera de matacanes y un escudo de nobleza, cuyos signos habían sido ya borrados

por el tiempo, que, como la muerte, todo lo abate, carcome e iguala.

En aquel nido de águilas, inaccesible visto desde abajo, pero al que se llegaba fácilmente por un caminito que, dando mil vueltas a modo de sierpe, atenuaba la aspereza de la subida, vivía en reclusión el honrado caballero don Eugenio Luéñez de Velasco, protagonista de la presente historia. El cual era de la más antigua y calificada nobleza de León..., como que, según algunos, su árbol genealógico tenía concomitancias con los monarcas del antiguo reino. Los peregrinos sucesos que le recluyeron en el castillo, se los oí yo referir al viejo arcipreste de Villazas, grande amigo mío, hombre de virtud y de entendimiento, acabado teólogo e incomparable humanista, que cierto día, paseando por este valle, me habló en estas o parecidas razones:

* * *

Eugenio es el discípulo más aventajado de un famoso dómine que enseñó latín en Villazas durante cincuenta años... También fué maestro mío, y aún recuerdo con horror sus procedimientos pedagógicos. Era partidario del antiguo aforismo «la letra con sangre entra», y en esto de los castigos corporales había

llegado a una sutileza y refinamiento verdaderamente infernales. Los palmetazos con la férula, moneda corriente de todos los dómynes que en el mundo han sido, eran el primer grado y como los prolegómenos, en el sistema punitivo de aquel hombre cruel; seguían luego los capones en la cabeza, que dolían mucho porque los artejos del profesor parecían hechos de roble; más doloroso era el tirón de orejas, ya simple, ya con retorcimiento, rematando la escala en el tirón del pelo del cogote y en el dolorosísimo del de las sienes, que el dómine feroz llamaba chicharra. Bárbaro y todo como era aquel sujeto, alto, seco y amojamado, puede decirse que aún le debemos gratitud por lo que nos enseñó, pues no sólo profesaba el latín, sino también el griego, teniendo además sus puntas y ribetes de filósofo, cuya facultad había cursado en las aulas gloriosas del Henares. Los estudiantes de estos contornos se distinguían entre los que acudían a estudios mayores, porque podían traducir de coro a Ovidio y Cicerón, y aun algunos de ellos leían guapamente a Homero y a Luciano de Samosata.

Entre éstos se contaba Eugenio, que aprendió aquí muy bien la lengua griega y luego la perfeccionó a maravilla en la cátedra de don Lázaro Bardón, llegando a ser uno de los más acabados helenistas de los que comen pan en España. Y vea usted una cosa

rara: el joven, hecho a la vida estudiantil, ocupado de continuo en la lectura de los clásicos, poeta él también, pues manejaba el plectro como un jerifalte, era al mismo tiempo un águila en el cuidado de la hacienda que de sus padres heredó y que llegaba a una cantidad fabulosa. Montaba a caballo para recorrer el campo, dirigiendo y vigilando la labranza; cataba el vino y sabía cómo se había de corregir el mosto y favorecer la fermentación en el lagar y el encubado en la bodega. Visitaba los mercados y discutía el precio de los granos. Entendía en la venta de las lanas de las ovejas y en la fabricación del queso. En cuestiones de química agraria, es a saber, de todas estas cosas modernas de abonos minerales y de superfosfatos, era un consumado doctor, y lo mismo en lo tocante a maquinaria, de que trajo aquí artilugios para arar, sembrar, segar, trillar y limpiar, que parecían invento del demonio. Pues ábate cuando el hombre se plantaba en la capital y platicaba con los banqueros y los señorones que manejan el papel del Estado y estas cosas de los valores públicos... él sabía cuándo iba a bajar la Bolsa y cuándo iba a subir, y lo que convenía hacer con los títulos representativos del crédito, así del Tesoro público como de las empresas industriales. ¿No lo dije antes? Pues, sí señor: un hombre que hacía esto, se encerraba después en el aposento

de sus libros, y allí departía mano a mano con Platón y con Séneca, y metía el diente a las triquiñuelas escolásticas de Ocam o a la hórrida maraña de los filósofos del Rhin.

¡Platón! ¡Platón!... ¡Cuando yo le digo a usted, amigo mío, que de ahí viene todo! Porque así como al inmortal hidalgo manchego trocáronle el juicio los libros de caballerías, a nuestro pobre Eugenio trajéronle al triste estado en que ahora se halla los diálogos del sublime discípulo de Sócrates... Verá usted cómo fué esto... Pero vamos por partes, porque la subida hasta el Castillo de la Pimpollosa por estos caminitos más retorcidos que una rúbrica notarial, da tiempo para todo...

* * *

Cuando Eugenio llegó á los veinticinco años se enamoró de una de las señoritas más cabales de esta tierra. Sin ser una hermosura deslumbradora, como es uso y costumbre que lo sean todas las heroínas de nuestros cuentos, Elena, que así se llamaba la muchacha, era de muy bello rostro, de ojos expresivos y lucientes, de bien trazadas líneas, así en la recta nariz y en la frente despejada, como en las mórbidas mejillas y en la boca sonriente; sobre todo, era su semblante

tan bien compuesto, que nada faltaba ni sobraba en él, pudiendo decirse, empleando un término de las letras clásicas, que tenía el decoro, la armonía o euritmia de las obras estatuarias de la antigüedad. Elena era, además, de gentilísima presencia, alta y esbelta, respirando por toda su persona un aire o tono de elegancia y grandeza que, lejos de disonar en el cuerpo de una doncella campesina, parecía natural con aquella sencillez de purísima azucena. Elena era un tipo de reina; pero no de reina anémica y de alfeñique, sino de reina opulenta, sana, potente, marmórea... Vamos: una cosa así como su tocaya la inmortal esposa de Menelao.

Pertenecía esta muchacha al mismo linaje de Eugenio, pues era prima de éste, y descendía, por lo tanto, de los antiguos Condes del Castillo de la Pimpollosa, señores de este valle. El matrimonio concertado entre estos jóvenes, no sólo venía a darles la felicidad que esperaban, al ver realizado su honesto amor, sino que además juntaba las dos ramas de la noble estirpe, y con ellas las dos haciendas, ambas muy saneadas y cuantiosas.

Pero en esto nunca pensó Eugenio. Lo que él amaba en su prima era la belleza helénica, la belleza esencial, aquella belleza descrita por Sócrates con palabras de Diotima, la extranjera de Mantinea, en el ban-

qu Shore de Agatón... ¿se acuerda usted?...simple, pura, íntegra, no revestida de carnes y colores humanos ni de ninguna otra apariencia mortal, sino belleza en sí misma, única y propia de los dioses... Muy bien: todo está muy bien, sí señor; y no seré yo, indigno ministro de Dios, ciertamente quien venga a vituperar las nobles aspiraciones idealistas. Pero, ¿no le parece a usted que mientras el hombre peregrine por este bajo mundo, no conviene que se desprenda en absoluto de la tierra? Tiempo vendrá, y Dios nos conceda la dicha de gozarlo, en que podamos volar libremente por los espacios infinitos; entre tanto, yo digo: *homo sum*... y preciso es que viva y sienta como hombre...

Pues señor: cuando más enamorados estaban nuestros jóvenes, he aquí que la revolución mejicana vino a poner en grave riesgo la hacienda que los Velascos poseían en el Nuevo Mundo y que casi montaba tanto como la que tenían en España, porque uno de sus antepasados, oidor en una de aquellas Chancillerías, había granjeado grandísima fortuna, según los maldicientes, en la impía trata de esclavos... Dispúsose, pues, que Eugenio fuese a Veracruz y procurase liquidar y recoger lo que pudiera, antes de que el incendio revolucionario se propagase por todo el país y diese con la hacienda patas arriba. Decirle a usted cuántas lágrimas vertieron los enamorados al tiempo

de separarse, no es cosa hacedera: usted, que por su estado sabe más que yo de estas cosas, fácilmente podrá imaginarlo. Sirvióles, no obstante, de consuelo el pensar que la ausencia no habría de ser muy larga; y que, al fin de ella, encontrarían una colmada felicidad, ya que por convenio de ambas familias, la boda de los jóvenes habría de celebrarse cuando Eugenio tornase de América.

Pero uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, y el hombre propone y Dios dispone: quiero decir, que las cosas no salieron como la ilusión de los jóvenes las había soñado. Cierto es que Eugenio logró salvar la hacienda americana y tornar sano y salvo a su casa de la Pimpollosa; mas al llegar a ella, sufrió una de las más grandes pesadumbres que pueden caer sobre el humano corazón. Su prometida, la amada, la hermosa Elena, había padecido, durante la ausencia de Eugenio, una horrible enfermedad, y, como consecuencia de ella, quedó tan desfigurada, que apenas parecía la misma: alteráronse las líneas de aquel soberano semblante que era dechado de hermosura; su piel, antes tersa y aterciopelada como la de un melocotón, se arrugó y se hizo dura y aspérrima; cayóronsele algunos dientes... en suma, quien era la joven más bella de la comarca, vino a convertirse en un verdadero monstruo de fealdad. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán

cierto es lo que dijo el Sabio: *In omnibus veniatalem et afflictionem animi, et nihil permanere sub sole!...*

Puede usted imaginarse la impresión que causaría en el desventurado Eugenio la vista de su amada, cuando lo que él amaba era precisamente la hermosura de la simpar Elena. Perdió totalmente el juicio... Ella también comprendió que aquel amor había muerto para siempre, y con el permiso y la bendición de sus padres, vino a encerrar sus penas en un convento. Eugenio desapareció de este valle, y durante diez años no se tuvo noticia de él: unos pensaban que, poseído de bárbara desesperación, se había quitado la vida; otros decían que se hallaba buscando la muerte allá en lejanas tierras en lucha con infieles y salvajes, y aun no faltaba quien supusiera que, como su amada, había encontrado en el retiro del claustro la paz de su conturbado corazón. Pero después supimos que aquellos diez años los había pasado peregrinando por tierras de Grecia y de Roma en busca de la hermosura de Elena...

Y un día, cuando casi nadie se acordaba de él y muchos le contaban por muerto, he aquí que se nos aparece tan cambiado también, que apenas era conocido. Parecía un anciano decrepito, a pesar de que no pasaba de los cincuenta años: el dolor y las cavilaciones de su atribulado espíritu le habían acabado. Su

cabeza, que siempre tuvo líneas de hermosísima arrogancia juvenil, era al presente la de un anciano venerable, algo así como la del Padre Eterno, tal y como le pintan en el misterio de la Trinidad los grandes artistas italianos. El cuerpo, vencido, se inclinaba hacia el suelo, y para andar había de apoyarse en una cayada... Pero lo más curioso era la transformación que se había operado en su alma. ¡Ay, amigo mío! El pobre Eugenio había perdido el juicio, y aunque su locura era serena y pacífica y no trascendía a la realidad de la vida corriente, bastaba, sin embargo, para apartarle del concierto social, donde aparecía como nota discordante, dada a cruel burla y menoscupio.

Figúrese usted que el hombre se imaginaba haber encontrado la hermosura de Elena en una estatua del arte clásico que había adquirido en Roma. Aquella escultura, que, en efecto, representaba a la reina de Esparta en todo el esplendor de su incomparable belleza, no era obra de ninguno de los grandes estatuarios griegos: Fidias, Praxiteles, Scopas o Alcamenes, sino más bien de algún buen escultor italiano del Renacimiento; pero es magnífica sobre toda ponderación. Pues bien: el pobre Eugenio se halla perdidamente enamorado de esta figura, y aún podría decirse que la adora, si no viésemos que el infeliz, en medio de su perturbación, conserva su fe religiosa y

vive como un buen cristiano, llevando una existencia muy espiritual y haciendo limosnas cuantiosísimas.

Restituído a su patria don Eugenio, se encerró en su Castillo de la Pimpollosa con media docena de servidores leales y un viejo eclesiástico que le cuida la capilla. Pero ahora viene lo mejor: porque ha de saber usted que para instalar debidamente a la Elena mármorea de que se hallaba enamorado, don Eugenio convirtió el inmenso patio del Castillo en un jardín lindísimo, para cuyo aderezo trajo aquí los más hábiles jardineros y artistas que pudo haber a mano. No he de describirlo ahora, porque prefiero que usted lo admire sin la imperfecta preparación de mi pobre palabra... Ya llegamos... Como yo soy amigo de don Eugenio y la única persona que puede hablar con él de estas cosas, tengo libre la entrada en el Castillo, cerrado, como vulgarmente se dice, a piedra y lodo para todo el mundo. Sin embargo, he de decir a usted que no gusto de venir con frecuencia a conversar con mi amigo, porque me duele contribuir a mantenerle en su locura, y porque yo también sufro... sí, señor... sufro mucho... se me llena la mente de ideas confusas... ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán misteriosos son los designios de tu Providencia!

Tan pronto como el portero del Castillo de la Pimpolosa divisó al señor arcipreste, le saludó con la mayor cortesía y le invitó a entrar.

—Este señor, ¿viene con usted?—preguntó al llegar a la puertecilla.

—Sí, hijo mío, sí; el señor es persona de confianza:—contestó el arcipreste.

—Pues entren los señores:—dijo el criado, y abriendo la poterna forrada de hierro, nos introdujo en el primer recinto de la fortaleza.

—Lo mejor será que subamos a la galería, y desde aquella abertura del friso veamos a don Eugenio, sin que él pueda vernos y molestarse, ¿no le parece a usted?—dijo el eclesiástico.

—Lo que usted disponga será siempre lo mejor, señor arcipreste:—contesté, siguiéndole por una galería; y subiendo luego por una escalera de ennegrecida piedra, llegamos al punto que debía servirnos de atalaya. Era la antigua galería, cuyos vanos habían sido cubiertos con un friso de mármol, ornado de magníficos relieves que representaban episodios de la guerra de Troya.

—Acérquese aquí y mire por este agujero:—me dijo en voz baja el arcipreste.

El espectáculo que presencié entonces me produjo pasmo y maravilla. El patio se había convertido en

un pintoresco jardín, encuadrado por un peristilo corintio de mármol blanco, con tan rica ornamentación, que seguramente un ateniense del tiempo de Calímaco no echaría allí de menos ninguna de las partes por las que aquel orden arquitectónico lleva la palma entre los demás en punto a elegancia y hermosura. Ya queda dicho que los huecos de la antigua galería o claustro alto del castillo, convertido ahora en cornisamento, se hallaban cubiertos de magníficos planos, también de mármol blanquísimo, donde en bellos relieves se presentaban escenas de la Grecia heroica. En los muros de la galería baja estaban pintados al fresco, con vivos colores de azul, verde, púrpura y oro, pasajes igualmente famosos de la mitología helénica, recordando las obras de los grandes pintores de la antigüedad. En el centro del patio veíase una linda fuente, formada por un león de alabastro, que arrojaba por la boca un hilo de agua, el cual, al caer sobre la taza de pórfito que le recogía, formaba una suave música, único ruido que rompía el silencio de aquel extraño recinto. En los intercolumnios y en otros lugares adecuados del jardín, erguíanse sobre albos plintos bellas estatuas de dioses y heroes, alternando con otras de musas y ninfas gallardísimas y con vasos de subido mérito; y en el sitio que pudiera parecer de honor, a saber, en el frente de uno de los lados, alzá-

base la estatua de Elena, como diosa y señora de todo aquel conjunto de gracia y hermosura.

Pero lo que más llamaba la atención en aquel jardín que parecía un templo, era la inacabable variedad de flores que le alegraban, traídas de los países donde se producen más bellas, y cuidadas allí con esmero verdaderamente exquisito. Rosas de todos los colores, claveles, heliotropos, magnolias, minutisas, pensamientos, dalias, alelíos, margaritas, peonías, crisantemos, geranios, azucenas, jacintos, mimosas, nardos, tulipanes... ¡qué se yo cuántas especies más, cuyos nombres ni siquiera conozco! Había también variedad de trepadoras, como las balsaminas, las capuchinas y otras, que, a modo de sierpes, se enroscaban en los fustes de las columnas y luchaban por la conquista del capitel. Todas aquellas flores, colocadas en vasos riquísimos, labrados por los más hábiles ceramistas del mundo, exhalaban tantos y tan intensos aromas, que la atmósfera, aunque grata al sentido, se hacía casi irrespirable.

Y he aquí que cuando aún no nos habíamos repuesto de la impresión que aquel espectáculo nos hubo causado, apareció en el jardín el infeliz Eugenio, el enamorado de la Pimpollosa, como le llamaban en toda la comarca. Venía vestido con una túnica de blanco lino que en pliegues majestuosos le envolvía

hasta los pies, los cuales traía calzados con ligeras sandalias. Ceñía la cabeza venerable con una corona de verde mirto, y en la diestra mano blandía una cítara de oro. Toda su persona resplandecía de belleza y de suprema dignidad.

Reinaba en el templo un silencio solemne, al que daba mayor realce el tenue rumor producido por la vena líquida que, en canción eterna y monótona, se deshacía en la taza de pórvido. De vez en cuando, algún pajarillo venía piando a posarse en las molduras del cornisamento, pero pronto huía hacia los espacios de la campestre libertad.

El enamorado de la Pimpollosa se acercó con majestuosos pasos a la diosa helénica, y levantando la cítara comenzó a sacar de ella muy dulces sonos: era aquella música una suerte de suspirar anheloso como los arpegios con que se inicia la sonata patética del divino Beethoven.

Luego, en salmodia semitonada, levantó su voz y cantó así:

«¡Oh, Elena, Elena! ¡Oh, eterna hermosura! ¡Acoge los anhelos de mi corazón! ¡Oh, amor infinito!... ¡Tú eres el que da paz a los hombres, calma a los mares, silencio a los vientos, lecho y sueño a la inquietud.»

«¡Oh, amor! Tú llenas de dulzura el corazón y alejas de él la rudeza; excitas su benevolencia; impides

el odio... Eres un tesoro precioso para los que te poseen... En nuestras penas, en nuestros temores, en nuestros disgustos, en nuestras palabras, eres nuestro consejero, nuestro sostén y nuestro salvador... Tú eres ¡oh, amor! la gloria del Cielo y de la Tierra.»

—Esas son palabras del poeta Agatón:—me dijo en voz baja el señor arcipreste;—¿se acuerda usted?... Con ellas termina en el *Banquete* aquel admirable discurso del que dijo Sócrates que era de tal belleza que no se le podía oír sin conmoverse. Pero ¡silencio!: que nuestro desventurado amigo sigue cantando al son de la cítara.

En efecto: el enamorado de la Pimpollosa, después de haber permanecido en silencio un breve rato, volvió a su salmodia, cantando así:

«¡Oh, Elena, Elena! ¡Oh, Belleza inmortal! ¡Oh, tesoro inexhausto!... ¡Dame la belleza interior del alma y haz que el exterior en mí esté en armonía con esta belleza espiritual!... Yo no tengo más que pedir.»

—Eso es del *Fedro*:—me volvió a decir cuchicheando el arcipreste;—son las palabras que al final del diálogo pronunció Sócrates invocando al dios Pan en las orillas del Iliso.

En esto, el enamorado de la Pimpollosa, con pasos lentos y graves, comenzó a danzar en torno a la estatua de Elena, con tal mesura y recogimiento, que no

lo harían con mayor nobleza y perfección el rey David y los ínsignes varones israelitas cuando bailaron ante el arca santa en los ejidos de Cariatiarim... Danzaba majestuosamente el enamorado de la Pimpollosa, siguiendo el ritmo del agua de la fuente, moviendo con ceremonioso compás los brazos y los pies, en pasos simétricos de arte primoroso que hubiera causado singular gozo en el contemplador de tan maravillosa escena plástica, a no saber que todo aquello era obra de la más desbaratada locura.

—¿Está usted llorando, señor arcipreste?—pregunté a mi amigo, al ver que por los surcos de su rostro ascético (que como el de San Francisco, según enérgica expresión de Santa Teresa, «parecía formado de raíces»), rodaban dos temblorosas lágrimas.

—Sí, hijo mío, sí:—contestó el anciano;—lloro como he llorado siempre que he visto este espectáculo... Vámonos, vámonos de aquí, porque siento tal constricción del corazón, que temo caer desvanecido.

* * *

Cuando bajábamos la retorcida senda del Castillo de la Pimpollosa, hube de preguntar:

—Y dígame usted, señor arcipreste: ¿hay noticias de Elena?

—Sí: tengo noticias de ella por el capellán del convento de las Recoletas, que es grande amigo mío, el cual me dice que Elena es un modelo de religiosas, que con sus virtudes y su vida perfecta, encanta y edifica a sus compañeras .. ¡Oh! Ella también suspirará por la Belleza absoluta y por el Sumo Bien... Sí; no cabe duda... ¡es el mismo insaciable anhelo!... ¡Quién sabe, quién sabe si estas dos almas, al parecer tan alejadas la una de la otra, se visitan en las misteriosas regiones del Espíritu!... ¡Oh, Dios mío, cuán incomprendibles son los designios de tu providencia!



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Sor Nazaria.....	7
El pesimista.....	19
El Duende.....	29
Tito, el Taciturno.....	35
Aurora.....	55
El Señor de Casasola.....	61
Los burgueses.....	99
El poema del borriquito del Pardo.....	105
El Quijote.....	115
El tesoro de Nataniel.....	123
La impía realidad.....	133
La cruz a costas.....	143
Lupercalia.....	149
Los dos osos.....	165
Salvador.....	175
El niño pobre y el niño rico.....	183
La prueba.....	191
La elegía del sacristán.....	199
El enamorado de la Pimpollosa.....	205

OBRAS DE
ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ
QUE SE HALLAN DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES
LIBRERÍAS .



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XII DE ENERO DEL AÑO MCMXVI
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.
MADRID



PRECIO:
3 pesetas.

—
—
LÓPEZ
NÚÑEZ
—
—

O
O
A
S
O
A

—
—
1267